

La muerte feliz

**Camus**



**Lectulandia**

Inundada de la luz ardiente y de los colores y olores de la juventud de Albert Camus (1913-1960) y nutrida ya de buena parte de las claves de su mundo, así como muchos de los temas, sensaciones e inquietudes que impregnan toda su obra, "La muerte feliz" es una novela en la que Mersault, en quien laten numerosas vivencias de su joven autor, busca la felicidad hasta sus últimas consecuencias. Si "El primer hombre" reúne o compendia la infancia del Camus, en "La muerte feliz", escrita entre 1936 y 1938 y publicada póstumamente en 1971, hallamos el vigoroso impulso de su juventud, y en Mersault, su protagonista, no una primera versión del protagonista de "El extranjero", sino su antecedente necesario.

**Lectulandia**

Albert Camus

# **La muerte feliz**

ePub r1.0  
orhi 12.09.2018

Título original: *La mort heureuse*  
Albert Camus, 2015  
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Presentación

Camus tiene veintitrés años en 1936: sigue viviendo en Argel; ha concluido los estudios de filosofía (pero la tuberculosis le veda la docencia); tiene múltiples compromisos, culturales y políticos. Se ha embarcado apasionadamente en el teatro, y desempeña en él todos los oficios, pero no ha dejado por ello de escribir desde los diecisiete años, cuando descubrió que la literatura podía hablar de todo. Ha compuesto ensayos, directamente vinculados con su experiencia de la vida y del «barrio pobre» donde pasó la infancia, y está preparando una recopilación, *El revés y el derecho*, que va a publicarse en 1937. Pero la narración de ficción lo atrae ya con mucha fuerza.

Lleva al día unos *Carnets*, que son el laboratorio de su obra. En ellos es donde vemos, entre 1936 y 1938, cómo van abundando más y más las indicaciones, los guiones, los fragmentos de prueba que tienen que ver con el proyecto de una novela, cuyo título surge en 1937, *La muerte feliz*. Camus pasa dos años tanteando, redactando, corrigiendo, y acaba por abandonar el proyecto para dedicarse a *El extranjero*, que ya se le había ocurrido en 1938, que escribe de un tirón en 1940 y que publica en Gallimard en 1942. Mersault, «el extranjero», ha ocupado definitivamente el lugar de Patrice Mersault, el protagonista de *La muerte feliz*, que no se publicó, finalmente, hasta 1971, después de morir Camus.

Esta novela refiere la historia de un hombre que quiere ser feliz a toda costa y no puede serlo por impedimentos que tienen que ver con su pobreza. Mata, en consecuencia, a un hombre rico para robarle; el crimen es a la vez perfecto (nadie se lo achaca a Mersault) y, hasta cierto punto, inocente (la víctima quería morir). Pero Mersault, enfermo, no disfruta por mucho tiempo de una felicidad despreocupada: tiene que enfrentarse a la temible cuestión de si es posible morir lúcido y feliz a la vez.

En sus dos partes antitéticas, *La muerte feliz* es, pues, algo así como una demostración referida a la cuestión —filosófica— de la felicidad, demostración a la que Camus aporta sus anteriores reflexiones. Pone también mucho de sí mismo en su personaje; experiencia de la pobreza; relación —afortunada o no— con las mujeres; un cara a cara con la enfermedad; placer de fundirse con la naturaleza. Moviliza para esa novela muchos elementos que proceden de proyectos anteriores; y eso es seguramente lo que lo lleva a un callejón sin salida, pues el género novelístico exige cierta unidad. Y Camus, sobradamente lúcido, no puede por menos de caer en la cuenta de los defectos de lo que está escribiendo: hace mucho que se impregnó de los grandes novelistas clásicos; por lo demás, al ejercer de crítico literario en *Alger Républicain* en 1938, va a escribir mayoritariamente sobre novelas.

No obstante *La muerte feliz* revela una gran riqueza en muchos aspectos. Encontramos en ella más de un brillante fogonazo estilístico y la novela muestra cuán diversa es ya la paleta camusiana, con un claro progreso en lo referido a textos

anteriores. Vemos, sobre todo, a Camus orquestar en ella temas que acabarán por ser recurrentes en su obra, y en particular el diálogo frente a frente del ser humano con la muerte: la ajena —violenta o natural— y la propia; la transición de Mersault a Mersault sitúa ya la muerte en el apellido del protagonista. Le resulta, pues, muy valioso al lector estar al tanto de esta etapa importante del camino de Camus hacia el dominio de la escritura de novelas.

Pero *La muerte feliz* no es una primera versión de *El extranjero*. Camus es consciente de que tiene que volver a empezar, a partir de cero, para infundir vida a los personajes. Mersault, sencillamente, le pasa la antorcha, por decirlo así, a Mersault: en las últimas páginas se siente un extraño, un «extranjero». A mayor abundamiento, Camus vuelve a asumir lo que en sus *Carnets* había pensado adjudicar a su personaje: que refiera una «historia de condenado a muerte» vista desde dentro: *El extranjero* lo escribe en primera persona. Otro cambio no menos esencial: incluso aunque Mersault afirme que es feliz en la última página, lo que se ha pasado la vida buscando es la verdad en mucho mayor grado que la felicidad. Al escribir *Bodas* al mismo tiempo que *La muerte feliz*, Camus entendió de forma definitiva que ambas cosas son inseparables.

Agnès Spiquel

# La muerte feliz

**Primera parte**  
**Muerte natural**



# Capítulo 1

Eran las diez de la mañana y Patrice Mersault se encaminaba con paso regular hacia la villa de Zagreus. A esas horas, la enfermera había salido a hacer recados y no había nadie en la villa. Era el mes de abril y hacía una hermosa mañana de primavera, resplandeciente y fría, de un azul límpido y helado, despejada y con un sol deslumbrador, pero que no calentaba. Cerca de la villa, entre los pinos que cubrían los cerros, fluía una luz pura troncos abajo. La carretera estaba desierta. Iba cuesta arriba en pendiente suave. Mersault llevaba una maleta en la mano y, en la gloria de aquella mañana del mundo, avanzaba, acompañado del ruido seco de sus pasos en la carretera fría y del chirrido regular del asa de la maleta.

Poco antes de llegar a la villa, la carretera concluía en una placita con bancos y jardines. Geranios rojos precoces entre aloes grises, el azul del cielo y las tapias encaladas, todo era tan rozagante y tan infantil que Mersault se detuvo un momento antes de reanudar la marcha por el camino que, desde la plaza, iba cuesta abajo hacia la villa de Zagreus. Al llegar al umbral se detuvo y se puso los guantes. Abrió la puerta, que el inválido disponía que estuviera abierta, y la cerró con naturalidad. Fue por el pasillo adelante y, al llegar a la tercera puerta a la izquierda, llamó y entró. Allí estaba Zagreus, efectivamente, en un sillón y con una manta escocesa tapándole los muñones de las piernas, cerca de la chimenea, en el mismísimo lugar en que había estado Mersault dos días antes. Estaba leyendo, y el libro descansaba sobre las mantas mientras clavaba los ojos redondos, donde no se leía sorpresa alguna, en Mersault, parado ahora junto a la puerta, que había vuelto a cerrar. Las cortinas de las ventanas estaban corridas y había en el suelo y en los muebles, en las esquinas de los objetos, charcos de sol. Detrás de los cristales, la mañana reía sobre el mundo dorado y frío. Una magna alegría helada, chillidos agudos de pájaros de voz poco firme, un desbordamiento de luz despiadada prestaban a la mañana un rostro de inocencia y verdad. Mersault se había parado al saltarle a la garganta y a las orejas el calor asfixiante de la habitación. Pese al cambio de tiempo, Zagreus tenía encendido un buen fuego. Y Mersault notaba que se le subía la sangre a las sienes y le palpitaba en los lóbulos de las orejas. El otro hombre, que continuaba sin decir nada, lo seguía con los ojos. Patrice se dirigió hacia el arcón al otro lado de la chimenea, y sin mirar al inválido puso la maleta encima de la mesa. Llegado a este punto, sintió un temblor imperceptible en los tobillos. Se detuvo y se metió entre los labios un cigarrillo, que encendió desmañadamente por causa de los guantes. Un ruidito a su espalda. Con el cigarrillo en la boca, se dio media vuelta. Zagreus lo seguía mirando, pero acababa de cerrar el libro. Mersault, mientras notaba cómo el fuego le calentaba las rodillas hasta conseguir casi que le dolieran, leyó el título al revés: *El cortesano*, de Baltasar Gracián. Se inclinó sin vacilar hacia el arcón y lo abrió. Negras sobre fondo blanco, todas las curvas del revolver brillaban, como si éste fuera un gato lustroso, y seguían sujetando la carta de Zagreus. Mersault la cogió con la mano izquierda, y el revólver,

con la derecha. Tras un titubeo, se metió el arma debajo del brazo izquierdo y abrió la carta. Había una única hoja de papel de formato grande con unas pocas líneas nada más escritas con la letra grande y angulosa de Zagreus.

«Sólo suprimo medio hombre. Ruego que no se me tenga en cuenta y que se halle en este arconcito mío mucho más de lo necesario para no dejarles nada a deber a quienes han estado a mi servicio hasta ahora. El sobrante deseo que se dedique a mejorar la manutención de los condenados a muerte, Pero soy consciente de que es mucho pedir...»

Mersault, con cara impenetrable, volvió a doblar la carta y, en ese momento, el humo del cigarrillo le escoció en los ojos mientras caía un poco de ceniza encima del sobre. Sacudió el papel, lo dejó muy a la vista encima de la mesa y se volvió hacia Zagreus. Éste miraba ahora el sobre, y las manos, chatas y musculosas, se le habían quedado quietas alrededor del libro. Mersault se inclinó, abrió la llave del cofre, cogió los fajos, de los que sólo se veía el canto a través del envoltorio de papel de periódico. Con el arma debajo del brazo, los apiló ordenadamente en la maleta con una sola mano. Había menos de veinte paquetes de cien y Mersault cayó en la cuenta de que había cogido una maleta demasiado grande. Dejó en el cofre un fajo de cien billetes. Tras cerrar la maleta, arrojó al fuego el cigarrillo a medio fumar y, agarrando el revólver con la mano derecha, se acercó al inválido.

Zagreus estaba ahora mirando la ventana. Se oyó pasar un auto por delante de la puerta con un leve ruido de masticación. Zagreus, sin moverse, parecía contemplar toda la inhumana belleza de aquella mañana de abril. Cuanto notó el cañón del revólver en la sien derecha no desvió la mirada. Pero Patrice, que lo estaba mirando, vio que se le llenaban los ojos de lágrimas. Fue él quien cerró los párpados. Retrocedió un paso y disparó. Estuvo un momento, apoyado en la pared, sin abrir los ojos, notando como le latía aún la sangre en los oídos. Miró. La cabeza había caído sobre el hombro izquierdo y el cuerpo apenas si se había desviado. De forma tal que ya no se veía a Zagreus, sino sólo una llaga gigantesca con sus relieves de sesos, de hueso y de sangre. Mersault empezó a temblar. Fue al otro lado del sillón, cogió a tientas la mano del hombre, la forzó a agarrar el revólver, la alzó hasta la sien y la soltó. El revolver cayó encima del brazo del sillón y, de ahí, a las rodillas de Zagreus. Al cambiar de sitio, Mersault le vio la boca y la barbilla al inválido. Tenía la misma expresión seria y triste que cuando estaba mirando por la ventana. En ese momento, una trompeta chillona sonó delante de la puerta. La llamada irreal volvió a oírse otra vez. Mersault siguió inclinado sobre el sillón, sin moverse. Un ruido de ruedas de carro anunció que el carnicero se marchaba. Mersault cogió la maleta, abrió la puerta, cuya falleba relucía al sol, y se fue, con un retumbar en la cabeza y la lengua seca. Salió por la puerta de la calle y se fue a zancadas. No había nadie, sólo un grupo de niños en una esquina de la placita. Se alejó. Al llegar a la plaza, tuvo de repente conciencia del frío y se estremeció con aquella chaqueta fina. Estornudó dos veces y el valle se llenó de ecos claros y burlones que el cristal del cielo llevaba hacia arriba

más y más. Trastabillando un poco, se detuvo sin embargo y respiró hondo. Del cielo azul bajaban millones de sonrisas menudas y blancas. Jugeteaban en las hojas aún cubiertas de lluvia y en la toba húmeda de los paseos; volaban hacia las casas con tejas de sangre fresca y se remontaban con alas raudas hacia los lagos de aire y de sol de los que se habían desbordado poco antes. Un ronroneo suave bajaba desde un avión diminuto que navegaba en las alturas. Entre aquella dilatación del aire y aquella fertilidad del cielo parecía que la única tarea de los hombres fuera vivir y ser felices. Todo callaba en Mersault. Lo sacudió un tercer estornudo y notó algo así como un escalofrío de fiebre. Entonces salió huyendo sin mirar en torno, entre el chirrido de la maleta y el ruido de sus pasos. Al llegar a su casa, puso la maleta en un rincón, se metió en la cama y estuvo durmiendo hasta mediada la tarde.

## Capítulo 2

El verano colmaba el puerto de clamores y de sol. Eran las once y media. El día se abría por la mitad para aplastar los muelles con todo el peso de su calor. Delante de las naves de la Cámara de Comercio de Argel, estaban embarcando sacos de trigo en unos «Schiaffino» de casco negro y chimenea roja. El aroma de su polvillo se mezclaba con los olores voluminosos a alquitrán que florecían al calor del sol. Delante de un barracón pequeño que olía a barniz y a anisete, bebían unos hombres, y unos acróbatas árabes con mallas rojas giraban y volvían a girar los cuerpos en las baldosas abrasadoras, delante del mar donde brincaba la luz. Sin mirarlos, los estibadores, cargados con sacos, echaban a andar por los dos tablones elásticos que subían desde el muelle hasta el puente de los cargueros. Al llegar arriba, recortándose de pronto sobre el fondo del cielo y la bahía, entre los cabrestantes y los mástiles, se detenían un momento, deslumbrados, de cara al cielo, con los ojos relucientes en el rostro que cubría una pasta blanquecina de sudor y polvo, antes de hundirse a ciegas en la cala, que olía a sangre caliente. En el aire abrasador, aulló sin tregua una sirena.

De repente los hombres se pararon en el tablón, desordenadamente. Uno de ellos se había caído entre los maderos, que estaban lo bastante juntos para sujetarlo. Pero, con el brazo atrapado hacia atrás y aplastado bajo el peso tremendo del saco, gritaba de dolor. En ese momento salió de su oficina Patrice Mersault. En el umbral de la puerta, el verano le cortó la respiración. Se tragó, abriendo del todo la boca, los vapores de alquitrán que le raspaban la garganta y se detuvo ante los estibadores. Habían sacado al herido y a éste, caído de espaldas en los tablones y entre el polvo, con los labios blancos de dolor, le colgaba el brazo, fracturado por encima del codo. Una esquirla de hueso le había atravesado la carne, formando una herida repulsiva de la que manaba la sangre. Rodando brazo abajo, las gotas de sangre caían de una en una en las piedras abrasadoras con un chisporroteo leve del que se alzaba un vaho. Mersault, inmóvil, estaba mirando aquella sangre cuando lo agarraron del brazo. Era Emmanuel, el «chico de los recados». Le señalaba un camión que se les acercaba con un estruendo de cadenas y explosiones. «¿Vamos?» Patrice echó a correr. El camión los rebasó. Y en el acto le fueron a la zaga, ahogados en el ruido y el polvo, jadeantes y ciegos, sólo con la lucidez suficiente para notar que los arrastraba el impulso desenfrenado de la carrera, en un ritmo loco de cabrestantes y máquinas, acompañados por el baile de los mástiles contra el horizonte y el cabeceo de los cascos leprosos a cuyo lado pasaban. Mersault fue el primero en agarrarse, seguro de su fuerza y su agilidad, y saltó al vuelo. Ayudó a Emmanuel a sentarse con las piernas colgando, y, entre el polvo blanco, como de tiza, el bochorno luminoso que bajaba del cielo, el sol, el escenario inmenso y fantástico del puerto henchido de mástiles y grúas negras, el camión se alejó a toda velocidad, zarandeando por los adoquines desiguales del muelle, a Emmanuel y Mersault, que se reían hasta quedarse sin resuello, con un vértigo de toda su sangre.

Al llegar a Belcourt, Mersault se bajó y también Emmanuel, que iba cantando. Cantaba a voz en cuello y desafinaba. «Sabes —le decía a Mersault—, es algo que me sube por el pecho. Cuando estoy contento. Cuando me estoy bañando.» Era cierto. Emmanuel cantaba mientras nadaba y con la voz, ronca por la opresión, imperceptible en el mar, ritmaba los movimientos de los brazos cortos y musculosos. Tiraron por la calle de Lyon. Mersault andaba a zancadas, altísimo y moviendo los hombros anchos y musculosos. En la forma de poner el pie en la acera a la que se iba a subir, de evitar con un quiebro de las caderas al gentío que a ratos lo rodeaba, se le notaba un cuerpo extraordinariamente joven y vigoroso, capaz de transportar a su dueño a las cimas del júbilo físico. Cuando estaba en reposo, descansaba el cuerpo sólo en una cadera, con una leve insinuación de flexibilidad, como un hombre que hubiera aprendido con el deporte el estilo del cuerpo. Le brillaban los ojos bajo el arco de las cejas, un tanto marcado, y, mientras hablaba con Emmanuel, con un gesto automático y un movimiento crispado de los labios curvados y elásticos, se tiraba del cuello para dejar libre el pescuezo. Entraron en el restaurante acostumbrado. Se acomodaron y comieron en silencio. La penumbra estaba fresca. Había moscas, entrechocar de platos y conversaciones. El dueño, Céleste, se les acercó. Alto y bigotudo, se rascaba la tripa por encima del delantal y, luego, lo soltaba.

—¿Qué tal? —dijo Emmanuel.

—Ya ves, tirando, como los viejos.

Charlaron. Céleste y Emmanuel se decían «¡Eh, colega!» y se daban palmadas en el hombro.

—Mira —decía Céleste—, los viejos son un poco lelos. Dicen que un hombre de verdad es un hombre de cincuenta años. Pero eso es porque tienen cincuenta años. Yo tuve un amigo que era feliz sólo con estar con su hijo. Salían juntos. Se largaban de juerga. Iban al Casino. Y mi amigo decía: «Pero ¿por qué os empeñáis en que vaya con todos esos viejos? Me cuentan todos los días que han tomado una purga, que les duele el hígado. Vale más que vaya con mi hijo. Si a veces le sale algún avío con una pindongilla yo hago como que no me entero y me vuelvo en el tren. Adiós y gracias. Y encantado de la vida».

Emmanuel se reía.

—Pues claro —dijo Céleste—. No era ninguna lumbrera, pero yo le tenía mucho cariño. Y además —añadió, dirigiéndose a Mersault—, me gusta más eso que lo de otro amigo que tuve. Cuando le iba bien, me hablaba con la cabeza muy alta y haciéndome señalitas. Ahora ya se le han bajado los humos; se ha quedado sin nada.

—Le está bien empleado —dijo Mersault.

—Bah, no hay que tener mala leche en esta vida. Se lo pasó estupendamente y muy bien que hizo. Novecientos mil francos tenía... ¡Ay, quién los pillara!

—¿Qué harías tú con ese dinero? —dijo Emmanuel.

—Me compraría una casita y me pondría un poco de pegamento en el ombligo y una bandera. Y me pondría a ver de dónde viene el viento.

Mersault comía tranquilamente. Hasta que Emmanuel se puso a contarle al dueño su famoso combate en el Marne.

—Y a nosotros, a los zuavos, nos pusieron a disparar a discreción...

—No empieces ya a jodernos —dijo Mersault con placidez.

—Y va el comandante y dice: ¡A la carga! Y empezamos a bajar, había algo así como un barranco con árboles. Y nos había dicho que cargásemos pero enfrente no teníamos a nadie. Así que andábamos y andábamos, hacia adelante y así. Y luego, de pronto, empiezan a arrearlos con ametralladoras. Y nos caemos todos, unos encima de otros. Había tantos heridos y tantos muertos y había tanta sangre en el fondo del barranco que se podría haber cruzado en barca. Y algunos gritaban: ¡Mamá! Era tremendo.

Mersault se levantó y le hizo un nudo a la servilleta. El dueño fue a apuntar la comida con tiza detrás de la puerta de la cocina. Era el libro de cuentas. Cuando surgía alguna duda, sacaba la puerta de los goznes y se echaba el libro a la espalda. En una esquina, René, el hijo del dueño, estaba comiendo un huevo pasado por agua.

—¡Pobre! —dijo Emmanuel—. Se está muriendo del pecho.

Era verdad. René solía ser callado y serio. No estaba demasiado flaco, pero le brillaban los ojos. En esos momentos, un parroquiano le estaba explicando que la tuberculosis «con tiempo y cuidado se acaba por curar». René asentía y contestaba con mucha seriedad entre dos bocados. Mersault fue a acodarse a su lado en la barra para tomar un café. El otro hombre seguía diciendo:

—¿Conocías a Jean Pérez? El de la Compañía de Gas. Se ha muerto. Sólo tenía tocado un pulmón. Pero quiso marcharse del hospital para irse a casa. Y en casa estaba su mujer. Y su mujer es un caballo. A él la enfermedad lo había vuelto así. Ya me entiendes, estaba siempre encima de su mujer. Ella no quería. Pero él era tremendo. Así que dos o tres veces a diario eso es algo que acaba por matar a un hombre enfermo.

René, con un trozo de pan entre los dientes, había dejado de comer y miraba al hombre:

—Sí —dijo por fin—, la enfermedad llega corriendo, pero irse le lleva su tiempo.

Mersault escribió con el dedo su nombre en la cafetera empañada. Guiñó los ojos. Entre aquel tuberculoso plácido y Emmanuel, rebosante de canciones, oscilaba a diario su vida, entre olor a café y a alquitrán, apartada de él y de su interés, ajena a su corazón y a su verdad. Callaba acerca de las mismas cosas que en otras circunstancias lo habrían entusiasmado, puesto que las estaba viviendo, hasta que se veía solo en su cuarto y recurría a todas sus fuerzas y su precaución para apagar la llama de vida que ardía en él.

—Oye, Mersault, tú que eres un hombre instruido... —decía el dueño.

—Sí, bueno —dijo Patrice—, a otro perro con ese hueso.

—¡Cómo estás hoy de fiero!

Mersault sonrió, salió del restaurante, cruzó la calle y subió a su habitación.

Estaba encima de una carnicería de carne de caballo. Si se asomaba al balcón le llegaba el olor de la sangre y podía leer el rótulo: «La más noble conquista del hombre». Se tumbó en la cama, fumó un cigarrillo y se quedó dormido.

Se alojaba en la habitación que había sido de su madre. Habían vivido juntos mucho tiempo en aquel piso pequeño de tres habitaciones. Al quedarse solo, Mersault le alquiló dos habitaciones a un tonelero que vivía con su hermana y se quedó él con la mejor. Su madre se había muerto a los cincuenta y seis años. Era guapa y creyó que podría presumir, vivir bien y destacar. A eso de los cuarenta años se le presentó una enfermedad terrible. Se acabaron los vestidos y el colorete; sólo batas de enferma y unos bultos horrorosos que le deformaban la cara, sin poder moverse casi porque se le hinchaban las piernas y no tenía fuerza en ellas, y medio ciega además, tanteando desesperadamente por una casa sin colores que tenía abandonada. El golpe fue repentino y breve. Padecía una diabetes a la que no le había hecho caso y había agravado con su forma de vida despreocupada. Mersault había tenido que interrumpir los estudios y ponerse a trabajar. Hasta que murió su madre, siguió leyendo y pensando. Y la enferma se pasó diez años soportando aquella vida. El martirio duró tanto que quienes la rodeaban se acostumbraron a la enfermedad y olvidaron que era grave y podía acabar con ella. Un día se murió. En el barrio compadecían a Mersault. La gente tenía grandes esperanzas puestas en el entierro. Mencionaba cuánto quería Patrice a su madre. Rogaba a los parientes lejanos que no llorasen para que el dolor de Patrice no fuera a más. Les rogaban que lo protegiesen y se dedicasen a él. Éste, sin embargo, se vistió con la mejor ropa que pudo y, con el sombrero en la mano, contempló los preparativos. Fue detrás del coche, asistió al oficio religioso, echó el puñado de tierra preceptivo y estrechó manos. Sólo en una ocasión mostró extrañeza y puso de manifiesto su descontento por que hubiera tan pocos autos para los invitados. Y nada más. Al día siguiente, pudo verse en una de las ventanas del piso el letrero: «Se alquila». Ahora vivía en el cuarto de su madre. Antes, la pobreza junto a su madre tenía cierta dulzura. Cuando se reunían por las noches y cenaban en silencio, alrededor de la lámpara de petróleo, había una felicidad secreta en aquella sencillez y aquel quedarse aparte. En torno, todo el barrio estaba en silencio. Mersault miraba la boca cansada de su madre y sonreía. Ella sonreía también. Él seguía comiendo. La lámpara soltaba algo de humo. Su madre la graduaba con el mismo ademán tan repetido, estirando sólo el brazo derecho y echando el cuerpo hacia atrás.

—Ya no tienes hambre —decía al poco rato.

—No.

Él fumaba o leía. En el primer caso, su madre decía: «¡Otra vez!». En el segundo: «Acércate a la lámpara, que te vas a quedar sin ojos». Ahora, en cambio, la pobreza en soledad era una miseria espantosa. Y cuando Mersault se acordaba con tristeza de la desaparecida en realidad era en él en quien recaía su compasión. Habría podido tener un alojamiento más confortable, pero le tenía apego a esa casa y a su olor a pobreza. Allí, por lo menos, se reunía con lo que había sido y, en una vida de la que

voluntariamente intentaba quedarse al margen, ese cara a cara sórdido y paciente le permitía seguir remitiéndose a sí mismo en las horas de tristeza y añoranza. Había dejado en la puerta un trozo de cartón gris, con los bordes desflecados, en que su madre había puesto su nombre con lápiz azul. Conservaba la cama vieja de cobre con colcha de rasete y el retrato de su abuelo, con aquella barbita suya y los ojos claros y quietos. Encima de la chimenea, unos pastores y unas pastoras rodeaban un reloj viejo de sobremesa que no andaba y una lámpara de petróleo, que no encendía casi nunca. El discutible entorno, las sillas de paja un poco desfondadas, el armario con la luna amarillenta y el tocador al que le faltaba una esquina, no existía para él, porque la costumbre lo había limado todo. Se paseaba por una sombra de vivienda que no le exigía esfuerzo alguno. En otra habitación habría tenido que acostumbrarse a las novedades y, también en este caso, luchar. Él quería reducir la superficie que le brindaba al mundo y dormir hasta que todo se hubiera consumado. Y el cuarto apoyaba esa intención suya. Daba por un lado a la calle y por otro a una terraza siempre llena de ropa tendida y, más allá de esa terraza, a unos jardincitos de naranjos encerrados entre unas tapias altas. A veces, en las noches de verano, Mersault dejaba el cuarto a oscuras y abría la ventana que daba a la terraza y los jardines en sombras. De oscuridad a oscuridad subía con fuerza el aroma de los naranjos y lo rodeaba con sus velos livianos. Su cuarto y él se pasaban toda la noche de verano entre ese perfume al tiempo tan sutil y tan denso y era como si, tras llevar muerto muchos días, abriera por primera vez su ventana a la vida.

Se despertó con la boca llena de sueño y empapado en sudor. Era tardísimo. Se peinó, bajó a todo correr y cogió un tranvía al vuelo. A las dos y cinco estaba en la oficina. Trabajaba en una habitación amplia cuyas cuatro paredes llenaban 414 casilleros donde se apilaban carpetas. La habitación no era ni sucia ni sórdida, pero recordaba, a cualquier hora del día, a un columbario donde se hubieran podrido las horas muertas. Mersault comprobaba conocimientos de embarques, traducía las listas de provisiones de los barcos ingleses y, de tres a cuatro, recibía a los clientes que querían enviar paquetes. Había solicitado ese trabajo, que en realidad no le correspondía. Pero, al principio, había hallado en él una puerta de salida a la vida. Había allí rostros vivos, personas asiduas, un tránsito y un aliento en que por fin notaba que le latía el corazón. Se libraba así de las caras de las tres mecanógrafas y del jefe de la oficina, el señor Langlois. Una de las mecanógrafas era bastante guapa y llevaba poco casada. La otra vivía con su madre; y la tercera era una señora entrada en años, enérgica y muy digna, cuyo lenguaje florido y la reserva en que mantenía «sus desgracias», por usar la expresión de Langlois, le gustaban a Mersault. Langlois tenía con ella enfrentamientos decisivos en que la anciana señora Herbillon siempre quedaba encima. Despreciaba a Langlois porque el sudor le pegaba los pantalones a las nalgas y por el aturullamiento que le entraba delante del director y, a veces, al teléfono cuando oía el nombre de un abogado o el de un individuo con apellido de partícula nobiliaria. El desdichado intentaba en vano amansar a la anciana o dar con



el camino para caerle bien. Esa tarde cargaba el peso del cuerpo en un pie y luego en otro en medio de la oficina: «¿Verdad que le resulto simpático, señora Herbillon?». Mersault traducía *vegetables* por *vegetales* y miraba la bombilla que le colgaba encima de la cabeza, con su pantalla de cartón verde fruncido. Tenía enfrente un calendario de colores chillones que representaba la ceremonia religiosa de despedida de los pescadores de Terranova. La esponja para humedecer los sellos, el secante, el tintero y la regla estaban en fila en la mesa. Las ventanas daban a montones enormes de madera que habían llegado de Noruega en cargueros amarillos y blancos. Mersault aguzaba el oído. Detrás de la pared, la vida respiraba, con amplias bocanadas sordas y profundas, en el mar y en el puerto. Tan lejos de él y, a la vez, tan cerca... el timbre de las seis le devolvió la libertad. Era sábado.

Al llegar a casa se fue a la cama y durmió hasta la hora de cenar. Se hizo unos huevos duros que se comió en la propia fuente (y sin pan porque se le había olvidado comprarlo); luego se acostó y se durmió en el acto hasta la mañana siguiente. Se despertó poco antes de la hora de la comida, se aseó y bajó a comer. Volvió a subir, hizo dos crucigramas, recortó primorosamente un anuncio de las sales Kruschen, que pegó en un cuaderno lleno ya de abuelos bromistas que bajaban por la barandilla de las escaleras. Después, se lavó las manos y se asomó al balcón. La tarde estaba hermosa. Pero el suelo estaba pringoso y todavía pasaba poca gente, y con prisas. Mersault seguía atentamente a todos los hombres con la mirada y dejaba de mirar, cuando ya no alcanzaba a verlos, para volver los ojos hacia un nuevo transeúnte. Primero pasaron familias que iban de paseo, dos niños con trajes de marinero —los pantalones les llegaban por encima de la rodilla e iban envarados en la ropa tiesa— y una niña con un lazo rosa grande y zapatos de charol negro. Detrás, una madre con vestido de seda marrón, bicho monstruoso con un boa alrededor, y un padre más distinguido y con bastón. Algo después pasaron los jóvenes del barrio, con el pelo reluciente de fijador y corbatas rojas, chaquetas muy entalladas con un pañuelo bordado en el bolsillo y zapatos de puntas cuadradas. Iban a los cines del centro y se apresuraban camino del tranvía entre fuertes risas. Cuando hubieron pasado, la calle se quedó casi desierta. Habían empezado todos los espectáculos. Ahora el barrio pertenecía a los tenderos y a los gatos. El cielo, aunque despejado, estaba opaco más arriba de los ficus que flanqueaban la calle. Enfrente de Mersault, el estanquero sacó una silla delante de la puerta y se sentó a caballo en ella apoyando ambos brazos en el respaldo. Los tranvías, que iban repletos hacía un rato, circulaban ahora casi vacíos. En el cafetín Chez Pierrot el camarero barría el serrín en el local desierto. Mersault le dio la vuelta a la silla, la colocó como la del estanquero y se fumó dos cigarrillos seguidos. Se metió en el cuarto, partió un trozo de chocolate y se volvió a la ventana a comerlo. Poco después el cielo se nubló y volvió a despejarse enseguida. Pero el paso de las nubes había dejado en la calle algo así como una promesa de lluvia que la ponía más oscura. A las cinco llegaron con gran escándalo unos tranvías que traían de los estadios del extrarradio racimos de espectadores subidos en los estribos y las

barandillas. En los tranvías siguientes llegaron los jugadores a quienes se reconocía por las maletitas que llevaban. Berreaban y cantaban a pleno pulmón que su club no perecería. Algunos le hicieron señas a Mersault. Uno gritó:

—¡Les hemos podido!

—Sí —se limitó a decir Mersault asintiendo con la cabeza.

Empezaron entonces a pasar más autos. En algunos las aletas y los parachoques iban cargados de flores. Luego el día avanzó un poco más. Por encima de los tejados, el cielo iba enrojando. Al caer la tarde, las calles volvieron a animarse. Los paseantes regresaban. Los niños, cansados, lloraban o había que ir tirando de ellos. En ese momento los cines del barrio soltaron una oleada de espectadores. Mersault localizaba en los ademanes decididos y ostentosos de los jóvenes que salían del cine el comentario inconsciente de la película de aventuras que habían visto. Los que volvían de los cines del centro llegaron algo después. Estaban más serios. Entre las risas y las bromas vulgares les volvía a la mirada y al porte cierta nostalgia de esas vidas brillantes que el cine les había mostrado. Se quedaron en la calle, yendo y viniendo. Y en la acera de enfrente de Mersault acabaron por formarse dos corrientes. Las chicas del barrio, sin sombrero, iban del brazo y formaban una de esas filas. Los jóvenes, en dirección contraria, les decían cosas graciosas que ellas les reían desviando la cara. Las personas serias entraban en los cafés o formaban en la acera grupos que aquella agua humana en circulación contorneaba como si fueran islotes. Ahora la calle estaba iluminada y las bombillas hacían que palidieran las primeras estrellas que se alzaban en la oscuridad de la noche. A los pies de Mersault se extendían las aceras con sus cargas de hombres y de luces. Con las bombillas relucía el suelo pringoso y los tranvías, a intervalos regulares, ponían reflejos en un pelo brillante, en unos labios húmedos, en una sonrisa o en una pulsera de plata. Poco después, cuando ya escaseaban los tranvías y era noche cerrada más arriba de los árboles y de las bombillas, el barrio se fue quedando vacío insensiblemente y el primer gato cruzó despacio la calle otra vez desierta. Mersault se acordó de la cena. Le dolía un poco el cuello porque había estado mucho rato apoyado en el respaldo de la silla. Bajó a comprar pan y pasta, la preparó y comió. Volvió a la ventana. Salía gente a la calle, había refrescado. Le dio un escalofrío, cerró las hojas de la ventana y volvió hacia el espejo que estaba encima de la chimenea. Salvo algunas noches en que venía Marthe o salía con ella y salvo su correspondencia con las amigas de Túnez, toda su vida cabía en la perspectiva amarillenta que le brindaba el espejo de un cuarto en que junto a la lámpara de alcohol mugrienta había unos trozos de pan.

—Un domingo menos —dijo Mersault.

## Capítulo 3

Cuando Mersault, por las noches, paseaba por las calles y lo enorgullecía ver las luces y las sombras relucir por igual en el rostro de Marthe, todo le parecía maravillosamente fácil, incluso su fuerza y su valor. Aquella belleza que le escanciaba Marthe a diario como la más delicada de las embriagueces le agradecía él que la exhibiera en público y su lado. Que hubiera sido una mujer insignificante lo habría hecho sufrir tanto como verla feliz en los deseos de los hombres. Se alegraba de entrar esta noche en el cine con ella, poco antes del comienzo de la sesión, cuando la sala estaba ya casi llena. Marthe iba delante, entre las miradas de admiración, con ese rostro suyo de flores y sonrisas y esa hermosura violenta. Él, con el sombrero en la mano, se notaba sobrenaturalmente a gusto, como con una conciencia interior de su propia elegancia. Adoptó una expresión abstraída y seria. Fue de una cortesía exagerada, se apartó para cederle el paso a la acomodadora, le bajó el asiento de la butaca a Marthe antes de que se sentara. Y lo hacía no tanto por deseo de aparentar cuanto por aquel agradecimiento que le henchía el corazón y lo colmaba de amor hacia todos los seres vivientes. Si le dio una propina exagerada a la acomodadora fue porque no sabía de qué otro modo pagar la alegría que notaba y porque aquel gesto cotidiano era una forma de adorar a una divinidad cuya sonrisa deslumbradora le brillaba en la mirada como un aceite. En el descanso, paseando por el *foyer* de paredes cubiertas de espejos, lo que le enviaban esas paredes era el rostro de su felicidad, poblando el salón de imágenes elegantes y vibrantes, con su silueta alta y oscura y la sonrisa de Marthe vestida de colores claros. Le agradaba, desde luego, la cara que se estaba viendo, la boca trémula en torno al cigarrillo y la fiebre que se le notaba en los ojos un poco hundidos. Pero es que lo que hace a un hombre guapo es la representación de verdades internas y prácticas. Se le lee en la cara lo que es capaz de hacer. Y ¿qué vale eso junto a la espléndida inutilidad de un rostro de mujer? Mersault estaba muy al tanto de ello; se regocijaba en su vanidad y sonreía a sus demonios interiores.

Al volver a la sala, pensó que cuando iba solo nunca salía en el descanso y prefería fumar y escuchar los discos de música ligera que ponían en esos momentos. Pero aquella noche el juego seguía. Todas las ocasiones eran buenas para dilatarlo y renovarlo. No obstante, cuando se iba a sentar, Marthe le devolvió el saludo a un hombre que estaba sentado unas filas más atrás. Y a Mersault, que lo saludó a su vez, le pareció verle una leve sonrisa en la comisura de los labios. Se sentó sin fijarse en la mano que le ponía Marthe en el hombro para hablarle y que un minuto antes habría acogido gozoso como una prueba más de ese poder que ella le reconocía.

—¿Quién es? —dijo, a la espera del «¿quién?» dicho con la mayor naturalidad que, efectivamente, llegó.

»Ya sabes... ese hombre...

—Ah —dijo Marthe. Y se calló.

—¿Y qué?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No —dijo Mersault.

Se volvió un poco. El hombre le miraba la nuca a Marthe sin que se le moviera ni un rasgo de la cara. Era bastante guapo, de labios bonitos y muy rojos, pero los ojos eran inexpresivos y un poco saltones. Mersault notó que le subían oleadas de sangre a las sienes. Ante la mirada, que se le había vuelto sombría, los brillantes colores de aquel decorado ideal donde llevaba viviendo unas cuantas horas estaban de pronto sucios de hollín. ¿Para que necesitaba oírlo? Estaba seguro de que aquel hombre se había acostado con Marthe. Y lo que le crecía a Mersault por dentro como un pánico era pensar en lo que ese hombre podía estarse diciendo. Lo sabía perfectamente porque él había pensado esas mismas cosas: «Por muy gallito que te pongas...». Al imaginar que aquel hombre, en este preciso momento, estaba volviendo a ver ademanes concretos de Marthe y su forma de taparse los ojos con el brazo en el instante del placer, al imaginar que aquel hombre había intentado también apartar ese brazo para leer la llegada tumultuosa de los dioses oscuros a los ojos de la mujer, Mersault notaba que todo se le desplomaba por dentro y, bajo los párpados cerrados, mientras el timbre del cine anunciaba que se reanudaba la sesión, crecían lágrimas de rabia. Se olvidaba de Marthe, que no había sido sino el pretexto de su alegría y era ahora el cuerpo vivo de su ira. Mersault tuvo los ojos cerrados mucho rato, hasta que volvió a abrirlos para mirar la pantalla. Un auto daba una vuelta de campana y, entre el hondo silencio de toda la platea, sólo una de las ruedas seguía girando despacio, llevando consigo en aquel círculo tozudo toda la vergüenza y la humillación nacidas del corazón avieso de Mersault. Pero a él la necesidad de certidumbre le hacía olvidarse de la dignidad.

—¿Ha sido amante tuyo, Marthe?

—Sí —dijo ella—. Pero quiero ver la película.

Ese día Mersault empezó a pegarse a Marthe. La había conocido pocos meses antes. Lo habían impresionado su belleza y su elegancia. En una cara algo ancha, pero de rasgos regulares, tenía unos ojos dorados y unos labios con el carmín tan bien puesto que parecía una diosa de cara pintada. Una estupidez natural que le brillaba en los ojos le realzaba aún más la expresión lejana e impassible. Hasta ahora, siempre que Mersault había entablado con una mujer los primeros gestos que comprometen, consciente de esa desgracia que hace que el amor y el deseo se expresen de la misma forma, pensaba en la ruptura antes de haber estrechado entre los brazos a aquella mujer. Pero Marthe había llegado en un momento en que Mersault se estaba liberando de todo y de sí mismo. El prurito de libertad e independencia es sólo concebible en alguien que viva aún de esperanza. Para Mersault nada contaba entonces. Y la primera vez que Marthe perdió la rigidez entre sus brazos y vio en esos rasgos, que la cercanía desenfocaba, cómo los labios, quietos hasta entonces como flores pintadas, se animaban y se tendían hacia él, no vio el porvenir a través de esa mujer, sino que

toda su capacidad de deseo se fijó en ella y se llenó de esa apariencia. Los labios que ella le brindaba le parecían el mensaje de un mundo sin pasión y henchido de deseo que a su corazón le habría bastado. Y lo notó como un milagro. Le latía el corazón con una emoción que estuvo a punto de tomar por amor. Y cuando sintió en los dientes la carne pletórica y elástica fue en algo así como en una libertad salvaje donde los hincó rabiosamente tras haberla estado acariciando mucho rato con sus propios labios. Fue su amante ese mismo día. Pasado algún tiempo, su concierto en el amor era perfecto. Pero, al ir la conociendo mejor, Mersault se fue quedando poco a poco sin la intuición de aquella peculiaridad extraña que había leído en ella y cuya aparición seguía buscando aún a veces, inclinado sobre su boca. Por eso Marthe, acostumbrada a que fuera reservado y frío, no entendió nunca por qué en un tranvía repleto de gente quiso besarla un día. Ella dejó que lo hiciera, pasmada. Y él la besó como le gustaba hacerlo, acariciándole primero los labios con los suyos y mordiéndolos despacio. «Pero, ¿qué te ha dado?», le dijo ella a continuación. Él sonrió con esa sonrisa que le gustaba a Marthe, esa sonrisa breve que es una respuesta, y le dijo: «Me apetece dar la nota», para, acto seguido, volver a encerrarse en el silencio. Tampoco entendía el vocabulario de Patrice. Después de haberse acostado juntos, en ese momento en que en el cuerpo, liberado y relajado, el corazón dormita y no hay en él sino la ternura afectuosa que se siente por un perro adorable, Mersault le decía, sonriente: «Hola, apariencia».

Marthe era mecanógrafa. No estaba enamorada de Mersault, pero le tenía apego en la medida en que la intrigaba, y se sentía halagada. Desde el día en que Emmanuel, a quien Mersault la había presentado, le dijo: «Mersault es un tipo que vale mucho, ¿sabe? Tiene algo dentro. Pero no dice ni pío, así que engaña», Marthe lo miraba con curiosidad. Y, como en el amor la satisfacía, no pedía nada más y se adaptaba lo mejor que podía a ese amante callado y que metía poco ruido, que nunca le exigía nada y la tomaba cuando ella tenía a bien acudir. Lo único que le pasaba era que se sentía un poco violenta con aquel hombre al que no le veía el punto flaco.

Aquella noche, sin embargo, al salir del cine, comprendió que había algo que podía herir a Mersault. No dijo nada en toda la velada y durmió en casa de él. Mersault no la tocó en toda la noche. Pero a partir de ese momento Marthe le sacó partido a esa ventaja. Ya le había dicho que había tenido amantes. Supo dar con las pruebas necesarias.

Al día siguiente, y en contra de lo que solía, fue a su casa al salir del trabajo. Se lo encontró dormido y se sentó a los pies de la cama de cobre sin despertarlo. Estaba en mangas de camisa y las llevaba remangadas, por lo que se le veía la parte inferior, blanca, del antebrazo musculoso y tostado. Respiraba con regularidad, con el pecho y el vientre a la vez. Dos arrugas en el entrecejo le daban esa expresión de fuerza y cabezonería que ella conocía tan bien. El pelo le caía formando rizos en la frente, muy tostada, que cruzaba una vena hinchada. Y así, relajado y apoyado en la espalda ancha, con los brazos a lo largo del cuerpo y una de las piernas medio doblada,

parecía un dios solitario y tozudo, a quien hubieran arrojado, dormido, a un mundo ajeno. Al mirarle los labios gruesos y que el sueño abultaba, lo deseó. Él abrió los ojos a medias en ese momento y dijo sin enfadarse, volviendo a cerrarlos:

—No me gusta que me miren dormir.

Ella se le echó en los brazos y lo besó. Él se quedó quieto.

—Ay, cariño, otra vez con un capricho de esos tuyos.

—No me llames cariño, ¿quieres? Te lo tengo dicho.

Ella se echó a su lado y lo miró de perfil.

—Me pregunto a quién te pareces como estás ahora.

Él se subió la cintura de los pantalones y le dio la espalda. Con frecuencia, Marthe, en las películas, en hombres desconocidos, en el teatro, reconocía ademanes y tics de Mersault. En esto, por lo demás comprobaba Patrice la influencia que tenía en ella, pero esa costumbre, que lo halagaba con frecuencia, hoy lo irritaba. Marthe se le pegó a la espalda y recibió en el vientre y los pechos todo el calor del sueño de él. La tarde caía muy deprisa y la habitación se hundía en la sombra. Dentro del edificio sonaban llantos de niños a quienes habían pegado, un maullido, un portazo. Los faroles de la calle iluminaban el balcón. Pasaban tranvías muy de cuando en cuando. Y, tras ellos, subía hasta el cuarto el olor del barrio, que se componía de anisete y de carne a la plancha, en bocanadas densas.

Marthe notaba que le iba entrando sueño.

—Tienes pinta de estar enfadado —le dijo—. Ya la tenías ayer... por eso he venido. ¿No dices nada?

Lo zarandeó. Mersault siguió sin moverse; acechaba en la oscuridad, muy negra ya, la curva brillante de un zapato debajo del tocador.

—¿Sabes? —le dijo Marthe—. En lo del individuo de ayer exageré un poco. No ha sido amante mío.

—¿No? —dijo Mersault.

—Bueno, no del todo.

Mersault no decía nada. Veía a la perfección los gestos y las sonrisas... Apretó los dientes. Luego se levantó, abrió la ventana y volvió a sentarse en la cama. Marthe se acurrucó, pegada a él, le metió la mano entre dos botones de la camisa y le acarició el pecho.

—¿Cuántos amantes has tenido? —dijo él por fin.

—No seas pesado.

Mersault se calló.

—Unos diez —dijo ella.

Para Mersault, el sueño llamaba al cigarrillo.

—¿Los conozco? —dijo, sacando la cajetilla.

Sólo veía una mancha blanca en el sitio de Marthe. «Como en el amor», pensaba.

—A algunos, sí. Del barrio.

Se frotaba la cabeza contra el hombro de él y ponía la voz infantil que siempre

ablandaba a Mersault.

—Mira, niñita —dijo... (Encendió el cigarrillo)—: a ver si lo entiendes. Vas a prometerme decirme cómo se llaman. Y en cuanto a los demás, a los que no conozco, vas a prometerme también que si nos los encontramos me dirás quiénes son.

Marthe se echó hacia atrás:

—¡Ni hablar!

Un auto tocó la bocina sin miramientos bajo las ventanas del cuarto, una vez, dos veces, prolongadamente. El timbre del tranvía tintineó en lo hondo de la oscuridad. Encima del mármol del tocador el tictac del despertador era frío. Mersault dijo con esfuerzo:

—Si te lo pido es porque me conozco. Si no lo sé, pasará siempre lo mismo con todos los tipos con quienes me encuentre. Me haré preguntas, me imaginaré cosas. Eso es. Imaginaré de más. No sé si me entiendes.

Lo entendía de maravilla. Le dijo los nombres. Sólo había uno a quien no conociera Mersault. El último era un joven a quien sí conocía. Ése era el que había supuesto, porque sabía que era guapo y que las mujeres lo buscaban. Lo que le llamaba la atención en el amor era, al menos la primera vez, esa intimidad espantosa que la mujer aceptaba y el hecho de recibir en su vientre el vientre de un desconocido. En aquella especie de desorden, de dejadez y de vértigo reconocía el poder exaltante y sórdido del amor. Y esa intimidad era lo primero que imaginaba entre Marthe y su amante. En ese momento se sentó ella en el borde de la cama y, poniendo el pie izquierdo en el muslo izquierdo, se quitó un zapato y, luego, el otro, y los dejó caer, uno tumbado y el otro de pie, apoyado en el tacón de aguja. Mersault notó un nudo en la garganta. Algo le corroía el estómago.

—¿Hacías eso mismo con René? —dijo sonriendo.

Marthe alzó la vista.

—¿A qué le andas dando vueltas? —dijo—. Sólo fue amante mío una vez.

—¡Ah! —dijo Mersault.

—Y además ni siquiera me quité los zapatos.

Mersault se puso de pie. La veía, caída hacia atrás, vestida, en una cama parecida a ésta y entregada y sin reservas. «¡Cierra el pico!», gritó, y se acercó a la ventana.

—¡Ay, cariño! —dijo Marthe sentada en la cama y con los pies en el suelo, descalza y con las medias puestas.

Mersault se iba calmando al mirar cómo jugaba la luz de las bombillas en las vías. Nunca se había sentido tan cerca de Marthe. Y al darse cuenta de que al tiempo se abría algo más a ella, el amor propio le abrasaba los ojos. Se le volvió a acercar y, entre el índice doblado y el pulgar, le cogió, debajo de la oreja, la piel tibia del cuello. Sonrió.

—¿Y ese Zagreus quién es? Es el único al que no conozco.

—A ése —dijo Marthe riéndose— todavía lo veo.

Mersault apretó la piel entre los dedos.

—Fue el primero, ¿sabes? Yo era muy jovencita. Él era algo mayor. Ahora le faltan las dos piernas. Vive solo. Así que a veces voy a verlo. Es un tipo de fiar y culto. Se pasa la vida leyendo. Por entonces era estudiante. Es muy alegre. Un buen tipo, vamos. Además me dice lo mismo que me dices tú. Me dice: «Ven aquí, apariencia».

Mersault se quedó pensando. Soltó a Marthe, que se tumbó en la cama cerrando los ojos. Pasado un momento, se sentó junto a ella, inclinándose hacia los labios entreabiertos, buscó las señales de su divinidad animal y el olvido de un sufrimiento que le parecía indigno. Pero dejó aquella boca sin pasar a mayores.

Al llevar a Marthe a su casa, ella le habló de Zagreus.

—Le he hablado de ti —dijo—. Le he dicho que mi cariño era muy guapo y muy fuerte. Así que me ha dicho que le gustaría conocerte. Porque, como dice él: «Ver un cuerpo hermoso me ayuda a respirar mejor».

—Otro tío retorcido —dijo Mersault.

Marthe quería darle gusto y le pareció que había llegado el momento de sacar a relucir la escenita de celos que tenía pensada y que creía que le debía, como quien dice.

—Huy, menos que tus amistades.

—¿Qué amistades? —dijo Mersault, sinceramente sorprendido.

—Las borriquitas, ya sabes.

Las borriquitas eran Rose y Claire, unas estudiantes de Túnez a quienes había conocido Mersault y con las que mantenía la única correspondencia de su vida. Sonrió y cogió a Marthe por la nuca. Anduvieron mucho rato. Marthe vivía cerca del campo de instrucción. La calle era larga y la iluminaba el resplandor de todas sus ventanas en la parte superior, mientras que, en la inferior, con todas las tiendas cerradas, estaba oscura y lúgubre.

—Oye, cariño, no estarás enamorado de las borriquitas, ¿verdad?

—Qué va —dijo Mersault.

Iban andando, con la mano de Mersault en la nuca de Marthe y cubierta del calor de su melena.

—¿Me quieres? —dijo Marthe sin transición.

Mersault de pronto se animó y rió con fuerza.

—Ésa sí que es una pregunta seria.

—Contesta.

—Pero a nuestra edad no se quiere, mujer. Nos gustamos y ya está. Hasta más adelante, hasta que se es viejo e impotente, no se puede querer. A nuestra edad, creemos que nos queremos. Y nada más.

Marthe pareció apenarse, pero él la besó.

—Adiós, cariño —dijo ella.

Mersault regresó por las calles oscuras. Andaba deprisa y, notando el juego de los músculos del muslo contra la tela lisa de los pantalones, se acordó de Zagreus y de



sus piernas cortadas. Le entraron ganas de conocerlo y decidió pedirle a Marthe que se lo presentara.

La primera vez que Mersault vio a Zagreus, éste lo exasperó. Sin embargo, Zagreus había intentado atenuar ese apuro que le impone a la imaginación el encuentro de dos amantes de la misma mujer en presencia de ella. Para ello, intentó convertir a Mersault en cómplice llamando a Marthe «buena chica» y riéndose a carcajadas. Mersault siguió en sus trece. Le dijo brutalmente a Marthe en cuanto estuvieron a solas:

—No me gustan los infelices ni los hombres a medias. Me hacen sentirme molesto. Me impiden pensar. Y todavía me gustan menos los infelices que gallean...

—Huy —contestó Marthe, que no se había enterado—, a ti no se te puede hacer caso...

Pero, más adelante, aquella risa joven de Zagreus, que había empezado por exasperarlo despertó en él atención e interés. Además los celos mal disfrazados a los que obedecía la opinión de Mersault se habían esfumado al ver a Zagreus. Le aconsejó a Marthe, que contaba con la mayor inocencia recuerdos de la época en que conoció a Zagreus:

—No pierdas el tiempo. No puedo estar celoso de un individuo que se ha quedado sin piernas. Si pienso un poco en vosotros, te veo con un gusano gordo encima. Así que, la verdad, me entra la risa. No te canses, ángel mío.

Volvió más adelante solo a casa de Zagreus. Éste hablaba deprisa y mucho, se reía y, luego, se quedaba callado. Mersault se sentía a gusto en la habitación amplia en que vivía Zagreus entre sus libros y sus cobres marroquíes y el fuego y sus reflejos en el rostro discreto del buda jemer encima de la mesa de trabajo. Escuchaba a Zagreus. Lo que le llamaba la atención en el inválido era que pensaba antes de hablar. Por lo demás, la pasión contenida y la existencia ardiente que infundían vida a aquel tronco ridículo bastaban para retener a Mersault y hacer que naciera en él algo que, si hubiera cedido un poco más, podría haber tomado por amistad.

## Capítulo 4

Aquel domingo por la tarde, tras haber charlado y bromeado mucho, Roland Zagreus estaba en silencio junto al fuego en la ancha silla de ruedas y asomando de entre las mantas blancas. Mersault, apoyado en la estantería de libros, miraba el cielo y el campo a través de los visillos de seda blanca de las ventanas. Había ido bajo una lluvia fina y, por temor a llegar demasiado temprano, se había pasado una hora deambulando por el campo. Estaba nublado y, aunque no oía el viento, Mersault veía sin embargo los árboles y las hojas retorcerse en silencio en el estrecho valle. Por el lado que daba a la calle pasó el carro de un lechero con un gran estrépito de hierro y madera. Casi en el acto empezó a caer una lluvia violenta que inundó las ventanas. Con toda aquella agua como un aceite denso en los cristales, el ruido hueco y lejano de los cascos del caballo, que ahora se oía más que el estrépito del carro, el chaparrón sordo y persistente, aquel hombre-jarrón junto al fuego y el silencio de la habitación, todo adquiría un rostro de tiempo pasado cuya sorda melancolía se le metía en el corazón a Mersault de la misma forma que, hacía un rato, se le metía el agua en los zapatos húmedos y el frío en las rodillas, que no protegía bien la tela fina. Pocos momentos antes, al agua vaporizada que bajaba del cielo, ni bruma ni lluvia, le había lavado la cara como una mano liviana y dejado al descubierto los ojos con anchas ojeras. Ahora miraba el cielo desde cuyo confín no dejaban de llegar nubes negras que no tardarían en desvanecerse y cuyo lugar no tardarían en ocupar otras. Ya no quedaba ni rastro de la raya de los pantalones y con ella habían desaparecido la calidez y la confianza que un hombre normal lleva consigo en un mundo pensado para él. Por eso se acercó al fuego y a Zagreus y se sentó ante él, un tanto a la sombra de la alta chimenea y siempre de cara al cielo. Zagreus lo miró, apartó la vista y arrojó al fuego una bola de papel que tenía en la mano izquierda. De aquel movimiento, ridículo como siempre, le llegó a Mersault el malestar que le entraba al ver aquel cuerpo que sólo estaba vivo a medias. Zagreus sonrió, pero no dijo nada. Y de pronto, le arrimó la cara. Le brillaban las llamas sólo en la mejilla izquierda, pero algo en a voz y la mirada iba cargado de calor.

—Parece cansado —dijo.

Por pudor, Mersault se limitó a contestar: «Sí, me aburro» y, tras una pausa, se enderezó, anduvo hasta la ventana y añadió, mirando al exterior:

—Tengo ganas de casarme, de suicidarme o de suscribirme a *L'Illustration*. De hacer algo desesperado, vamos.

El otro hombre sonrió:

—Es usted pobre, Mersault. Eso explica la mitad de ese hastío. Y la otra mitad se la debe al absurda tolerancia que tiene usted con la pobreza.

Mersault seguía dándole la espalda y miraba los árboles en el viento. Zagreus se alisó con la mano la manta que le cubría las piernas.

—A un hombre, ¿sabe?, se lo juzga siempre por el equilibrio que sabe establecer

entre las necesidades del cuerpo y las exigencias de la mente. Usted se está juzgando, Mersault, y muy mal. Vive mal. Como un bárbaro. —Giró la cara hacia Patrice—. Le gusta conducir un auto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Le gustan las mujeres?

—Cuando son guapas.

—A eso me refería.

Zagreus se volvió hacia el fuego.

Pasado un momento, empezó a decir: «Todo eso...». Mersault se volvió y, apoyado en los cristales que, detrás de él, cedían un poco, esperó el final de la frase. Zagreus se quedó callado. Una mosca precoz vibró contra el cristal. Mersault se dio la vuelta, la capturó con la mano y, luego, la soltó. Zagreus lo miraba y le dijo con cierto titubeo:

—No me gusta hablar en serio. Porque entonces sólo hay una cosa de la que sea posible hablar: la justificación que le damos a la propia vida. Yo no veo cómo puedo justificar desde mi propio punto de vista la mutilación de mis piernas.

—Yo tampoco —dijo Mersault sin volverse.

La risa juvenil de Zagreus brotó de pronto:

—Gracias. No me deja ninguna ilusión.

Cambió de tono:

—Pero hace bien en mostrarse duro. No obstante, hay algo que querría decirle.

Calló, muy serio. Mersault fue a sentarse frente a él.

—Atienda —siguió diciendo Zagreus— y míreme. Me ayudan a hacer mis necesidades. Y, luego, me lavan y me secan. Y lo que es peor: pago a alguien para que lo haga. Bueno, pues no haría nunca ni un gesto para abreviar una vida en la que tanto creo. Aceptaría cosas peores aún, ciego, mudo, todo lo que quiera, sólo con tal de notar en el vientre esta llama oscura y ardiente que soy yo y yo con vida. Sólo pensaría en darle gracias a la vida por haberme permitido seguir ardiendo.

Zagreus se echó hacia atrás, algo jadeante. Ahora se lo veía peor, sólo un reflejo lívido que le ponían las mantas en la barbilla. Y entonces dijo:

—Y usted, Mersault, que tiene su cuerpo, su único deber es vivir y ser feliz.

—No me haga reír —dijo Mersault—. Con ocho horas de oficina. ¡Ay, si fuera libre!

Se había ido animando según hablaba y, como a veces le sucedía, la esperanza le volvía hoy con mayor fuerza al notar una ayuda. Le nacía una confianza porque por fin podía tener confianza en alguien. Se tranquilizó un poco, empezó a aplastar un cigarrillo y prosiguió, con más calma.

—Hace unos años, lo tenía todo por delante; me hablaban de mi vida, de mi porvenir. Y yo decía que sí. Hacía incluso cuanto era necesario para ello. Pero ya entonces todo eso me resultaba ajeno. Esmerarme en la impersonalidad, en eso era en lo que pensaba. No ser feliz «contra». Me explico mal, pero usted me entiende,

Zagreus.

—Sí —dijo el otro hombre.

—E incluso ahora si tuviera tiempo... Me bastaría con dejarme llevar. Todo cuanto me ocurriera por añadidura sería, como la lluvia en un guijarro. Lo refresca y es algo que está ya muy bien. Otro día quemará porque le da el sol. Siempre me ha parecido que la felicidad era precisamente eso.

Zagreus había cruzado las manos. En el silencio que vino a continuación pareció que la lluvia iba a más y las nubes se hincharon para convertirse en una bruma inconcreta. La habitación se oscureció un poco, como si el cielo volcase en ella su cargamento de sombras y de silencio. Y el inválido dijo con tono de interés:

—Un cuerpo tiene siempre el ideal que se merece. Ese ideal del guijarro precisa, como quien dice, para sustentarlo, un cuerpo de semidiós.

—Es cierto —dijo Mersault, algo sorprendido—, pero tampoco hay que exagerar. He hecho mucho deporte, y nada más. Y soy capaz de llegar muy lejos en la voluptuosidad.

Zagreus se quedó pensativo.

—Sí —dijo—. Mejor para usted. Conocer los límites del propio cuerpo, en eso consiste la auténtica psicología. Por lo demás, carece de importancia. No nos da tiempo a ser quienes somos. No nos da tiempo a ser felices. Pero ¿le molestaría aclararme esa idea suya de la impersonalidad?

—No —dijo Mersault. Y se calló.

Zagreus bebió un sorbo de té y dejó la taza, llena. Bebía muy poco porque no quería orinar más que una vez al día. A fuerza de echarle voluntad, conseguía casi siempre limitar la carga de humillaciones que todos los días traían consigo. «No hay ahorro pequeño. Es un récord como otro cualquiera», le había dicho un día a Mersault. Unas cuantas gotas de agua entraron por primera vez por la chimenea. El fuego protestó. La lluvia golpeaba más y más los cristales. En algún sitio una puerta se cerró de golpe. En la carretera que había enfrente los autos corrían como ratas relucientes. Uno dio un bocinazo prolongado y, cruzando el valle, el sonido hueco y lúgubre amplió aún más los espacios húmedos del mundo hasta que incluso su recuerdo se le convirtió a Mersault en un componente del silencio y del desvalimiento del cielo.

—Perdone, Zagreus, pero hace mucho que no hablo de algunas cosas. Así ya que no sé hacerlo o lo hago mal. Cuando miro mi vida y su color secreto, hay en mí como un temblor de lágrimas. Igual que este cielo. Es a un tiempo lluvia y sol, mediodía y medianoche. ¡Ay, Zagreus, pienso en los labios que he besado, en el niño pobre que fui, y en la locura de vida y ambición que me arrastra a veces! Soy todo eso a un tiempo. Estoy seguro de que hay momentos en que no me reconocería. Extremoso en la desdicha, desmesurado en la felicidad, no sé explicarlo.

—¿Actúa en varios planos a la vez?

—Sí, pero no como aficionado —dijo Mersault con vehemencia—. Cada vez que

pienso en ese itinerario de dolor y de alegría que hay en mí sé perfectamente, y con qué arrebató, que la partida que estoy jugando es la más seria y la más exaltante de todas.

Zagreus sonreía.

—¿Así que sí tiene algo que hacer?

—Tengo mi vida por ganar. El trabajo, esas ocho horas que otros toleran, me lo impide.

Se calló y encendió un cigarrillo que hasta ese momento había tenido entre los dedos.

—Y sin embargo —dijo antes de apagar la cerilla—, si tuviera fuerza y paciencia suficientes... —apagó la cerilla de un soplo y aplastó la extremidad carbonizada en el dorso de la mano—, sé muy bien qué grado de vida alcanzaría. No haría de mi vida una experiencia. Sería yo la experiencia de mi vida. Sí, sé muy bien qué pasión me henchiría con todas sus fuerzas. Antes era demasiado joven. Me situaba en medio. Hoy —añadió— ya he entendido que actuar y amar y sufrir es vivir, efectivamente, pero es vivir en la medida en que somos transparentes y aceptamos nuestro destino, como el reflejo único de un arco iris de alegrías y de pasiones que es igual para todos.

—Sí —dijo Zagreus—, pero no puede vivir así si trabaja...

—No, porque estoy en estado de sublevación y eso es malo.

Zagreus calló. Había dejado de llover, pero, en el cielo, la noche había ocupado el lugar de las nubes y ahora la habitación estaba casi del todo a oscuras. Sólo el fuego iluminaba los rostros relucientes del inválido y de Mersault. Zagreus, tras quedarse callado mucho rato, miró a Patrice y se limitó a decir:

—Muchas penas les esperan a quienes lo quieran a usted...

Se detuvo sorprendido ante el respingo repentino de Mersault, quien, con la cabeza en la sombra, dijo airadamente:

—El cariño que se me tenga no me obliga a nada...

—Es cierto —dijo Zagreus—. Sólo hacía constar un hecho. Algún día se quedará solo, y nada más. Pero siéntese y escúcheme. Lo que ha dicho me ha llamado la atención. Una cosa sobre todo, porque confirma todo lo que he aprendido de mi experiencia de hombre. Le tengo mucho cariño, Mersault. Debido a su cuerpo, por lo demás. Él le ha enseñado todas esas cosas. Hoy me parece que puedo hablarle a corazón abierto.

Mersault volvió a sentarse despacio y la cara le entró de nuevo en la luz, más roja ya, de un fuego que se iba apagando. De pronto, en el marco de la ventana, notaron, tras los visillos de seda, algo así como si se abriera la noche. Algo se aflojaba tras los cristales. Una luz lechosa entró en la habitación y Mersault reconoció en los labios irónicos del *bodhisattva* y en los cobres cincelados el rostro familiar de las noches de estrellas y luna que tanto le gustaban. Era como si la noche hubiera perdido el forro de nubes y brillase ahora con su resplandor tranquilo. Por la carretera, los autos iban más despacio. En lo hondo del valle, una algarabía repentina preparó a los pájaros

para el sueño. Se oyeron pasos delante de la casa y, en aquella oscuridad que era como leche sobre el mundo, los ruidos sonaban más amplios y más claros. Entre el fuego rojo, el latido del despertador de la habitación y la vida secreta de los objetos familiares que lo rodeaban se tejía una poesía fugitiva que preparaba a Mersault para recibir de otro corazón, con confianza y cariño, lo que iba a decir Zagreus. Se arrellanó un poco en el sillón y mirando al cielo fue como oyó la extraña historia de Zagreus.

—Tengo la seguridad —empezó a decir éste— de que no se puede ser feliz sin dinero. Y eso es lo que hay. No me gustan ni la facilidad ni el romanticismo. Me gusta darme cuenta de las cosas. Y me he fijado en que en algunas personas de elite hay algo así como un esnobismo espiritual que consiste en creer que el dinero no es necesario para la felicidad. Es una tontería, no es cierto y, hasta cierta punto, es cobarde.

»Mire, Mersault, a un hombre bien nacido nunca le resulta complicado ser feliz. Le basta con retomar el destino de todos, no con voluntad de renuncia, como tantos grandes hombres de pacotilla, sino con voluntad de felicidad. Pero se necesita tiempo para ser feliz. Mucho tiempo. La felicidad es también una prolongada paciencia. Y en casi todos los casos se nos va la vida en ganar dinero cuando haría falta ganar tiempo mediante el dinero. Ése es el único problema que me haya interesado nunca. Es concreto. Es claro.

Zagreus se calló y cerró los ojos. Mersault miraba obstinadamente el cielo. Por un momento se oyeron con nitidez los ruidos de la carretera y del campo y Zagreus volvió a hablar sin apresurarse:

—Sí, ya sé que la mayoría de los hombres ricos no tienen sentido alguno de la felicidad. Pero la cuestión no es ésta. Tener dinero es tener tiempo. No me sacarán de ahí. El tiempo se compra. Todo se compra. Ser rico o hacerse rico es tener tiempo para ser feliz cuando eres digno de serlo.

Miró a Patrice:

—A los veinticinco años, Mersault, ya había entendido que toda persona que tuviera sentido, voluntad y exigencia de felicidad tenía derecho a ser rico. La exigencia de felicidad me parecía lo más noble del corazón del hombre. Desde mi punto de vista, lo justificaba todo. Bastaba con un corazón puro.

Zagreus, que seguía mirando a Mersault, habló de pronto más despacio, con voz fría y dura, como si quisiera sacar a Mersault de su aparente distracción.

—A los veinticinco años empecé mi fortuna. No retrocedí ante la estafa. No habría retrocedido ante nada. En pocos años ya había conseguido mi fortuna en metálico. Se da cuenta, Mersault, casi dos millones. Se me abrió el mundo. Y, con el mundo, esa vida que soñaba en la soledad y la exaltación...

Tras una pausa, Zagreus añadió con voz más sorda:

—La vida que habría tenido, Mersault, sin el accidente que me dejó sin piernas casi enseguida... No supe concluir... Y ahora aquí estoy. Seguro que ya comprenderá

que no quise vivir una vida disminuida. Mi dinero lleva veinte años aquí, a mi lado. He vivido modestamente. Apenas si he mermado esa cantidad.

Se pasó las manos duras por los párpados y dijo, algo más bajo:

—Nunca hay que ensuciar la vida con besos de inválido.

Al llegar a ese punto, Zagreus había abierto el arconcito que estaba pegado a la chimenea y mostraba un cofre recio de paredes de acero bruñido que tenía la llave puesta. Encima del cofre había una carta blanca y un revolver grande y negro. A la mirada involuntariamente curiosa de Mersault, Zagreus respondió con una sonrisa. Era algo muy sencillo. Los días en que le dolía demasiado la tragedia que lo había privado de su vida, colocaba ante sí esa carta, que no tenía fecha, se acercaba el revólver y pegaba a él la frente, se lo pasaba por las sienes, calmaba con el frío del hierro la fiebre de las mejillas. Se quedaba así mucho rato, dejando vagar los dedos por el gatillo, manipulando el seguro, hasta que el mundo se callaba a su alrededor y, soñoliento ya, se le acurrucaba todo el ser en la sensación de un hierro frío y salado del que podía salir la muerte. Al notar de esta forma que le bastaría con ponerle fecha a la carta y disparar, al demostrar la absurda facilidad de la muerte, su imaginación tenía agilidad suficiente para hacerle ver en todo su espanto lo que significaba para él la negación de la vida y se llevaba a ese duermevela suyo todo su deseo de seguir ardiendo aún con dignidad y silencio. Luego, espabilándose por completo, con la boca llena de una saliva ya amarga, lamía el cañón del arma, metía la lengua en él y soltaba por fin el estertor de una felicidad imposible.

—Por supuesto que mi vida ha sido un fracaso. Pero tenía razón entonces: todo por la felicidad, contra el mundo que nos envuelve en su estupidez y su violencia.

Zagreus rió por fin y añadió:

—Mire, Mersault, toda la bajeza y la crueldad de nuestra civilización puede medirse en ese axioma idiota de que los pueblos felices no tienen historia.

Ya se había hecho muy tarde. Mersault calibraba mal todo aquello. Le hervía en la cabeza una excitación febril. Tenía en la boca el calor y la acritud de los cigarrillos que había fumado. La luz, a su alrededor, seguía siendo cómplice. Por primera vez desde que había acabado el relato de Zagreus miró en su dirección:

—Creo que lo entiendo —dijo.

El inválido, cansado por tan largo esfuerzo, respiraba sordamente. Tras un silencio, dijo trabajosamente sin embargo:

—Me gustaría estar seguro. No me haga decir que el dinero hace la felicidad. Lo único que pienso es que para determinada clase de personas es posible la felicidad (siempre y cuando dispongan de tiempo) y que tener dinero es liberarse del dinero.

Estaba encogido en la silla, bajo las mantas. Ahora la oscuridad se había cerrado sobre sí misma y Mersault ya no veía casi a Roland. Hubo un silencio prolongado y Patrice, deseoso de restablecer el contacto, de asegurarse, en la sombra, de la presencia de aquel hombre, dijo poniéndose de pie y como si tanteara:

—Es un riesgo que vale la pena correr.

—Sí —dijo el otro hombre—. Y vale más apostar por esta vida que por la otra. En mi caso, claro, es otra historia.

«Un guiñapo —pensó Mersault—. Un cero a la izquierda en el mundo.»

—Llevo veinte años sin poder llevar a cabo la experiencia de cierta felicidad. Esta vida que me devora no la habría conocido del todo, y lo que me asusta de la muerte es la certidumbre que traerá consigo de que mi vida se ha consumado sin mí. Al margen, ¿se da cuenta?

Sin transición, salió de la sombra una risa muy joven:

—Lo cual quiere decir, Mersault, que en el fondo y en mi estado todavía me queda esperanza.

Mersault dio unos pasos hacia la mesa.

—Piense en todo esto —dijo Zagreus—; piense en todo esto.

Mersault se limitó a decir:

—¿Puedo encender la luz?

—Se lo ruego.

Las aletas de la nariz y los ojos redondos de Roland surgieron, más pálidos, de la luz radiante. Respiraba con fuerza. Cuando Mersault hizo el ademán de alargarle la mano, contestó moviendo la cabeza y riendo con fuerza excesiva:

—No me tome demasiado en serio. Me fastidia siempre, ya sabe, esa cara trágica que pone la gente cuando me ve las piernas cortadas.

«Se está riendo de mí», pensó Patrice.

—No se tome por lo trágico más que la felicidad. Piénselo bien, Mersault, tiene un corazón puro. Piénselo.

Luego lo miró a los ojos y, tras una pausa, dijo:

—Y también tiene dos piernas, así que mejor me lo pone.

Sonrió entonces y tocó una campanilla:

—Váyase, muchacho, tengo que hacer pis.



## Capítulo 5

Al volver a su casa ese domingo por la noche, con todos los pensamientos puestos en Zagreus, Mersault, antes de entrar en su cuarto, oyó unos gemidos que venían de casa de Cardona, el tonelero. Llamó. No le contestaron. Los ayes seguían. Entró sin dudar. El tonelero estaba ovillado en la cama y lloraba con hondos hipidos infantiles. A los pies tenía la foto de una anciana. «Se ha muerto», le dijo a Mersault con gran esfuerzo. Era cierto, pero ya llevaba mucho muerta.

El tonelero era sordo, medio mudo, malo y brutal. Hasta ahora había vivido con su hermana. Pero, cansada de su maldad y de su despotismo ésta había buscado refugio junto a sus hijos. Y él se había quedado tan desvalido como puede estarlo un hombre que por primera vez tenga que ocuparse de la casa y de cocinar. Su hermana le había contado sus altercados a Mersault un día en que se lo había encontrado por la calle. El hermano tenía treinta años, era menudo y bastante guapo. Desde pequeño había vivido con su madre. Era la única persona que le inspiraba cierto temor, más supersticioso que justificado. La había querido con su alma rústica, es decir de una forma ruda y arrebatada a un tiempo, y la mayor prueba de su cariño era la forma que tenía de meterse con la anciana articulando con gran trabajo las groserías más soeces referidas a los curas y a la Iglesia. También se había quedado tanto tiempo con su madre porque no le había inspirado un apego serio a ninguna mujer. Unas pocas aventuras o el burdel lo autorizaban, sin embargo, a considerarse un hombre.

La madre se murió. A partir de ese momento, vivió con su hermana. Mersault les alquiló el cuarto que ocupaban. Solos los dos, vivían trabajosamente e iban cuesta arriba por una vida larga, sucia y negra. Tenían dificultades para hablarse. En consecuencia, se pasaban días enteros sin cruzar ni una palabra. Pero la hermana se había ido. Él tenía demasiado amor propio para quejarse y pedirle que volviera; vivía solo. A mediodía, comía en el restaurante. Por las noches cenaba embutido en su cuarto. Se lavaba la ropa y los recios monos de obrero. Pero el cuarto lo tenía de una suciedad pringosa. A veces, sin embargo, en los primeros tiempos, los domingos cogía una bayeta e intentaba ordenar un poco las habitaciones. Pero algunas ingenuidades masculinas, una cazuela encima de la chimenea que antes estaba florida y con adornos, daban fe de lo abandonado que estaba todo. Lo que él llamaba ordenar consistía en esconder el desorden, en disimular detrás de unos almohadones lo que andaba rodando o en colocar encima del aparador los objetos más variopintos. Por lo demás, había acabado por hartarse y ni siquiera hacía ya la cama y dormía, con el perro, encima de las mantas sucias y apestosas. La hermana le había dicho a Mersault: «Se las da de listo en los cafés. Pero la casera me ha dicho que lo había visto llorar mientras lavaba la ropa». Y era un hecho que, por muy endurecido que estuviera aquel hombre, se adueñaba de él el terror en determinados momentos y le hacía calibrar en qué abandono tan grande se hallaba. Desde luego que si vivía con él era porque le daba pena, le decía la hermana a Mersault. Pero no le dejaba ver al

hombre al que quería. Y eso que a su edad aquello no tenía ya mucha importancia que digamos. Era un hombre casado. Le llevaba a su amiga flores que cortaba en los setos del extrarradio, naranjas y botellas de licor que ganaba en las ferias. No era guapo, desde luego. Pero, total, con eso no se va a ninguna parte; y era tan buen hombre... Ella le tenía apego, y él a ella. ¿Es acaso otra cosa el amor? Le lavaba la ropa y se esforzaba por que fuera limpio. Él solía llevar al cuello pañuelos doblados en pico y atados con un nudo: ella le dejaba los pañuelos blanquísimo y ésa era una de sus alegrías.

Pero el otro, el hermano, no quería que el amigo fuera a casa. Tenía que verlo a escondidas. Lo había dejado entrar una vez. El hermano los pilló y hubo una bronca tremenda. El pañuelo doblado en pico se quedó, cuando se fueron los dos, en un rincón sucio del cuarto; y ella se fue a buscar refugio a casa de su hijo. Mersault se acordaba de ese pañuelo al ver la habitación sórdida que tenía delante.

Por entonces, sin embargo, compadecieron al tonelero por estar tan solo. Él le habló a Mersault de una posible boda. Se trataba de una mujer mayor que él. Y a quien seguramente le tentaba la esperanza de caricias jóvenes y robustas... Las tuvo antes de la boda. Pasado cierto tiempo, su amante renunció al proyecto y dijo que le parecía demasiado vieja. Se quedó solo en aquella casita de barrio. Poco a poco la suciedad lo fue rodeando, le puso sitio, sus olas rompieron contra la cama y, luego, se lo tragó de forma permanente. La casa era demasiado fea. Y para un hombre pobre y que no está a gusto en su casa hay otra más accesible, más rica, mejor iluminada y acogedora siempre: el café. Los cafés del barrio estaban especialmente vivos. Imperaba en ellos esa calidez de rebaño que es el último refugio contra los terrores de la soledad y sus aspiraciones inconcretas. El hombre mudo se fue a vivir a ellos. Allí lo veía Mersault todas las noches. Gracias a los cafés, retrasaba cuanto podía el momento del regreso. Allí encontraba su lugar entre los hombres. Aquella noche, sin duda, los cafés no le habían bastado. Al llegar a su casa había sacado seguramente esa foto y despertado con ella los ecos del pasado muerto. Volvió a encontrarse con aquella a quien había querido y con quien tanto se había metido. En la habitación repugnante, solo ante la inutilidad de su vida, reuniendo las últimas fuerzas, había cobrado conciencia de ese pasado en que había sido feliz. Eso había que creer, al menos; y, que en la conjunción de aquel pasado y su mísero presente, había brotado una chispa de algo divino puesto que se había echado a llorar.

Como siempre que se enfrentaba a una manifestación brutal de la vida, Mersault se había quedado sin fuerzas y rebosante de respeto ante aquel dolor animal. Se sentó en las mantas sucias y arrugadas y le puso la mano en el hombro a Cardona. Tenía delante, encima del hule de la mesa, el revoltillo de una lámpara de alcohol, una botella de vino, unas migajas de pan, un trozo de queso y una caja de herramientas. En el techo, telarañas. Mersault, que no había vuelto a entrar en aquella habitación desde que había muerto su madre, calibraba, por la suciedad y la miseria pringosa que la colmaban, el camino que había recorrido aquel hombre. La ventana que daba al

patio estaba cerrada. La otra, entornada apenas. La lámpara de petróleo, cuyo mecanismo de subir y bajar tenía alrededor una baraja en miniatura, dejaba caer su luz redonda y apacible en la mesa, en los pies de Mersault y de Cardona y en una silla algo separada de la pared que tenían enfrente. Entretanto, Cardona había cogido la foto con ambas manos y la miraba y la seguía besando, diciendo con su voz de inválido: «Pobre mamá». Pero era de él de quien se compadecía. Estaba enterrada en el cementerio repulsivo que tan bien conocía Mersault, en la otra punta de la ciudad.

Quiso irse. Dijo, separando las sílabas para que lo entendiera bien:

—No-de-be-que-dar-se-en-e-se-es-ta-do.

—Estoy sin trabajo —dijo Cardona penosamente.

Y, enseñando la foto, dijo con voz entrecortada: «La quería», y Mersault tradujo: «Me quería». «Se ha muerto», y Mersault entendió: «Estoy solo». «Le hice ese tonelito para el día de su santo.» Encima de la chimenea había un tonelito de madera barnizada con aros de cobre y un grifo reluciente. Mersault le soltó el hombro a Cardona y éste se desplomó en las almohadas cochambrosas. De debajo de la cama salió un suspiro hondo y un olor repugnante. El perro salió despacio, hundiendo el lomo. Y le puso a Mersault en las rodillas la cabeza de orejas largas y ojos dorados. Mersault miraba el tonelito. En la habitación sórdida en que aquel hombre respiraba porque sí, con la calidez del perro bajo los dedos, cerraba los ojos para contener la desesperación que, por primera vez desde hacía mucho, le subía por dentro como un mar. En presencia de la desdicha y la soledad, el corazón ahora le decía: «¡No!». E inmerso en el gran desamparo que lo colmaba, Mersault notaba a la perfección que aquella rebelión suya era lo único auténtico que tenía y que lo demás era miseria y aceptación. La calle, que ayer estaba viva bajo sus ventanas, seguía henchida de sus ruidos. De los jardines que había debajo de la terraza subió un olor a hierbas. Mersault le ofreció un cigarrillo a Cardona y los dos fumaron sin decir nada. Pasaron los últimos tranvías y con ellos los recuerdos aún vivos de los hombres y de las luces. Cardona se quedó dormido y no tardó en empezar a roncar por la nariz repleta de lágrimas. El perro, ovillado a los pies de Mersault, rebullía a veces y se quejaba en sueños. Cada vez que se movía, subía su olor hasta Mersault. Y él estaba apoyado en la pared e intentaba refrenar dentro del corazón la rebelión de la vida. La lámpara humeaba, se calcinaba la mecha y, por fin, se apagó con un espantoso olor a petróleo. Mersault se había quedado amodorrado y se despertó con la vista clavada en la botella de vino. Con gran esfuerzo se levantó, fue hacia la ventana del fondo y se quedó quieto delante. Del corazón de la noche subían hacia él llamadas y silencios. En las lindes del mundo que dormitaba aquí, un barco convocó prolongadamente a los hombres a la partida y a los nuevos comienzos.

Al día siguiente, Mersault mató a Zagreus, se volvió a casa y se pasó la tarde durmiendo. Se despertó con fiebre. Y a última hora de la tarde seguía en la cama y avisó al médico del barrio, que lo encontró griposo. Un empleado de la oficina, que vino a ver qué pasaba, se llevó la baja. Pocos días después todo estaba arreglado: un

artículo, una investigación. Todo justificaba la decisión de Zagreus. Marthe fue a ver a Mersault y dijo, suspirando: «Hay días en que querría una estar en su lugar. Pero a veces hace falta más valor para vivir que para matarse». Una semana después, Mersault se embarcó rumbo a Marsella. Para todo el mundo, iba a pasar una temporada de descanso en Francia. Desde Lyon, Marthe recibió una carta de ruptura que sólo hizo padecer a su amor propio. Al mismo tiempo le anunciaba que le ofrecían un trabajo extraordinario en Centroeuropa. Marthe le contestó a lista de correos cuánto sufría. Esa carta no llegó nunca a manos de Mersault, quien, al día siguiente de llegar a Lyon tuvo un violento ataque de fiebre y cogió un tren para Praga. Y eso que Marthe le anunciaba que, tras varios días en el depósito, habían enterrado a Zagreus y que habían necesitado muchos almohadones para encajarle el tronco en la caja.

**Segunda parte**  
**La muerte consciente**

# Capítulo 1

—Querría una habitación —dijo el hombre en alemán.

Al portero, que estaba ante un cuadro lleno de llaves, lo separaba del vestíbulo una mesa larga. Escudriñó al que acababa de entrar, que llevaba una gabardina amplia y gris echada por los hombros y hablaba desviando la cara.

—Por supuesto, señor. ¿Para una noche?

—No; no lo sé.

—Tenemos habitaciones de dieciocho, de veinticinco y de treinta coronas.

Mersault miraba la callecita de Praga que podía verse a través de la puerta acristalada del hotel. Con las manos en los bolsillos, iba sin sombrero y con el pelo revuelto. A pocos pasos se oían chirriar los tranvías que iban avenida Wenceslas abajo.

—¿Qué habitación desea al señor?

—Cualquiera —dijo Mersault sin apartar los ojos de la puerta acristalada. El portero cogió una llave del cuadro y se la alargó a Mersault.

—Habitación 12 —dijo.

Mersault pareció despertarse.

—¿Cuánto vale esa habitación?

—Treinta coronas.

—Es demasiado cara. Querría una habitación de dieciocho coronas.

El hombre, sin decir palabra, cogió otra llave y le enseñó a Mersault la estrella de cobre que llevaba colgando: «Habitación n.º 34».

Sentado en la habitación, Mersault se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata sin deshacer el nudo y se remangó automáticamente las mangas de la camisa. Se acercó al espejo que había encima del lavabo, y le salió al encuentro un rostro cansado, algo tostado en los sitios que no tiznaba de negro una barba de varios días. El pelo, que le había revuelto el viaje en tren, le caía en desorden en la frente, hasta las dos arrugas hondas en el entrecejo que prestaban a su mirada algo así como una expresión seria y tierna que le llamó la atención. Sólo entonces se le ocurrió mirar en torno y vio la habitación mísera que era cuanto poseía y más allá de la que no divisaba ya nada. En el repulsivo entelado con grandes flores amarillas sobre fondo gris, toda una geografía de mugre trazaba pringosos universos de miseria. Detrás el radiador, enorme, rincones grasientos y fangosos. La llave de la luz estaba rota y asomaban los contactos de cobre. Encima de una cama central con somier de tiras de lona, colgaba de un cable barnizado de mugre, donde se secaban restos viejos de moscas, una bombilla sin pantalla que se quedaba pegada a los dedos. Mersault examinó las sábanas, que estaban limpias. Sacó las cosas de aseo de la maleta y las colocó de una en una en el lavabo. Luego se dispuso a lavarse las manos, pero cerró el grifo nada más abrirlo y fue a abrir la ventana sin visillos. Daba a un patio trasero con un lavadero y unas paredes horadadas de ventanitas. En una había ropa tendida. Mersault

se acostó y se quedó dormido en el acto. Se despertó sudando y desaliñado y estuvo un rato dando vueltas por la habitación. Luego encendió un cigarrillo y, sentado y con la cabeza hueca, se miró la raya de los pantalones arrugados. Se le mezclaban en la boca la amargura del sueño y la del tabaco. Miró otra vez la habitación rascándose las costillas por debajo de la camisa. Le subía a la boca una dulzura espantosa ante tanto abandono y tanta soledad. Al notarse tan lejos de todo, e incluso de la fiebre, al sentir con claridad tan meridiana en esa habitación cuantas cosas absurdas y míseras hay en lo hondo de las vidas mejor preparadas, se alzaba ante él el rostro vergonzoso y secreto de algo así como una libertad que nace de lo sospechoso y de lo fraudulento. Lo rodeaban horas flácidas y fofas y el tiempo entero chapoteaba como si fuera cieno.

Llamaron con violencia a la puerta y, sobresaltado, Mersault recordó que lo habían despertado unos golpes así. Abrió y se encontró ante un viejo menudo y pelirrojo, agobiado con el peso de las dos maletas de Mersault que, en su persona, parecían gigantescas. Lo ahogaba el enfado y entre los dientes escasos le brotaba una baba repleta de insultos y recriminaciones. Mersault se acordó entonces del asa rota de la maleta más grande, que hacía que resultase tan incómodo llevarla. Quiso disculparse, pero no supo cómo decir que no sabía que el mozo fuera tan viejo. El viejecito lo interrumpió:

—Son catorce coronas.

—¿Por un día de consigna? —se extrañó Mersault.

Entendió entonces, entre las prolijas explicaciones que le dieron, que el viejo había cogido un taxi. No se atrevió a decir que para eso ya lo habría cogido él y pagó por aburrimiento. Nada más cerrar la puerta, Mersault notó el pecho henchido de lágrimas inexplicables. Un reloj muy cercano dio las cuatro. Había dormido dos horas. Se daba cuenta de que sólo lo separaba de la calle la casa de enfrente y notaba el bulto sordo y misterioso de la vida que fluía por ella. Más valía salir. Mersault se lavó las manos minuciosamente. Para limarse las uñas volvió a sentarse al filo de la cama y manejó la lima con movimiento regular. Dos o tres bocinas sonaron en el patio con tal fuerza que Mersault volvió a acercarse a la ventana. Vio entonces que en los bajos de la casa un pasadizo abovedado conducía a la calle. Era como si todas las voces de la calle, toda la vida desconocida que había del otro lado de las casas, todos los ruidos de los hombres que tienen señas, familia, rencillas con un tío suyo, preferencias en la mesa, una enfermedad crónica, el hormigueo de esos seres que tenían cada cual su personalidad, como fuertes latidos separados para siempre del corazón monstruoso del gentío, se colasen por el pasadizo y subieran trepando por el patio para estallar como pompas en la habitación de Mersault. Al notarse tan poroso, tan atento a todas las señales del mundo, Mersault sintió la honda grieta que lo abría a la vida. Encendió otro cigarrillo y se vistió febrilmente. Al abrocharse la chaqueta, el humo le escoció en los párpados. Volvió al lavabo, se secó los ojos y quiso peinarse. Pero el peine se había esfumado. El sueño le había enredado el pelo e intentó en vano

atusarlo. Bajó como estaba, con el pelo en la cara y tieso por detrás. Se notaba aún más menguado. Ya en la calle, dio la vuelta al hotel par llegar al pasadizo que le había llamado la atención. Daba a la plaza del ayuntamiento viejo y, en el atardecer algo denso que caía sobre Praga, las agujas góticas del ayuntamiento y la antigua iglesia del Týn se recortaban en negro. Una muchedumbre prieta circulaba bajo los soportales de las callecitas. Mersault en todas las mujeres que pasaban acechaba la mirada que le hubiera permitido creerse aún capaz de interpretar el papel delicado y tierno de la vida. Pero las personas que gozan de buena salud tienen algo así como una maña natural para esquivar las miradas febriles. Sin afeitarse, despeinado, con una expresión de animal intranquilo en los ojos y los pantalones y el cuello de la camisa arrugados, había perdido esa seguridad maravillosa que proporciona un terno bien cortado o el volante de un auto. La luz se iba volviendo cobriza y el día se demoraba aún en el oro de las cúpulas barrocas que se veían al fondo de la plaza. Se encaminó hacia una de ellas, entró en la iglesia y, mientras se adueñaba de él el antiguo olor, se sentó en un banco. La bóveda estaba completamente a oscuras, pero los dorados de las capiteles escanciaban un agua dorada y misteriosa que corría por el acanalado de las columnas hasta las caras mofletudas de los ángeles y de los santos de risa sardónica. Dulzura, sí, allí había dulzura, pero tan amarga que Mersault se abalanzó hacia el umbral y, de pie en las escaleras, respiró el aire, más fresco ahora, de la noche en que iba a sumergirse. Un momento más y vio encenderse la primera estrella, pura y desnuda, entre las agujas de la iglesia del Týn.

Empezó a buscar un restaurante barato. Se internó en calles más oscuras y menos concurridas. Aunque no había llovido en todo el día, el suelo estaba húmedo y Mersault tenía que evitar los charcos negros entre los adoquines espaciados. Luego empezó a lloviznar. Las calles transitadas no debían de estar lejos porque se oía a los vendedores de periódicos pregonar el *Narodni Politika*. Mersault, mientras tanto, daba vueltas. Se detuvo de pronto. Un olor peculiar le llegaba desde lo hondo de la oscuridad. Picante y algo agrio, despertaba en él todas sus potencias para la angustia. Lo notaba en la lengua, en el fondo de la nariz y en los ojos. Estaba lejos; luego, en la esquina y entre el cielo, ya oscuro, y los adoquines pegajosos y relucientes, allí estaba como el mal de ojo de las noches de Praga. Anduvo hacia él, que se iba haciendo poco a poco más real, se apoderaba de él por completo, le llenaba los ojos de lágrimas y lo dejaba indefenso. Lo entendió al llegar a la esquina de una calle: una anciana vendía pepinos en vinagre y era ese olor el que había sobrecogido a Mersault. Un transeúnte se paró y compró un pepino que la anciana le envolvió en un papel. Dio unos cuantos pasos y, al llegar frente a Mersault, abrió el paquete y le hincó el diente al pepino, cuya carne, desgarrada y chorreante, dejó salir el olor, aún más fuerte. Mersault, incómodo, se apoyó en una pilastra y respiró durante un buen rato toda la extrañeza y la soledad que el mundo le brindaba en ese momento. Siguió andando luego y entró sin pararse a pensarlo en un restaurante del que salía música de acordeón. Bajó unos cuantos peldaños, se detuvo a mitad de las escaleras y se vio en



un sótano bastante oscuro lleno de resplandores rojos. Debía de tener una expresión muy rara porque el acordeón tocó en sordina, las conversaciones se detuvieron y los clientes se volvieron a mirarlo. En un rincón comían unas chicas, con los labios llenos de grasa. Los demás clientes bebían la cerveza negra y dulzona de Checoslovaquia. Muchos estaban fumando sin tomar nada. Mersault llegó hasta una mesa bastante larga que ocupaba nada más un hombre. Alto y flaco, de pelo amarillo, apelmazado en la silla y con las manos en los bolsillos, apretaba entre los labios agrietados un trozo de cerilla, empapado ya de saliva y lo chupaba con un ruido desagradable o se lo paseaba de una comisura de los labios a otra. Cuando Mersault tomó asiento, el hombre apenas si se movió, se apoyó en la pared, movió la cerilla hacia el sitio del recién llegado y guiñó imperceptiblemente los ojos. En ese momento, Mersault le vio una estrella roja en el ojal.

Mersault comió poco y deprisa. No tenía hambre. El acordeón sonaba ahora con mayor claridad y el hombre que lo tocaba miraba fijamente al recién llegado. En dos ocasiones, Marsault cargó de desafío los ojos e intentó sostenerle la mirada. Pero la fiebre lo había debilitado. El hombre lo seguía mirando. De pronto una de las chicas se echó a reír, el hombre de la estrella roja chupó con fuerza la cerilla, donde se hinchó una pompita de saliva, y el músico, sin dejar de mirar a Mersault, detuvo la danza animada que estaba tocando para iniciar una melodía lenta y con la pringue de un polvo de siglos. En ese momento abrió la puerta otro cliente. Mersault no lo vio, pero por el hueco se coló con rapidez el olor a vinagre y a pepino. Llenó de golpe el sótano oscuro mezclándose con la melodía misteriosa del acordeón, hinchando la pompa de saliva de la cerilla del hombre, tornando de pronto las conversaciones más significativas, como si de las fronteras de la noche que dormía sobre Praga todo el sentido de un mundo viejo, perverso y doloroso hubiera acudido a refugiarse en la calidez de aquella sala y de aquellos hombres. Mersault, que estaba comiendo una mermelada demasiado dulce, proyectado de repente hasta los confines de sí mismo, notó que la grieta que llevaba dentro crujía y lo abría más a la angustia y a la fiebre. Se puso de pie bruscamente, llamó al camarero, no entendió nada de las explicaciones que le dio y pagó de más fijándose otra vez en la mirada del músico que seguía con los ojos de par en par y clavados en él. Fue hacia la puerta, dejó atrás al hombre y se fijó en que seguía mirando la mesa de la que él se acababa de levantar. Cayó entonces en la cuenta de que era ciego, subió las escaleras y, abriendo la puerta, metido por completo en el olor siempre presente, fue por calles cortas hacia el fondo de la noche.

Brillaban estrellas por encima de las casas. Debía de estar cerca del río, cuyo canto sordo y poderoso oía. Delante de una verja pequeña en un muro grueso cubierto de caracteres hebreos, se dio cuenta de que estaba en el barrio judío. Por encima de la pared colgaban las ramas de un sauce de aroma dulce. A través de la verja se veían piedras grandes y pardas hundidas entre la hierba. Era el antiguo cementerio judío de Praga. A pocos pasos de allí, Mersault llegó, a todo correr, a la plaza vieja del ayuntamiento. Cerca del hotel, tuvo que apoyarse en una pared y vomitó

trabajosamente. Con esa total lucidez que da la debilidad extremada llegó a su cuarto sin equivocarse, se acostó y se quedó dormido en el acto.

A la mañana siguiente lo despertaron los vendedores de periódicos. El tiempo seguía nublado, pero se intuía el sol detrás de las nubes. Mersault, aunque algo débil, se sentía mejor. Pero pensaba en lo largo que se le iba a hacer el día que estaba empezando. Viviendo así, en presencia de sí mismo, el tiempo adoptaba la extensión más extremada y todas las horas del día le parecía que contenían un mundo. Ante todo, había que evitar crisis como la de la víspera. Lo mejor era recorrer la ciudad metódicamente. Se sentó en pijama ante la mesa y se hizo un horario sistemático que tenía que llenar todos y cada uno de los días durante una semana. Claustros e iglesias barrocas, museos y barrios antiguos, no se le olvidó nada. Luego se aseó; se dio cuenta entonces de que se le había olvidado comprar un peine y bajó como la víspera, despeinado y taciturno, pasando ante el portero en cuyos pelo tieso, expresión pasmada y chaqueta a la que le faltaba el segundo botón se fijó a la luz del día. Al salir del hotel se adueñó de él una música pueril y tierna de acordeón. El ciego de la víspera, en la esquina de la antigua plaza, sentado en los talones, tocaba el instrumento con la misma expresión vacía y risueña, como liberado de sí mismo e inserto por completo en el movimiento de una vida que lo superaba. Al doblar la esquina, Mersault volvió a notar el olor a pepinos. Y, con él, la angustia.

Aquel día fue igual que los siguientes. Mersault se levantaba tarde, visitaba claustros e iglesias, buscaba refugio en su olor a sótano y a incienso, y luego, al regresar a la luz del día, recuperaba su miedo secreto al volver a encontrarse con los vendedores de pepinos que había en todas las esquinas. Cruzando por ese olor veía los museos y entendía la profusión y el misterio del genio barroco que colmaba Praga con sus oros y su magnificencia. La luz dorada que brillaba suavemente en los altares, en lo hondo de la penumbra, le parecía tomada del cielo cobrizo, hecho de brumas y de sol, tan frecuente sobre Praga. En la quincalla de las volutas y los medallones, en las decoraciones complicadas que hubiéranse dicho hechas de papel de oro, tan conmovedoras por el parecido con los nacimientos infantiles que se ponen en Navidad, Mersault sentía la grandiosidad, lo grotesco y el orden barroco, como un romanticismo pueril y grandilocuente con el que el hombre se defiende contra sus propios demonios. El dios al que adoraban aquí era ese a quien se teme y se honra, y no el que ríe con el hombre ante los juegos cálidos del mar y el sol. Al salir del aroma delicado a polvo y anonadamiento que imperaba bajo las bóvedas sombrías, Mersault volvía a encontrarse sin patria. Todos los atardeceres iba al claustro de los monjes checos, al oeste de la ciudad. En el jardín del claustro, las horas volaban junto con las palomas, las campanas latían suavemente más arriba de la hierba, aunque lo que le seguía hablando a Mersault era su fiebre. Aunque de paso, sin embargo, el tiempo iba transcurriendo. Para entonces se había hecho la hora en que las iglesias y los monumentos han cerrado ya, pero los restaurantes todavía no han abierto. Ahí estaba el peligro. Mersault paseaba a orillas del Moldava repletas de jardines y orquestas en

el anochecer. Unos barquitos iban río arriba, de embalse en embalse. Mersault iba río arriba con ellos, dejaba atrás el ruido ensordecedor y el hervidero de una esclusa, recobraba poco a poco la paz y el silencio del atardecer y seguía luego andando, al encuentro de un gruñido que se hinchaba hasta convertirse en estruendo. Al llegar al siguiente embalse, miraba cómo unas barquitas pintadas de colores intentaban en vano pasar la presa sin volcar, hasta que una de ellas superaba el punto peligroso y se alzaban clamores cubriendo el ruido de las aguas. Toda esa agua que bajaba con su carga de gritos, de melodías y de aromas de jardines, llena de los resplandores cobrizos del cielo de poniente y de las sombras grotescas y retorcidas del puente Carlos le proporcionaba a Mersault la conciencia dolorosa y ardiente de una soledad sin fervor en donde el amor ya no participaba en absoluto. Y, deteniéndose ante el perfume de agua y de hojas que se alzaba hasta él, con un nudo en la garganta, se imaginaba unas lágrimas que no acudían. Habría bastado con un amigo o con unos brazos abiertos. Pero las lágrimas se detenían en la frontera del mundo sin ternura en que estaba sumido. En otras ocasiones, cruzaba el puente Carlos, siempre a esa misma hora del atardecer, y paseaba por el barrio del Hradschin, más arriba del río, desierto y silencioso a pocos pasos de las calles más animadas de la ciudad. Vagabundeaba entre esos palacios grandes, caminaba a lo largo de gigantescos patios enlosados y verjas de forja, en las inmediaciones de la catedral. Entre las elevadas paredes de los palacios retumbaban sus pasos en el silencio. Subía hasta él desde la ciudad un ruido sordo. En ese barrio no había vendedores de pepinos, pero sí algo opresivo en aquel silencio y aquella grandiosidad. De forma tal que Mersault acababa siempre por volver a bajar hacia el olor o hacia la melodía que eran ahora toda su patria. Comía en el restaurante que había descubierto y que, al menos, le resultaba familiar. Tenía su propio sitio junto al hombre de la estrella roja, que sólo venía por las noches, se bebía una cerveza y masticaba la cerilla. También a la hora de la cena tocaba el ciego y Mersault comía deprisa, pagaba y se volvía al hotel, camino de un sueño de niño con fiebre que no le falló ni una sola noche.

A diario pensaba Mersault en irse y, a diario, cada vez un poco más hundido en la desidia, lo guiaba un poco menos su determinación de felicidad. Llevaba cuatro días en Praga y todavía no se había comprado el peine que echaba de menos todas las mañanas. Notaba sin embargo la sensación confusa de una carencia y eso era lo que estaba esperando nebulosamente. Una noche iba camino de su restaurante por la callecita donde se había encontrado con el olor la primera noche. Ya lo notaba aproximarse cuando, poco antes de llegar al restaurante, en la acera de enfrente, algo lo detuvo y lo obligó a acercarse. Había un hombre tendido en la acera, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre la mejilla izquierda. Tres o cuatro personas estaban apoyadas en la pared y parecían esperar algo, aunque con mucha tranquilidad. Una fumaba y las demás hablaban en voz baja. Pero un hombre en mangas de camisa y con la chaqueta echada al brazo escenificaba, alrededor del cuerpo, un baile salvaje, algo así como un paso indio cadencioso y hostigador. En lo

alto, la luz muy floja de un farol alejado se combinaba con la luz sorda que procedía del restaurante, a pocos pasos. Aquel hombre que bailaba sin parar, aquel cuerpo con los brazos cruzados, aquellos espectadores tan tranquilos, aquel contraste irónico y aquel silencio inusitado, había en todo aquello, compuesto en última instancia de contemplación e inocencia, entre los juegos un tanto opresivos de la sombra y la luz, un minuto de equilibrio tras el cual, le parecía a Mersault, que todo se derrumbaría para caer en la locura. Se acercó más. La cabeza del muerto estaba en un charco de sangre. La cabeza había girado, y descansaba ahora, sobre la herida. En aquel rincón remoto de Praga, entre la luz escasa en los adoquines algo pegajosos, el deslizamiento prolongado de los autos que pasaban a poca distancia de allí y la llegada lejana de tranvías sonoros y espaciados, la muerte resultaba dulzona e insistente y fue su mismísima llamada y su aliento húmedo lo que notó Mersault en el momento en que se alejaba a zancadas sin volverse. De pronto lo asaltó el olor, del que ya no se acordaba: entró en el restaurante y fue a sentarse a la mesa. El hombre estaba allí, pero sin cerilla. Le pareció a Mersault que le veía algo extraviado en la mirada. Descartó la idea estúpida que se le estaba ocurriendo. Pero todo le daba vueltas en la cabeza. Antes de haber pedido algo, salió huyendo de pronto, corrió hasta el hotel y se tiró encima de la cama. Un clavo puntiagudo le quemaba la sien. Con el corazón vacío y el vientre oprimido, estallaba su rebelión. Le henchían los ojos imágenes de su vida. Algo en él clamaba por los ademanes de las mujeres, por brazos que se abren y por labios tibios. Desde lo hondo de las noches dolorosas de Praga, entre olores de vinagre y melodías pueriles, se alzaba hacia él el rostro angustiado del viejo mundo barroco compañero de su fiebre. Respirando trabajosamente, con ojos de ciego y gestos maquinales, se sentó en la cama. El cajón de la mesa estaba abierto y forrado con un periódico inglés cuyo artículo leyó entero. Luego volvió a tumbarse en la cama. La cabeza del hombre estaba girada sobre la herida y en esa herida habrían cabido los dedos. Se miró las manos y los dedos y se le alzaban deseos de niño en el corazón. Un fervor ardiente y secreto se le henchía de lágrimas por dentro y era una nostalgia de las ciudades llenas de sol y de mujeres, con atardeceres verdes que cierran las heridas. Las lágrimas reventaron. Crecía en él un gran lago de soledad y de silencio por encima del que corría el canto triste de su liberación.

## Capítulo 2

En el tren que lo llevaba hacia el norte, Mersault se miraba las manos. Había un cielo de tormenta en el que el avance del tren ponía una avalancha de nubes bajas y pesadas. Mersault iba solo en el vagón de calefacción excesiva. Se había marchado a toda prisa, durante la noche, y ahora, enfrentándose a solas con la mañana oscura, dejaba que se le metiera dentro toda la dulzura de aquel paisaje de Bohemia donde la espera de la lluvia entre los altos álamos sedosos y unas chimeneas de fábricas lejanas ponía algo así como un ansia de lágrimas. Miraba luego la placa blanca con tres frases escritas: *Nicht hinauslehnen, E pericoloso sporgersi, Il est dangereux de se pencher au-dehors*. Y luego se le iba la vista a las manos, animales vivos y hoscos encima de las rodillas. Una, la izquierda, era larga y flexible; la otra, nudosa y musculosa. Las conocía, las reconocía y, al mismo tiempo, las notaba diferentes de él, como si fueran capaces de acciones en que no hubiera participado su voluntad. Una fue a colocarse en la frente y a oponerse a la fiebre que le latía en las sienas. Otra se escurrió chaqueta abajo y se metió en el bolsillo para sacar un cigarrillo que volvió a soltar en cuanto Mersault tomó conciencia de aquellas ganas de vomitar que lo dejaban sin fuerzas. Tras volver a las rodillas, las manos se relajaron y, con las palmas en forma de copa, le mostraron a Mersault el rostro de su vida, regresada a la indiferencia y brindada a quien la quisiera.

Estuvo dos días viajando. Pero en esta ocasión no lo espoleaba un instinto de huida. La propia monotonía de aquel recorrido lo dejaba colmado. Aquel vagón que lo llevaba, cruzando media Europa, lo conservaba entre dos mundos. Acababa de cogerlo e iba a dejarlo. Lo sacaba de una vida de la que quería borrar incluso el recuerdo para llevarlo al umbral de un mundo nuevo donde el deseo sería el rey. Mersault no se aburrió ni una vez. Se quedaba en un rincón; pocas veces lo molestaron; y se miraba las manos, y luego miraba el paisaje y reflexionaba. Prolongó el viaje voluntariamente hasta Breslau, sin hacer más esfuerzo que cambiar de billete en las aduanas. Quería seguir una temporada más cara a cara con su libertad. Estaba cansado y no se sentía con fuerzas para moverse. Recibía y se guardaba las mínimas parcelas de su fuerza y de sus esperanzas, las almacenaba y las agrupaba, dentro de sí volvía a forjarse a sí mismo y, de paso, forjaba su porvenir. Le gustaban esas noches largas en que el tren corre por vías escurridizas; pasar como una tromba por las estacioncitas en que sólo está iluminado el reloj; el frenazo repentino antes de llegar al nido de luces de las estaciones grandes que, nada más divisarlo, ya se había tragado el tren y volcaba en los compartimientos su oro profuso, su luz y su calor. Tintineaban martillos en las ruedas, la locomotora se sacudía el vapor y el ademán de autómatas del empleado al bajar la señal roja volvía a proyectar a Mersault en la carrera desenfundada del tren en que sólo estaban en vela su lucidez y su inquietud. Otra vez, en el compartimiento, el juego cruzado de sombras y luces, el revestimiento de negro y oro. Dresde, Bautzen, Görlitz, Liegnitz. La larga noche por

delante, a solas, con todo el tiempo necesario para formar los gestos de una vida futura; la lucha paciente con la idea que se escabulle en el recodo de una estación, permite otra captura y otra persecución, alcanza sus consecuencias y sigue huyendo y llevándole la delantera a la danza de cables que brillan de lluvia y de luces. Mersault buscaba la palabra, la frase que expresase la esperanza de su corazón, en que se cerrara su inquietud. En el estado de debilidad en que se hallaba, necesitaba fórmulas. El día y la noche pasaban por esa lucha obstinada con el verbo y con la imagen en que a partir de ese momento iba a consistir todo el color de su mirada ante la vida, con el sueño enternecido o desdichado que tenía sobre su porvenir. Cerraba los ojos. Se precisa tiempo para vivir. Como sucede con cualquier obra de arte, la vida exige que pensemos en ella. Mersault pensaba en su vida y paseaba su conciencia desatinada y su determinación de felicidad en un compartimiento que, en aquellos días, estuvo para él en Europa como en una de esas celdas donde el hombre aprende a conocer al hombre mediante lo que lo supera.

La mañana del segundo día, y aunque estaban en pleno campo, quedó claro que el tren iba más despacio. Faltaban unas horas para Breslau y el día se alzaba sobre la larga llanura de Silesia, sin un árbol, pegajosa de barro, bajo un cielo nublado y henchido de lluvia. Hasta el horizonte y a distancias regulares, aves negras de gran tamaño y alas relucientes volaban por grupos a pocos metros del cielo, incapaces de remontarse más bajo el cielo pesado como una losa. Daban vueltas con un vuelo lento y torpe y, a veces, alguna de ellas se salía del grupo, pasaba a ras del suelo, confundándose casi con él y se alejaba con vuelo uniforme y untuoso, interminablemente, hasta estar lo bastante lejos para destacar como un punto negro en el cielo incipiente. Mersault había limpiado con las manos el vaho de la ventanilla y miraba ávidamente por las rayas largas que habían dejado sus dedos en el cristal. Desde la tierra desolada y hasta el cielo sin color se alzaba para él la imagen de un mundo ingrato en que, por vez primera, regresaba por fin a sí mismo. En esa tierra devuelta a la desesperación de la inocencia, viajero perdido en un mundo primitivo, recuperaba sus vínculos y, con el puño apretado contra el pecho y la cara pegada al cristal, era la encarnación de su propio impulso hacía sí y hacia la certidumbre de las cosas grandes que llevaba dentro, dormidas. Habría querido aplastarse contra ese barro, meterse en la tierra mediante ese baño de légamo y, erguido sobre la llanura sin límites, cubierto de barro y con los brazos abiertos frente el cielo de felpa y hollín, como frente al símbolo desesperante y espléndido de la vida, afirmar su solidaridad con la parte más repulsiva que contuviera el mundo y declararse cómplice de la vida incluso en su ingratitud y su inmundicia. El impulso gigantesco que lo llevaba en volandas reventó por fin por primera vez desde que se había puesto en camino. Mersault aplastó las lágrimas y los labios contra el cristal frío. La ventanilla volvió a enturbiarse y la llanura desapareció.

Pocas horas después estaba llegando a Breslau. De lejos la ciudad se le apareció como un bosque de chimeneas de fábrica y de agujas de catedrales. De cerca era de

ladrillo y piedra negra; hombres con gorra de visera corta caminaban despacio. Los siguió y se pasó la mañana en un café obrero. Un muchacho tocaba la armónica: melodías de necesidad reconfortante y torpe que eran un descanso para el alma. Mersault tomó la decisión de volver hacia el sur tras haberse comprado un peine. Al día siguiente estaba en Viena. Durmió parte del día y toda la noche. Cuando se despertó se le había ido del todo la fiebre. Se atracó de huevos pasados por agua y de nata para desayunar y, un tanto empachado, salió a una mañana por la que cruzaban sol y lluvia. Viena era una ciudad refrescante: no había nada que visitar. La catedral de San Esteban, demasiado grande, lo aburría. Prefirió los cafés que había delante de ella y, para pasar la noche, un salón de baile pequeño cerca de las orillas del canal. Por el día, paseaba por el Ring, entre el lujo de los escaparates espléndidos y de las mujeres elegantes. Disfrutaba por una temporada de ese decorado frívolo y lujoso que separa al hombre de sí mismo en la ciudad menos espontánea del mundo. Pero las mujeres eran hermosas, las flores opulentas y deslumbradoras en los jardines y, en el Ring, al caer la tarde, entre el gentío brillante y fácil que pasaba por allí, Mersault contemplaba en la cima de los monumentos el despegar vano de los caballos de piedra en el anochecer rojo. Fue entonces cuando se acordó de sus amigas Rose y Claire. Por primera vez desde que había emprendido el viaje escribió una carta. Lo que dejaba rebosar en el papel era en verdad el exceso de su silencio:

*Niñas mías:*

*Os escribo desde Viena. No sé qué es de vosotras, Yo me gano la vida viajando. He visto con amargura de corazón muchas cosas hermosas. Aquí la belleza le ha cedido el sitio a la civilización. Resulta descansado. No visito iglesias ni sitios antiguos. Me paseo por el Ring. Y cuando cae la noche más arriba de los teatros y de los palacios suntuosos, el impulso ciego de los caballos de piedra en el rojo de la puesta de sol me llena el corazón con una mezcla singular de amargura y felicidad. Por las mañanas tomo huevos pasados por agua y nata. Me levanto tarde, el hotel me arroja con consideraciones, agradezco el estilo de los maîtres, estoy atiborrado de buena comida (¡ay, esta nata!). Hay espectáculos y mujeres bonitas. Sólo falta un sol de verdad.*

*¿Qué hacéis? Contadle cosas de vosotras y del sol a este desventurado que nada ata a sitio alguno y que no ha dejado de ser vuestro fiel*

Patrice Mersault

Esa noche, tras escribir la carta, volvió al salón de baile. Había reservado la velada de una de las animadoras, Helen, que sabía algo de francés y entendía su mal alemán. Al salir del baile a las dos de la mañana, la llevó a casa, se acostó con ella de forma muy civilizada y se despertó por la mañana, desnudo en una cama extraña, pegado a la espalda de Helen, cuyas caderas largas y cuyo espalda ancha admiró con desinterés y buen humor. Se fue sin querer despertarla y le metió un billete en uno de los zapatos. Cuando estaba llegando a la puerta oyó que lo llamaba: «Pero, cariño, te

has equivocado». Volvió a acercarse a la cama. Se había equivocado efectivamente. Como no estaba acostumbrado al dinero austriaco, le había dejado un billete de quinientos chelines en vez de uno de cien chelines. «No —dijo, sonriente—, es para ti. Te has portado muy bien conmigo.» Una sonrisa le iluminó a Helen la cara cuajada de pecas bajo el pelo rubio y enredado. De pronto se puso de pie encima de la cama y lo besó en ambas mejillas. Con aquellos besos, los primeros seguramente que daba de buen grado, le brotó a Mersault un arrebato emocionado en el corazón. La metió en la cama y la arropó, volvió a la puerta y la miró sonriente. «Adiós», dijo. Ella abrió unos ojos como platos, que le asomaban de la sábana, subida hasta la nariz, y dejó que se fuera sin dar con nada que decir.

Pocos días después, Mersault recibió una contestación fechada en Argel:

*Querido Patrice:*

*Estamos en Argel. A sus niñas les gustaría mucho volver a verlo. Si nada lo ata a ningún sitio, venga a Argel, podemos alojarlo en nuestra Casa. Somos felices. Nos da un poco de vergüenza, claro, pero es más bien por el qué dirán. Y también por aquello de los prejuicios. Si le apetece ser feliz venga a probar aquí. Siempre valdrá más que ser un suboficial reenganchado. Presentamos las frentes para que las bese paternalmente.*

Rose, Claire, Catherine.

*P. S. Catherine protesta por la palabra paternal. Catherine vive con nosotras. Si le parece bien será su tercera hija.*

Decidió volver a Argel por Génova. De la misma forma que otros necesitan soledad antes de tomar decisiones trascendentales y de representar la parte esencial de una vida, él, envenenado de soledad y de singularidades, necesitaba retirarse a la amistad y la confianza y disfrutar de una seguridad aparente antes de comenzar el juego.

En el tren que lo llevaba a Génova, cruzando el norte de Italia, oía las mil voces que le cantaban por dentro rumbo a la felicidad. Desde el primer ciprés, enhiesto en la tierra pura, había cedido. Todavía se notaba la debilidad y la fiebre. No tardó en sumársele el entusiasmo del corazón, según el sol progresaba por el día y el mar se acercaba, bajo la ancha capa del cielo rutilante y saltarín del que manaban sobre los olivos trémulos ríos de aire y de luz, a aquella exaltación que conmocionaba el mundo. El ruido del tren, la cháchara pueril que lo rodeaba en el compartimiento lleno a rebosar, todo cuanto reía y cantaba en torno, marcaba el ritmo y hacía de acompañamiento de algo así como una danza interna que estuvo horas proyectándolo, inmóvil, hacia los cuatro puntos cardinales y, por fin, lo soltó, jubiloso y asombrado, en Génova, ensordecedora, rebosante de salud ante su golfo y su cielo donde luchaban hasta la noche el deseo y la pereza. Tenía sed y hambre de amar, de gozar y de besar. Los dioses que lo abrasaban lo arrojaron al mar, en un rinconcito del puerto,



donde probó el alquitrán y la sal mezclados y se quedó sin límites a fuerza de nadar. Se extravió luego por las calles estrechas y llenas de olores del barrio viejo, dejó que los colores vociferasen por él, que el cielo se consumiera más arriba de las casas, bajo su peso de sol, y que descansaran en lugar suyo los gatos, entre las basuras y el verano. Fue hasta la carretera a cuyos pies está Génova y dejó que se alzase hacia él todo el mar cargado de perfumes y de luces, hinchándose prolongadamente. Cerrando los ojos, apretaba la piedra caliente en que estaba sentado, para volver a abrirlos y mirar esa ciudad donde el exceso de vida vociferaba con un mal gusto exaltante. Durante los días siguientes le gustaba también sentarse en la rampa que baja hacia el puerto y, a mediodía, miraba pasar a las muchachas que subían desde las oficinas de los muelles. Calzando sandalias, con los pechos sueltos en vestidos brillantes y ligeros, dejaban a Mersault con la boca seca y el corazón palpitante de un deseo donde volvía a encontrar al tiempo una libertad y una justificación. De noche se encontraba por las calles con esas mismas mujeres y las seguía llevando en los bajos el animal cálido y enroscado del deseo que bullía con dulzura fiera. Se pasó dos días consumiéndose en esa exaltación inhumana. El tercero, salió de Génova rumbo a Argel.

Durante todo el viaje, mirando los juegos del agua y la luz, por la mañana, en el centro del día luego, y por la noche en el mar, fue poniendo el corazón a tono con los lentos latidos del cielo y volvió a su ser. No se fiaba de la vulgaridad de algunas curaciones. Echado en el puente, entendía que no tenía que dormirse, sino velar, velar contra los amigos, contra la comodidad del alma y del cuerpo. Tenía por construir su felicidad y su justificación. Y seguramente ahora le resultaría más fácil la tarea. Con la paz extraña que lo embargaba ante el anochecer, más fresco de repente en el mar, ante la primera estrella que cuajaba despacio en el cielo donde la luz moría verde para volver a nacer amarilla, sentía que después de aquel tumulto tan grande y aquella tormenta, lo oscuro y lo perverso que llevaba dentro se iba quedando en el fondo para dejar, transparente a partir de ahora, el agua clara de un alma que había vuelto a la bondad y a la decisión. Veía las cosas claras. Había pasado mucho tiempo esperando el amor de una mujer. Y no estaba hecho para el amor. Cruzando por su vida, por la oficina de los muelles, por su habitación y sus sueños, por su restaurante y su amiguita, había perseguido con una búsqueda única una felicidad que, en su fuero interno, y como todo el mundo, tenía por imposible. Había jugado a querer ser feliz. Nunca lo había querido con voluntad consciente y deliberada. Nunca hasta el día en que... Y a partir de ese momento, por un gesto calculado con total lucidez, le había cambiado la vida y la felicidad le parecía posible. No cabía duda de que aquel ser nuevo lo había parido con dolor. Pero ¿qué importancia tenía eso en comparación con la comedia degradante que interpretaba antes? Se daba cuenta, por ejemplo, de que lo que lo había tenido apegado a Marthe era la vanidad más que el amor. Incluso aquel milagro de los labios que ella le brindaba y que no era sino el asombro jubiloso de un poder que se reconoce y se dispone a la conquista. Toda la historia de su amor era, en

realidad, la sustitución de ese asombro inicial por una certidumbre, de su modestia por una vanidad. Lo que había querido en ella eran esas noches en que entraban en el cine y las miradas se volvían hacia Marthe, ese momento en que se la presentaba a la gente. En ella se quería a sí mismo y su fuerza y su ambición de vivir. Incluso su deseo, el gusto profundo por toda su carne, procedía quizá de aquel asombro del principio por poseer un cuerpo especialmente hermoso, por dominarlo y humillarlo. Ahora sabía que no estaba hecho para ese amor, sino para el amor inocente y terrible del dios negro al que ahora servía.

Como sucede con frecuencia, lo mejor de su vida había cristalizado en torno a lo peor. Claire y sus amigas, Zagreus y su determinación de felicidad en torno a Marthe. Ahora sabía que lo que tenía que pasar delante era su determinación de felicidad. Pero se daba cuenta de que para eso con lo que había que ir acorde era con el tiempo, que ser dueño del propio tiempo era a la vez la experiencia más espléndida y la más peligrosa. La ociosidad sólo les resulta fatal a los mediocres. Muchos ni siquiera pueden probar que no son mediocres. Él se había ganado ese derecho. Pero estaba aún por demostrar. Sólo había cambiado una cosa. Se sentía libre en lo referido a su pasado y a lo que había perdido. Sólo quería ese estrechamiento y ese espacio cerrado que había en él, ese lúcido y paciente fervor ante el mundo. Igual que un pan caliente que se aprieta y se soba sólo quería tener su vida en las manos. Como en aquellas dos noches largas en el tren en que podía hablarse y prepararse para vivir. Lamer la vida como un bastón de caramelo, darle forma, afilarla, quererla en fin. Tal era toda su pasión. Aquella presencia de sí mismo ante sí mismo el esfuerzo que tenía que hacer a partir de ahora era mantenerla ante todos los rostros de su vida, incluso si tenía que pagarlo con una soledad que ahora sabía lo difícil que era de soportar. No sería un traidor. Contaba con la ayuda de toda su violencia y en ese punto al que lo conducía le daba alcance también su amor, como una rabiosa pasión por la vida.

El mar se arrugaba despacio contra los costados del barco. El cielo se cargaba de estrellas. Y Mersault, silencioso, se notaba fuerzas extremosas y hondas para querer y admirar esa vida con rostro de lágrimas y sol, esa vida entre la sal y la piedra caliente; le parecía que, si la acariciaba, habría una conjunción de todas sus fuerzas para el amor y la desesperación. Ahí estaban su pobreza y su única riqueza. Era como si volviera a empezar la partida desde cero, pero consciente de sus fuerzas y de esa fiebre lúcida que le metían prisa ante su destino.

Y luego Argel se hizo; la lenta llegada por la mañana, la cascada deslumbrante de la Casba más arriba del mar, las colinas y el cielo, la bahía con los brazos abiertos, las casas entre los árboles y el olor, cercano ya, de los muelles. Entonces Mersault cayó en la cuenta de que ni una vez desde que había salido de Viena había pensado en Zagreus como en el hombre al que había matado con sus propias manos. Reconoció en sí esa facultad de olvido que sólo tienen los niños, los genios y los inocentes. Inocente, trastornado de alegría, se dio cuenta por fin de que estaba hecho para la felicidad.



## Capítulo 3

Patrice y Catherine desayunan al sol, en la terraza. Catherine está en traje de baño; el chico, como lo llaman sus amigas, en calzoncillos y con una toalla alrededor del cuello. Comen tomates con sal, una ensalada de patata, miel y mucha fruta. Ponen melocotones en hielo para que se enfríen y, al sacarlos, lamen gotas de sudor en la pelusilla de la piel aterciopelada. También hacen zumo de uvas que se beben alzando la cara al cielo para que se les tueste (al menos Patrice, que sabe que estar moreno lo favorece).

—Huele el sol —dice Patrice, acercándole el brazo a Catherine. Ella se lo lame.

—Sí —dice—. Huele tú también.

Él huele y se tumba, acariciándose las costillas. Ella, por su parte se echa boca abajo y se baja el traje de baño hasta los riñones.

—¿No estoy indecente?

—No —dice el chico, sin mirar.

El sol fluye y se le demora en la cara. Con los poros algo húmedos, respira ese fuego que lo desborda y lo adormila. Catherine duerme su borrachera de sol, suspira y gime:

—Qué cosa más buena —dice.

—Sí —dice el chico.

La casa colgaba de la cumbre de una colina desde la que se veía la bahía. En el barrio la llamaban la casa de las tres estudiantes. Se subía por un sendero muy trabajoso que empezaba en los olivos y acababa en los olivos. A mitad de camino, había algo así como un rellano que seguía el trazado de una tapia gris llena de dibujos obscenos y de consignas políticas cuya lectura proporcionaba nuevos alientos al viajero sin resuello. Luego, más olivos, los lienzos azules del cielo entre las ramas y el olor de los lentiscos a lo largo de los prados chamuscados donde estaban puestas a secar telas violeta, amarillas y rojas. Se llegaba en un estado desesperado de sudor y jadeos, se empujaba un portillo azul evitando el arañazo de las buganvillas y todavía quedaban por subir unas escaleras tan empinadas como una escala, pero cubiertas de una penumbra azul que ya le calmaba a uno la sed. Rose, Claire, Catherine y el chico la llamaban la Casa frente al Mundo. Abierta por entero al paisaje, era algo parecido a una barquilla colgada en el cielo resplandeciente más arriba de la danza de colores del mundo. Desde la bahía de curva perfecta, abajo del todo, una especie de impulso mezclaba las hierbas y el sol y conducía los pinos y los cipreses, los olivos polvorientos y los eucaliptos hasta el pie de la casa. En el centro de esa ofrenda florecían, al albur de las estaciones, espinos albares y mimosas o esa madreSelva que, desde las paredes de la casa, permitía que se alzasen sus aromas en los atardeceres de verano. Ropa blanca y tejados rojos, sonrisas del mar bajo el cielo prendido sin una arruga de punta a punta del horizonte; la Casa frente al Mundo enfocaba con sus ventanales esa feria de colores y luces. Pero, a lo lejos, la ladera más alejada de una

línea de montañas altas de color violeta llegaba hasta la bahía y contenía esa embriaguez en su trazado remoto. Y ya nadie se quejaba ni del camino empinado ni del cansancio. La alegría estaba por conquistar a diario.

Viviendo así ante el mundo, notando su peso, viendo todos los días cómo se le iluminaba la cara y cómo se apagaba luego para volver a arder al día siguiente con su juventud plena, los cuatro habitantes de la casa eran conscientes de una presencia que les hacía las veces de juez y de justificación al mismo tiempo, Aquí el mundo se convertía en personaje, se hallaba entre esos a quienes pedimos consejo de mejor grado, en quienes el equilibrio no ha matado el amor. Lo ponían por testigo:

—Yo y el mundo —decía Patrice a la mínima ocasión— os desaprobamos.

Catherine, para quien estar en cueros equivalía a liberarse de los prejuicios, aprovechaba cuando el chico no estaba para desnudarse en la terraza. Y, quedándose a ver cambiar los colores del cielo, decía a la hora de comer con orgullo sensual:

—Estaba desnuda frente al mundo.

—Sí —decía Patrice despectivo—, como es lógico las mujeres prefieren sus ideas a sus sensaciones.

Catherine saltaba entonces, porque no quería ser una intelectual. Y Rose y Claire decían a coro:

—Cállate, Catherine, que no tienes razón.

Porque era cosa admitida que Catherine nunca tenía razón, pues era a quien todo el mundo quería por igual. Tenía un cuerpo consistente y de trazos firmes, color de pan tostado y el instinto animal de saber qué es esencial en el mundo. Nadie descifraba mejor que ella el lenguaje profundo de los árboles, del mar y del viento.

—Esta criatura —decía Clara, sin parar de comer— es una fuerza de la naturaleza.

Luego todo el mundo iba a calentarse al sol y a quedarse callado. El hombre le merma fuerzas al hombre. El mundo se las deja intactas. Rose, Claire, Catherine y Patrice, en las ventanas de su casa, vivían en las imágenes y en la apariencia, consentían en esa especie de juego que organizaban entre sí, sonreían a la amistad lo mismo que al afecto, pero cuando volvían a presencia de la danza del cielo y del mar, recobraban el color secreto de su destino y se encontraban por fin con lo más hondo de sí mismos. A veces los gatos acudían a estar con sus amos. Gula se acercaba, perpetuamente ofendida, un punto de interrogación negro de ojos verdes, flaca y exquisita, aquejada repentinamente de demencia y pegándose con sombras. «Es una cuestión de glándulas internas», decía Rosa. Luego se reía, entregada por entero a la risa, coronada de rizos y guiñando los ojos alegres tras las gafas redondas hasta que Gula se le subía encima (favor especialísimo); y, dejando correr los dedos por el pelaje reluciente, Rose se suavizaba, se relajaba y, convertida en gata de ojos tiernos, tranquilizaba al animal con manos suaves y fraternas. Porque los gatos eran la puerta de salida al mundo de Rose, igual que la de Catherine era la desnudez. Claire prefería al otro gato, que era Cali. Era dulce y bobo igual que su pelaje de un blanco sucio y

se dejaba martirizar. Claire, de rostro florentino, se notaba entonces un alma espléndida. Silenciosa y poco comunicativa, con estallidos repentinos, tenía buen apetito. Y, al verla engordar, Patrice la reñía:

—Nos da asco —le decía—. Un ser hermoso no tiene derecho a afearse.

Pero Rose intervenía:

—¡A ver si deja ya de meterse con esta criatura! Coma, hermana Claire.

Y el día giraba de levante a poniente alrededor de las colinas y del mar, entre el sol exquisito. Hay risas, bromas y proyectos. Todo el mundo les pone buena cara a las apariencias y finge acatarlas. Patrice iba del rostro del mundo a las caras serias y sonrientes de las jóvenes. A veces lo asombraba aquel mundo que había brotado a su alrededor. Confianza y amistad, sol y casas blancas, matices oídos apenas, allí nacían dichas intactas cuya resonancia exacta calibraba. La Casa frente al Mundo, se decían entre sí, no es una casa donde la gente se divierta, sino una casa donde la gente es feliz. Patrice lo notaba perfectamente cuando, con la cara vuelta hacia el anochecer, todos dejaban que se les metiera dentro, con la última brisa, la humana y peligrosa tentación de no parecerse a nada.

Hoy, tras el baño de sol, Catherine se ha ido a la oficina.

—Mi querido Patrice —dice Rose, que ha aparecido de repente—, tengo que anunciarle una buena noticia.

En la habitación-terraza el chico está hoy valerosamente echado en un sofá con una novela policíaca en las manos.

—Mi querida Rose, la escucho.

—Hoy está de turno de cocina.

—Bueno —dice Patrice sin moverse.

Rose se va con su cartera de estudiante donde mete indistintamente los pimientos del almuerzo y el tomo III de la *Historia* aburridísima de Lavisse. Patrice, que tiene que hacer unas lentejas, no mueve un dedo hasta las once, mira la espaciosa habitación de paredes ocre, amueblada con sofás y estanterías, máscaras verdes, amarillas y rojas y colgaduras de tonos crudos con rayas naranja; luego, deprisa y corriendo, cuece las lentejas solas, pone aceite en la cazuela, saltea una cebolla, añade un tomate y un ramillete, se azacana y maldice a Gula y Cali que se quejan de hambre. Y eso que Rose se lo explicó ayer:

—Bichos —les dijo—, a ver si os enteráis de que en verano hace demasiado calor para tener hambre.

A las doce menos cuarto llega Catherine, con un vestido ligero y sandalias abiertas. Necesita una ducha y un baño de sol. Será la última en sentarse a la mesa. Rose dirá con severidad: «Catherine, no hay quien te aguante». El agua silba en el cuarto de baño y aquí llega Claire, sin aliento:

—¿Está haciendo lentejas? Tengo una receta estupenda.

—Estoy al tanto. Cojo la nata... a otro perro con ese hueso, mi querida Claire.

Es un hecho que las recetas de Claire empiezan siempre con nata.

—Tiene razón —dice Rose, que acaba de llegar.

—Sí —dice el chico—. ¡A comer!

Comen en una cocina que es también un almacén de accesorios. Hay de todo, incluso una agenda para tomar nota de los hallazgos ingeniosos de Claire. Claire dice: «Seamos elegantes, pero sencillos» y se come el salchichón con los dedos. Llega Catherine con el retraso preceptivo, ebria y quejumbrosa, con los ojos pálidos de sueño. No le basta toda la amargura del alma para acordarse de su oficina, ocho horas que les quita al mundo y a su vida para entregárselas a una máquina de escribir. Sus amigas la entienden y piensan qué sería de sus vidas si tuvieran que amputarles esas ocho horas. Patrice no dice nada.

—Sí —dice Rose, a quien no le gustan las ñoñerías—, en realidad así tienes algo que hacer. Y además nos hablas de la oficina todos los días. Te quitamos la palabra.

—Pero... —suspira Catherine.

—Pues vamos a votar. Uno, dos, tres, tienes a la mayoría en contra.

—Ya lo ves —dice Claire.

Llegan las lentejas, que se han quedado secas, y todos comen en silencio. Cuando cocina Claire, prueba la comida en la mesa y añade siempre con expresión satisfecha: «¡Está buenísimo!». Patrice, que tiene su amor propio, prefiere callarse hasta que llega el momento en que todos se echan a reír. Catherine, que no está hoy muy acertada, pero que quiere conseguir la semana de cuarenta horas, pide entonces que vayan con ella a la CGT.

—No —dice Rose—, bien pensado la que trabajas eres tú.

Irritadísima, la «fuerza de la naturaleza» va a tumbarse al sol. No tardan todos en ir a hacerle compañía. Acariciándole despreocupadamente el pelo a Catherine, Claire está convencida de que lo que le falta a «esta niña» es un hombre. Porque lo usual en la Casa frente al Mundo es decidir el destino de Catherine, atribuirle necesidades y determinar de qué cuantía y de qué clase. Ella, desde luego, no deja de especificar de vez en cuando que ya es mayorcita, etc., pero nadie le hace caso.

—Pobrecita —dice Rose—. Necesita un amante.

Luego todo el mundo deja que lo arrastre el sol en su corriente abajo. Catherine, que no es rencorosa, cuenta entonces un cotilleo de su oficina y cómo la señorita Perez, la rubia alta que va a casarse dentro de poco, pasa por todas las secciones para documentarse, qué descripciones terroríficas gustan de hacerle los viajeros y con qué alivio, al regresar tras el permiso por matrimonio, dijo sonriente: «No era tan terrible».

—Tiene treinta años —añade Catherine, compasiva.

Y Rose le reprocha esas historias atrevidas:

—Vamos, Catherine —dice—, que aquí no todo el mundo es una jovencita soltera.

A esa hora, cruza el correo aéreo por encima de la ciudad y pasea la gloria de su metal resplandeciente por encima de la tierra y en el cielo. Se introduce en el

movimiento de la bahía, se inclina como ella, se incorpora al transcurso del mundo y, de pronto, dando de lado ese juego, gira con brusquedad, se hunde prolongadamente en el mar y ameriza con una gran explosión de agua blanca y azul. Gula y Cali están tendidos de costado, con las fauces pequeñas de serpiente dejando ver el color rosa del paladar, y cruzan por ellos sueños suntuosos y obscenos con los que se les estremecen los flancos. Allá arriba, el cielo cae desde su altura toda con su peso de sol y de colores. Con los ojos cerrados, Catherine siente esa caída larga y profunda que la devuelve a lo hondo de sí misma, ahí donde rebulle despacio ese animal que respira como un dios.

El domingo siguiente tienen invitados. Le toca a Claire hacer la comida. Así que Rose limpia las verduras y prepara los platos y pone la mesa: Claire meterá las verduras en los cacharros y las vigilará mientras se cuecen al tiempo que lee en su cuarto. Como Mina la mora no ha venido esta mañana porque se le ha muerto su padre por tercera vez en el año, Rose ha limpiado la casa también. Llegan los invitados. Éliane, a quien Mersault llama la idealista.

—¿Por qué? —dice Éliane.

—Porque cuando alguien le dice algo que es verdad y que la escandaliza, contesta: es cierto, pero no está bien.

Éliane tiene buen corazón y se encuentra un parecido con «El hombre del guante» que todo el mundo le niega. Pero ella tiene sus ideas personales y las paredes de su cuarto cubiertas de reproducciones de «El hombre del guante». Éliane estudia. La primera vez que fue a la Casa frente al Mundo dijo que estaba encantada de la «carencia de prejuicios» de sus moradores. Con el tiempo, le ha ido pareciendo menos cómodo. No tener prejuicios consistía en decirle que la historia que ha contado y ha pulido con tanto mimo es aburridísima y en manifestarle amablemente: «Éliane, es la mar de borrica».

Cuando Éliane entró en la cocina con Noël, el otro invitado, de oficio escultor, se encontró con Catherine, que nunca cocina en una postura normal. Tumbada en el suelo, está comiendo uvas con una mano y, con la otra, pone en marcha una mayonesa, incipiente aún. Rose, ataviada con un amplio delantal azul, admira la inteligencia de Gula, que ha salvado el huerto de un brinco para comerse el postre.

—¿Os dais cuenta? —dice Rose, encantada de la vida—. ¿Os dais cuenta de lo lista que es?

—Sí —dice Catherine—, hoy se está superando a sí misma. Y añade que, por la mañana, Gula, cada vez más lista, ha roto la lamparita verde y un jarrón.

Éliane y Noël, quienes seguramente se han quedado tan sin resuello que no pueden mostrar lo asqueados que se sienten, se deciden a ocupar un asiento que nadie les ha ofrecido. Llega Claire, amable y lánguida, da apretones de manos y prueba la bullabesa que está en la lumbre. Cree que ya pueden sentarse a la mesa. Pero hoy se está retrasando Patrice. Llega por fin y le explica, locuaz, a Éliane que está de buen humor porque las mujeres eran guapas por la calle. Apenas si acaba de empezar la



estación calurosa, pero ya han hecho su aparición los vestidos frescos donde se estremecen los cuerpos prietos. Y, según dice él, a Patrice lo han dejado con la boca seca, las sientes palpitantes y los bajos calientes. Ante tanta precisión expresiva, Éliane y su pudor guardan silencio. En la mesa, tras las primeras cucharadas de bullabesa llega la consternación. Claire, coqueta y con dicción muy cuidada, comunica:

—Me temo que esta bullabesa sabe a cebolla quemada.

—Qué va —dice Noël, a quien todo el mundo quiere por su buen corazón.

Entonces, para poner a prueba ese corazón tan bueno, Rose le ruega que compre para la casa cierto número de objetos útiles tales como un calentador de baño, una alfombras persas y una nevera. Al contestar Noël alentando a Rose a rezar para que le toque la lotería, ella dice, muy realista:

—¡Visto así, rezaremos para que nos toque a nosotros!

Hace calor, un calor grato y denso que torna más valiosos el vino helado y la fruta, que no tarda en aparecer. Durante el café, Éliane habla del amor con loable valentía. Si estuviese enamorada, se casaría. Catherine le dice que lo que más prisa corre cuando se está enamorado es irse a la cama, y esa política materialista crispa a Éliane. Rose, pragmática, le daría la razón si no fuera porque «desgraciadamente la experiencia demuestra que el matrimonio mata el amor».

Pero Éliane y Catherine fuerzan su forma de pensar para llegar al antagonismo y se vuelven injustas como deben serlo quienes tienen mucho carácter. Noël, que piensa con formas y con arcilla, cree en la mujer, en los hijos, en la verdad patriarcal en una vida concreta y ponderable. Entonces Rose, harta de los chillidos de Éliane y de Catherine, finge que acaba de caer en la cuenta de la finalidad de las numerosas visitas de Noël.

—Se lo agradezco —dice—, y no acierto a expresar bien cuánto me trastorna este descubrimiento. Hablaré mañana mismo con mi padre de «nuestro» proyecto y podrá proceder a la pedida dentro de unos días.

—Pero... —dice Noël, que no acaba de enterarse.

—Ay —dice Rose con arrebató—, ya lo sé. Pero lo entiendo sin necesidad de que hable. Es de esos que callan y necesitan que se adivine lo que piensan. Por lo demás, me alegro de que se haya declarado porque la frecuencia de sus visitas empezaba a empañar la limpieza de mi reputación.

Noël, divertido y algo preocupado, declara que está encantado de ver la consecución de sus deseos.

—Y eso sin contar —dice Patrice antes de encender un cigarrillo— con que tiene que pisar a fondo el acelerador. En el estado de Rose su obligación es meterles prisa a los acontecimientos.

—¿Qué? —dice Noël.

—Bueno, bueno —dice Claire—, que sólo estamos en el segundo mes.

—Y además —dice Rose tierna y persuasiva—, ha llegado a la edad en que se

siente uno feliz al reconocerse en el hijo de otro.

Noël se enfurruña un poco y Claire dice, campechana:

—Es una broma. Hay que tomársela de forma inteligente. Pasemos al salón.

Con esto la discusión por cuestiones de principios ha concluido. Sin embargo, Rose, que hace las buenas acciones a escondidas, le habla con suavidad a Éliane. En la amplia habitación, Patrice se ha asomado a la ventana, Claire está a pie firme pegada a la mesa y Catherine, tumbada en la estera. Los demás están en el sofá. Hay una bruma espesa sobre la ciudad y el puerto. Pero los remolcadores reanudan el trabajo y sus llamadas graves traen hasta aquí, junto con olores de alquitrán y de pescado, ese mundo de cascos rojos y negros, de bitas oxidadas y de cadenas pringosas de algas que se despierta allá abajo. Como sucede a diario, es la llamada viril y fraterna de una vida con sabor a fuerza, y cuya tentación o cuya llamada directa nota aquí todo el mundo. Éliane le dice tristemente a Rose:

—Usted también es como yo en el fondo.

—No —dice Rose—, yo sólo intento ser feliz y lo más feliz posible.

—Y el amor no es el único medio —dice Patrice sin volverse.

Le tiene mucho cariño a Éliane y teme haberla disgustado hace un rato. Pero entiende a Rose, que quiere ser feliz.

—Es un ideal mediocre —dice Éliane.

—No sé si es un ideal mediocre, pero es un ideal sano. Y eso... ya ve usted...

Patrice no sigue hablando. Rose ha entornado un poco los ojos. Gula se la ha subido a las rodillas y, con prolongadas caricias en los huesos de la cabeza, Rose preludia ese matrimonio secreto en que el gato con los ojos medio cerrados y la mujer inmóvil verán con la misma mirada un universo igual. Todos están pensativos entre las llamadas prolongadas del remolcador. Rose deja que le suba por dentro el ronroneo de Gula, ovillada en el hueco de su cuerpo. El calor se le apoya en los ojos y la sume en un silencio que pueblan los latidos de su sangre. Los gatos duermen días enteros y aman desde la primera estrella hasta el alba. Tienen voluptuosidades que muerden y un sueño sordo. También saben que el cuerpo tiene un alma en que no participa el alma.

—Sí —dice Rose, abriendo los ojos—, ser feliz y lo más feliz posible.

Mersault estaba pensando en Lucienne Raynal. Al decir, poco antes, que las mujeres eran guapas por la calle, lo que quería decir sobre todo era que una mujer le había parecido guapa. La había conocido en casa de unos amigos. Una semana antes habían salido juntos y, como no tenían nada que hacer, habían paseado, durante una mañana hermosa y calurosa, por los bulevares y por el puerto. Ella no había abierto la boca y, al acompañarla a casa, Mersault se había sorprendido a sí mismo estrechándole la mano mucho rato y sonriéndole. Era bastante alta, no llevaba sombrero, iba calzada con sandalias abiertas y llevaba un vestido de hilo blanco. En los bulevares habían caminado de cara a un viento liviano. Apoyaba bien el pie en el enlosado caliente y se afirmaba en él para enderezarse un poco contra el viento. Al

moverse así, se le pegaba el vestido al cuerpo y se le marcaba el vientre, plano y abombado. Con aquel pelo rubio echado hacia atrás, aquella nariz pequeña y recta y el impulso espléndido de los pechos, era la representación y la sanción de algo así como un acuerdo secreto que la vinculaba a la tierra y ordenaba el mundo en torno a esos movimientos que hacía. Cuando, balanceando el bolso en la mano derecha, que adornaba una pulsera de plata que tintineaba contra el cierre, alzaba la mano izquierda por encima de la cabeza para protegerse del sol, apoyando aún en el suelo la punta del pie derecho, pero a punto de alzarse, a Patrice le parecía que vinculaba sus gestos con el mundo.

Fue entonces cuando sintió el misterioso concierto en que concordaban sus pasos y los de Lucienne. Andaban bien juntos y a él no le costaba adaptarse. Ese concierto lo facilitaba seguramente el calzado plano de Lucienne. Pero había, al tiempo, en sus respectivas pisadas, algo común referido a la longitud y a la flexibilidad. Simultáneamente, Mersault se fijó en el silencio de Lucienne y en la expresión adusta de la cara. Pensó que probablemente carecía de inteligencia, y se alegró. Hay algo divino en la hermosura sin inteligencia, y Mersault era más sensible a ello que todos los demás. Y por todo esto se demoró en los dedos de Lucienne, volvió a verla con frecuencia, paseó largo rato con ella con idéntica andadura silenciosa, brindándoles ambos las caras tostadas al sol o a las estrellas, bañándose juntos y concertando los ademanes y los pasos sin intercambiar nada que no fuera la presencia de los cuerpos. Así había ocurrido hasta la noche anterior, cuando Mersault volvió a encontrarse con un milagro familiar y conmovedor en los labios de Lucienne. Hasta aquel momento lo que lo emocionaba era esa forma que tenía ella de agarrarse a su ropa, de seguirlo cogiéndolo del brazo, esa entrega y esa confianza que le tocaban la fibra masculina. También su silencio, que la situaba toda ella en el ademán de cada momento y consumaba su parecido con los gatos, de los que había tomado ya esa seriedad que ponía en cuanto hacía. La víspera, después de la cena, había paseado con ella por los muelles. Hubo un momento en que se detuvieron, arrimados a la barandilla de los bulevares y Lucienne se deslizó hasta pegarse a Mersault. Sintió en la oscuridad, bajo los dedos, los pómulos helados y salientes, y los labios cálidos, de una tibieza donde se hundía el dedo. Notó entonces por dentro un clamor desinteresado y ardiente. Ante la noche cargada de estrellas hasta reventar, y ante la ciudad como un cielo del revés, henchido de las luces humanas bajo el aliento cálido y hondo que subía del puerto hasta llegarle al rostro, le venía la sed de aquel manantial tibio, la voluntad sin freno de cosechar en esos labios vivos todo el sentido de aquel mundo inhumano y dormido, como un silencio encerrado en la boca de ella. Se inclinó y fue como si apoyase los labios en un pájaro. Lucienne gimió. Él le mordió los labios y, por unos segundos, boca contra boca, respiró aquella tibieza que lo transportaba como si estuviera estrechando el mundo en los brazos. Ella entretanto se aferraba a él, como si se estuviera ahogando, salía a impulsos de aquel hoyo profundo al que se había arrojado, rechazaba entonces los labios de Mersault, que buscaba después, volviendo

a caer entonces en las aguas heladas y negras que la abrasaban como un pueblo de dioses.

Pero Éliane se marchaba ya. A Mersault lo esperaba una tarde larga de silencio y de reflexión en su cuarto. Durante la cena estuvieron callados. Pero, de común acuerdo, salieron todos a la terraza. Los días acaban siempre por unirse a los días. Desde la mañana sobre la bahía, resplandeciente de brumas y de sol, hasta la suavidad del atardecer sobre la bahía. El día se levanta sobre el mar y se pone detrás de las colinas, porque en el cielo no hay sino un camino, que va del mar a las colinas. El mundo no dice nunca sino una sola cosa, e interesa, y luego cansa. Pero siempre llega un momento en que conquista a fuerza de repetir y recoge el premio a su perseverancia. Y así es cómo los días de la Casa frente al Mundo, tejidos en la tela suntuosa de las risas y los gestos sencillos, concluyen en la terraza, ante la noche henchida de estrellas. Se echaron en unas tumbonas y Catherine se sentó en la barandilla.

En el cielo, ardiente y reservado, reluce el rostro de la noche oscura. Pasan luces muy a lo lejos, por el puerto, y los alaridos de los trenes van espaciándose. Las estrellas crecen y luego merman; desaparecen y vuelven a nacer, tejen entre sí figuras inestables, las vuelven a tejer con otras. En el silencio, la noche recobra el volumen y la carne. Repleta de los resbalones de sus estrellas, deja en los ojos esos juegos de luces que los llenan de lágrimas. Y todo el mundo, sumergiéndose en la profundidad del cielo, recupera ese punto extremo en que todo coincide, el pensamiento secreto y tierno en que consiste toda la soledad de la vida.

Catherine, a quien asfixia de pronto el amor, sólo ha sabido suspirar. Patrice, que le nota la voz cambiada, pregunta sin embargo:

—¿Nadie tiene frío?

—No —dice Rose—. Y, además, es tan hermoso.

Claire se ha puesto de pie, ha apoyado las manos en el repecho y alza el rostro al cielo. Ante todo cuanto hay en el mundo elemental y noble, confunde su vida con su deseo de vivir y mezcla su esperanza con el movimiento de las estrellas. Se vuelve de repente y le dice a Patrice:

—En los días buenos si confías en la vida a la vida no le queda más remedio que responder.

—Sí —dice Patrice sin mirarla.

Pasa una estrella fugaz. Detrás de ella, se ensancha el resplandor de un faro lejano, en la noche, más cerrada ahora. Unos hombres suben por el camino en silencio. Se les oyen los pasos y que respiran con fuerza. Poco después sube un aroma de flores.

El mundo no dice nunca sino una sola cosa. Y en esa verdad paciente que va de la estrella a la estrella están los cimientos de una libertad que nos desvincula de nosotros y de los demás, igual que en esa otra verdad paciente que va de la muerte a la muerte. Patrice, Catherine, Rose y Claire cobran entonces conciencia de la

felicidad que nace de esa entrega suya al mundo. Si esta noche es como el rostro de su destino, les causa admiración que sea a la vez carnal y oculto y que se les mezclen en la cara las lágrimas y el sol. Y su corazón de dolor y alegría sabe comprender esa lección doble que conduce hacia la muerte feliz.

Es tarde ya. Las doce. En la frente de esa noche, que es como el descanso y el pensamiento del mundo, una hinchazón sorda y un rumor de estrellas anuncian el despertar cercano. Del cielo atiborrado de astros desciende una luz trémula. Patrice mira a sus amigas: Catherine, sentada en repecho, con la cabeza echada hacia atrás; Rose, agazapada en la tumbona, con las manos estiradas sobre Gula; Claire, de pie y tiesa, pegada a la barandilla, con la mancha blanca de la frente abombada. Seres jóvenes, capaces de felicidad, que intercambian su juventud y se callan sus secretos. Patrice se ha acercado a Catherine y mira por encima de su hombro de carne y sol, en esa rotundidad de cielo. Rose se ha acercado al repecho y están los cuatro frente al Mundo. Es como si el rocío, más fresco de pronto, de la noche, les lavase de la frente las señales de su soledad y, liberándolos de sí mismos con ese bautismo tembloroso y fugitivo, los devolviera al mundo. En esa hora en que a la noche se le desbordan las estrellas, se les coagulan los gestos en el ancho rostro mudo del cielo. Patrice alza el brazo hacia la noche, arrastra en ese impulso surtidores de estrellas, el agua del cielo que su brazo remueve, y Argel también, a sus pies, rodeándolos a todos como un manto resplandeciente y oscuro de pedrería y conchas marinas.

## Capítulo 4

De madrugada, el auto de Mersault iba por la carretera de la costa con las luces de posición. A la salida de Argel había alcanzado y adelantado unos carros de lecheros, y el olor de los caballos, compuesto de sudor caliente y de cuadra, le había hecho apreciar más el frescor de la mañana. Todavía era de noche. Una última estrella se derretía despacio en el cielo y en la carretera, que relucía en la oscuridad, sólo notaba el ruido de animal feliz del motor y, a veces, algo más allá, el trote de un caballo y el escándalo traqueteante de un carro lleno de bidones, hasta que se tornaba perceptible, contra el fondo negro de la carretera, el cuádruple estallido de las herraduras que le brillaban en las patas al caballo. Luego todo se desvanecía en el ruido de la velocidad. Ahora corría más y la noche se iba cambiando deprisa en día.

Desde lo hondo de la oscuridad agazapada entre las colinas de Argel salía el auto a una carretera libre a cuyo pie estaba el mar donde se redondeaba la mañana. Mersault puso el auto a toda velocidad. Las ruedas hacían en la carretera húmeda de rocío más y más ruiditos de ventosa. En todas las curvas, que eran muchas, los neumáticos soltaban un alarido agudo por el frenazo, y en las rectas el ronquido grave de la aceleración tapaba momentáneamente las vocecillas del mar que subían de las playas que estaban más abajo. Sólo el avión le permite al hombre una soledad que pueda notar mejor que esa que encuentra en el auto. Presente por completo a sí mismo, conscientemente satisfecho de la precisión de sus gestos, Mersault podía al tiempo volver el pensamiento hacia sí y hacia aquello que lo tenía ocupado. El día ahora se abría de par en par al fondo de la carretera. Se alzaba el sol sobre el mar y, con él, los campos a la orilla de la carretera, desiertos aún hacía un rato, se despertaban llenos de pájaros y de insectos de vuelo rojo. A veces cruzaba por alguno de ellos un campesino y a Mersault, en alas de la velocidad, se le quedaba sólo la imagen de una silueta cargando con un saco, clavando todo el peso de sus pasos en la tierra blanda y jugosa. El auto lo devolvía, a intervalos regulares, a los cerros que dominaban el mar. Iban creciendo y esas siluetas, poco antes esbozadas nada más, como una sombra chinesca sobre el fondo de la luz del día, se iban acercando velozmente, iban a más sus detalles y le mostraban a Mersault, llenas de olivos, de pinos y de casitas enfoscadas, las laderas, repentinamente descubiertas. Otra curva volvía a encaminar el auto hacia el mar, que se hinchaba con la marea y subía hacia Mersault como una ofrenda colmada de sal, de rubores y de sueño. Entonces el auto silbaba por la carretera y seguía camino hacia otros cerros y hacia el mar siempre idéntico.

Un mes antes, Mersault había anunciado que se iba de la Casa frente al Mundo. Primero iba a viajar, y a establecerse luego en las inmediaciones de Argel. Pocas semanas después estaba de regreso, convencido de que el viaje representaba para él una vida que, en adelante, le era ajena: el desarraigo sólo le parecía una felicidad intranquila. Y además se notaba por dentro un cansancio inconcreto. Le corría prisa

llevar a cabo el proyecto que tenía de comprar una casa pequeña, entre el mar y la montaña, en el Chenua, a pocos kilómetros de las ruinas de Tipasa. Al llegar a Argel, puso en marcha el decorado externo de su vida. Había comprado una cartera considerable de productos farmacéuticos alemanes y colocado al frente del negocio a un asalariado, justificando así sus ausencias de Argel y la vida independiente que llevaba. Por lo demás, el negocio iba a trancas y barrancas y Mersault cubría los déficits ocasionales, pagando sin remordimiento ese tributo a su libertad profunda. Basta en efecto con presentarse ante el mundo con una cara que éste pueda entender. La pereza y la cobardía hacen el resto. La independencia se gana con unas cuantas palabras confidenciales de poca monta. Mersault se ocupó luego del destino de Lucienne.

No tenía familia, vivía sola, era secretaria en una empresa de carbones, comía fruta y hacía gimnasia. Mersault le prestó libros. Se los devolvió sin decir nada. Cuando le preguntaba, contestaba: «Sí, está bien»; o: «Es un poco triste». El día en que decidió irse de Argel, le propuso entonces vivir juntos, pero que ella residiera en Argel sin trabajar y fuera a reunirse con él cuando la necesitara. Lo dijo con el convencimiento suficiente para que Lucienne no viera en ello nada humillante, y por lo demás, no había nada humillante en ello. Lucienne entendía frecuentemente con el cuerpo lo que la mente no le permitía comprender. Aceptó. Mersault añadió:

—Si tiene empeño en ello, puedo prometerle que nos casaremos. Pero no me parece de utilidad.

—Como quiera —dijo Lucienne.

Una semana después se casaron y Mersault se dispuso a irse. Lucienne, entretanto, se compró una canoa naranja para navegar por el mar azul.

Mersault evitó con un giro del volante una gallina madrugadora. Estaba pensando en la conversación que había tenido con Catherine. La víspera de la marcha se había ido de la Casa frente al Mundo para pasar una noche solo en un hotel.

Era a primera hora de la tarde y, como había llovido por la mañana, toda la bahía parecía un cristal limpio y el cielo, una tela nueva. Enfrente exactamente, el trazo del cabo que cerraba la curva de la bahía tenía una pureza maravillosa y, al dorarlo un rayo de sol, entraba en el mar como una serpiente de verano de gran tamaño. Patrice ya había cerrado las maletas y ahora, con los brazos apoyados en el montante de la ventana, miraba con avidez aquel nuevo nacimiento del mundo.

—No entiendo por qué te vas si eres feliz aquí —le había dicho Catherine.

—Correría el riesgo de que me quisieran, Catherine, niña, y eso me impediría ser feliz.

Catherine, ovillada en el sofá, con la cabeza algo gacha, miraba a Patrice con su hermosa mirada sin fondo. Patrice dijo, sin volverse:

—Muchos hombres se complican la vida y se inventan destinos. Lo mío es muy sencillo. Fíjate...

Hablaba de cara al mundo y Catherine se sentía olvidada. Miraba los dedos largos

de Patrice, colgando del extremo del antebrazo doblado contra el montante, su forma de apoyar el peso del cuerpo en una sola cadera y esa mirada perdida que intuía sin verla.

—Lo que yo querría... —dijo ella, pero se calló y miró a Patrice.

Unas velas pequeñas empezaban a surcar el mar aprovechando la bonanza. Llegaban a la bocana, la llenaban de aleteos y, de pronto, salían corriendo a mar abierto, dejando una estela de aire y de agua que florecía en largos escalofríos de espuma. Desde el sitio en que estaba, y a medida que se adentraban en el mar, Catherine las veía elevarse en torno a Patrice como una bandada de aves blancas. Él pareció notar el silencio y la mirada. Se volvió, la tomó de las manos y la atrajo hacia sí.

—No renuncies nunca, Catherine. Hay tantas cosas en ti, y la más noble de todas: el sentido de la felicidad. No esperes que la vida te venga sólo de un hombre. Por eso se equivocan tantas mujeres. Pero espérala de ti misma.

—No me quejo, Mersault —dijo Catherine suavemente, cogiendo del hombro a Patrice—. Sólo importa una cosa ahora mismo. Cuídate.

Él notó entonces de qué poco dependían sus certidumbres. Tenía el corazón curiosamente seco.

—No habrías debido decir esto ahora.

Cogió la maleta y empezó por bajar las escaleras empinadas; luego, el camino desde los olivos hasta los olivos. Lo único que lo estaba esperando ya era el Chenua, un bosque de ruinas o de ajenjos, un amor sin esperanza ni desesperación con el recuerdo de una vida de vinagre y de flores. Se volvió. Allá arriba, Catherine miraba cómo se iba, sin un gesto.

Tras algo menos de dos horas, Mersault tuvo ante los ojos el Chenua. En ese momento, los últimos resplandores morados de la noche aún andaban rodando por sus laderas, que se hundían en el mar mientras unos resplandores rojos y amarillos iluminaban la cumbre. Había allí algo así como un impulso vigoroso y macizo de la tierra que arrancaba de las lomas del Sahel, cuyo perfil se divisaba en el horizonte, hasta concluir en aquel lomo gigantesco de animal recio que se hundía a pico en el mar. La casa que Mersault había comprado se alzaba en las últimas pendientes, a unos cien metros del mar, que el calor estaba ya dorando. No tenía más que un piso además de la planta baja, y en ese piso una única habitación con sus dependencias. Pero esa habitación era amplia y daba al jardín delantero y luego al mar por un ventanal espléndido con la prolongación de una terraza. Mersault subió de inmediato. El mar estaba ya empezando a humear y, de paso, se volvía de un azul más oscuro mientras el rojo cálido de los baldosines de la terraza tomaban de ahí su resplandor y su brillo. Por la baranda enfoscada asomaban ya las primeras flores de un rosal trepador magnífico. Las rosas eran blancas y en las que ya estaban abiertas, recortándose sobre el fondo del mar, en la firmeza de esa carne suya, había algo que era pletórico y al tiempo saturaba. De las tres habitaciones de abajo, una daba a las



primeras pendientes del Chenua, pobladas de frutales, y las otras dos al jardín y al mar. En el jardín, dos pinos proyectaban hacia el cielo los troncos desmedidos cubiertos sólo en la punta con un pelaje amarillento y verde. Desde la casa, sólo se podía ver el espacio comprendido entre esos dos árboles y la curva del mar entre los troncos. En ese momento al menos estaba pasando un vaporcito por alta mar y Mersault se lo quedó mirando durante todo el largo viaje que hizo de un pino a otro.

Allí era donde iba a vivir. No cabía duda de que la belleza de esos parajes le llegaba al corazón. Por ellos había comprado desde luego aquella casa. Pero el descanso que había esperado encontrar allí ahora lo asustaba. Y esa soledad que había buscado con tanta lucidez le parecía más inquietante ahora que ya conocía el escenario. El pueblo no estaba lejos, a pocos cientos de metros. Salió. Un caminito bajaba desde la carretera hacia el mar. Cuando iba a meterse por él cayó en la cuenta por primera vez de que, al otro lado del mar, se divisaba el cabo pequeño de Tipasa. En la punta de ese cabo, se recortaban las columnas doradas del templo y, alrededor, las ruinas gastadas, entre los ajenjos que parecían a distancia un pelaje gris y lanoso. En los atardeceres de junio, pensó Mersault, el viento debía de llevar hasta el Chenua, cruzando el mar, el aroma que soltaban los ajenjos ahitos de sol.

Tenía que montar la casa y que organizarla. Los primeros días transcurrieron deprisa. Encaló las paredes, compró tapicerías en Argel, volvió a hacer la instalación eléctrica. Y, con esas tareas, que interrumpían durante el día las comidas en el hotel del pueblo y los baños de mar, se le olvidaba por qué había ido allí y se dispersaba por el cansancio del cuerpo, con la espalda tiesa y las piernas agarrotadas, pendiente de si le faltaba pintura o de si estaba mal colocada una puerta de vaivén en el pasillo. Dormía en el hotel y, poco a poco, iba conociendo el pueblo: los muchachos que iban el domingo por la tarde a jugar al billar ruso y al ping-pong (monopolizaban los juegos toda la tarde y sólo tomaban una consumición, para mayor indignación del dueño); las chicas que paseaban al caer la tarde por la carretera a cuyo pie estaba el mar (iban cogidas del brazo y tenían voces algo cantarinas en las últimas sílabas de las palabras); Pérez, el pescador, que aprovisionaba de pescado el hotel y sólo tenía un brazo. También fue allí donde conoció al médico del pueblo, Bernard. Pero el día en que todo estuvo en su sitio en la casa, Mersault llevó sus cosas y volvió en sí hasta cierto punto. Caía la noche. Estaba en la habitación del primer piso y, del otro lado de ventana, los mundos se disputaban el espacio entre los dos pinos. En uno, casi transparente, iban apareciendo más y más estrellas. En el otro, más denso y más oscuro, un secreto latir de agua anunciaba el mar.

Hasta ese momento había vivido en estado de disponibilidad, tratando con los obreros que lo ayudaban o charlando con el dueño del café. Pero aquella noche tomó conciencia de que no tenía que ver a nadie, ni mañana ni nunca, y estaba cara a cara con la soledad tan ansiada. Desde el mismo instante en que ya no tenía que ver a nadie, el día siguiente le pareció terriblemente cercano. Se convenció sin embargo de que eso era lo que había querido: él ante sí y para mucho tiempo, hasta la

consumación de los siglos. Decidió quedarse fumando y pensando hasta muy entrada la noche, pero a eso de las diez le entró sueño y se acostó. Al día siguiente se despertó muy tarde, alrededor de las diez, se preparó el desayuno y se lo tomó antes de arreglarse. Se notaba un poco cansado. No se había afeitado y tenía el pelo enredado. Sin embargo, después de desayunar, en vez de irse al cuarto de baño anduvo vagando de una a otra habitación, hojeó una revista y, finalmente, se alegró mucho de encontrarse con un interruptor de la luz que se había desclavado de la pared y puso manos a la obra. Llamaron a la puerta. Era el niño del hotel, que le traía la comida, que era en lo que habían quedado la víspera. Tal y como estaba, y por pereza, se sentó a la mesa, comió sin apetito antes de que se enfriasen los platos y se puso a fumar, tumbado en el sofá de la habitación del fondo. Cuando se despertó, rabioso por haberse quedado dormido, eran las cuatro. Se aseó entonces y se afeitó minuciosamente, se vistió por fin y escribió dos cartas, una para Lucienne y otra para las tres estudiantes. Era ya muy tarde y caía la noche. Fue sin embargo hasta el pueblo para echar las cartas y volvió sin haberse encontrado con nadie. Subió a su cuarto y salió a la terraza. El mar y la noche dialogaban en la playa y en las ruinas. Él pensaba. El recuerdo de este día desperdiciado le amargaba la vida. Esta noche, al menos, quería trabajar, hacer algo, leer o salir a caminar en la oscuridad. La verja del jardín chirrió. Llegaba la cena. Tenía hambre, comió con apetito y se sintió entonces incapaz de salir. Decidió leer mucho rato en la cama. Pero en las primeras páginas se le cerraron los ojos y al día siguiente se despertó tarde.

En los días sucesivos, Mersault intentó reaccionar contra aquella invasión. Según iban pasando los días, llenos todos ellos del chirrido de la verja y de los incontables cigarrillos, se adueñaba de él la angustia al calibrar la desproporción entre el acto que lo había conducido a la vida aquella y aquella vida en sí. Una noche le escribió a Lucienne que viniera, rompiendo así con esa soledad de la que tanto esperaba. Tras enviar la carta, lo consumía en secreto la vergüenza. Pero cuando llegó Lucienne, esa vergüenza se derritió en algo así como una alegría boba y precipitada que lo invadió al volver a encontrarse con alguien que le era familiar y con la vida fácil que esa presencia implicaba. Se ocupaba de ella, la colmaba de atenciones y Lucienne lo miraba algo sorprendida, pero siempre pendiente de sus vestidos de hilo blanco bien planchados.

Salió entonces al campo, pero con Lucienne. Recobró la complicidad con el mundo, pero con la mano puesta en el hombro de Lucienne. Y al refugiarse en el hombre, se libraba así de su miedo secreto. No obstante, pasados dos días, Lucienne lo aburría. Ella escogió ese momento para pedirle que vivieran juntos. Estaban cenando y Mersault se negó sin rodeos a ello, sin alzar los ojos del plato.

Tras un silencio, Lucienne añadió con voz neutra:

—No me quieres.

Mersault levantó la cabeza. Lucienne tenía los ojos llenos de lágrimas. Se suavizó.

—Nunca te he dicho que te quisiera, niña.

—Es cierto —dijo Lucienne—. Por eso.

Mersault se levantó y fue hacia la ventana. Entre los dos pinos, las estrellas pululaban en la oscuridad. Y era posible que no hubiera tenido nunca Patrice en el corazón, al mismo tiempo que su angustia, un asco como aquel que sentía por los días que acababan de transcurrir.

—Eres guapa, Lucienne —dijo—. No miro más allá de eso. No te pido nada más. Basta para nosotros dos.

—Ya lo sé —dijo Lucienne. Estaba de espaldas a Patrice y raspaba el mantel con la punta del cuchillo. Él se le acercó y la agarró por la nuca.

—Créeme, no existen grandes padecimientos, ni grandes arrepentimientos, ni grandes recuerdos. Todo se olvida, incluso los grandes amores. Eso es lo triste y al mismo tiempo lo exaltante de la vida. Sólo existe cierta forma de ver las cosas y aparece de vez en cuando. Por eso es bueno haber tenido pese a todo un gran amor o una pasión desdichada en la vida. Por lo menos sirven de coartada para esas desesperaciones sin motivo que nos agobian.

Tras una pausa, Mersault se quedó pensando y añadió:

—No sé si me entiendes.

—Creo que te entiendo —dijo Lucienne. Volvió de golpe la cabeza hacia él—. No eres feliz.

—Voy a serlo —dijo Mersault con violencia—. Tengo que serlo. Con esta noche, este mar y esta nuca entre los dedos.

Se había vuelto hacia la ventana y apretó la mano en el cuello de Lucienne. Ella callaba.

—¿Sientes por lo menos —le dijo sin mirarlo— cierto afecto por mí?

Patrice se arrodilló junto a ella, mordiéndole el hombro.

—Sí, afecto sí, como siento afecto por la noche. Eres la alegría de mis ojos y no sabes qué lugar ocupa esa alegría en mi corazón.

Lucienne se fue a la mañana siguiente. Y al otro día, Mersault, incapaz de hallar un concierto consigo mismo, llegaba a Argel en auto. Fue primero a la Casa frente al Mundo. Sus amigas le prometieron ir a verlo a finales de ese mismo mes. Entonces quiso volver a ver su barrio.

Su casa la tenía alquilada el dueño de un café. Preguntó por el tonelero y nadie pudo darle razón de él. La gente creía saber que se había ido a París a buscar trabajo. Mersault anduvo paseando. En el restaurante, Céleste estaba más viejo, pero no mucho en resumidas cuentas. Allí seguía René, con su tuberculosis y su aspecto serio. Todos se alegraron de volver a ver a Patrice y a él lo conmovía el encuentro.

—¡Eh, Mersault! —le dijo Céleste—. No has cambiado. Sigues igual. ¡Eh!

—Sí —dijo Mersault.

Admiraba la curiosa ceguera con que los hombres, tan al tanto, sin embargo, de sus propios cambios, imponen a sus amigos la imagen que se formaron de ellos

definitivamente. A él lo estaban juzgando por lo que había sido. Como un perro no cambia de forma de ser, los hombres son perros para el hombre. Y en la medida en que Céleste, René y los demás lo habían conocido muy bien, se volvía para ellos tan ajeno y tan impenetrable como un planeta inhabitado. Se separó de ellos, sin embargo, con afecto. Y al salir del restaurante, se encontró con Marthe. Al verla, cayó en la cuenta de que la había olvidado casi del todo y que, al tiempo, tenía la esperanza de encontrársela. Seguía teniendo la misma cara de diosa pintada. La deseó sordamente, pero sin convicción. Dieron unos pasos juntos.

—¡Ay, Patrice —decía ella—, cuánto me alegro! ¿Qué es de tu vida?

—Pues nada, ya ves. Vivo en el campo.

—Eso es estupendo. Yo siempre he soñado con algo así.

Y añadió, tras un silencio:

—¿Sabes? No te guardo rencor.

—Sí —dijo Mersault riéndose—. Te has consolado.

Entonces Marthe adoptó una entonación que él no le conocía ni poco ni mucho.

—No seas mala persona, ¿quieres? Ya sabía que la cosa acabaría así algún día. Eras un tipo muy raro. Y yo sólo una niña, como decías tú. Así que cuando ocurrió, por supuesto que rabié, date cuenta. Pero acabé por decirme que eras desgraciado. Y es curioso, ¿verdad?, no sé explicarlo muy bien, pero es la primera vez que lo que hubo entre nosotros me hizo sentirme triste y feliz a la vez.

Mersault la miró, sorprendido. Estaba pensando de pronto que Marthe siempre se había portado muy bien con él. Lo había aceptado como era y le había quitado mucha soledad. Había sido injusto. De manera simultánea su imaginación y su vanidad le atribuían un valor exagerado y su orgullo no le atribuyó el valor suficiente. Se daba cuenta de por qué paradoja cruel nos equivocamos siempre dos veces acerca de las personas a las que queremos, primero a favor suyo y, luego en contra suya. Ahora se daba cuenta de que Marthe había sido espontánea con él, que había sido como era y que, por eso, le debía mucho. Llovía, pero muy poco, sólo lo preciso para aumentar y dispersar las luces de la calle. A través de las gotas de luces y de lluvia le veía la cara a Marthe y notaba que lo embargaba una gratitud locuaz que no conseguía expresarse y que, en otros tiempos, habría podido tomar por amor. Pero no supo dar sino con palabras muy pobres:

—¿Sabes? —le dijo—. Te tengo mucho cariño. E incluso ahora, si estuviera en mi mano algo...

Ella le sonrió:

—No —le dijo ella—. Soy joven. Así que te puedes imaginar que no me privo de nada.

Él asintió. Entre ambos, ¡qué distancia y a la vez qué entendimiento secreto! Mersault la dejó delante de su casa. Marthe había abierto el paraguas. Dijo:

—Espero que volveremos a vernos.

—Sí —dijo Mersault. Marthe tenía una sonrisita triste—. ¡Ay, estás poniendo la

cara de niña!

Marthe se había refugiado en la entrada del portal y había cerrado el paraguas. Patrice le alargó la mano y sonrió a su vez:

—Adiós, apariencia.

Ella se la estrechó de prisa y de pronto lo besó en ambas mejillas y subió corriendo las escaleras. Mersault, que se había quedado bajo la lluvia, notaba aún en las mejillas la nariz fría y los labios tibios de Marthe. Y ese beso repentino y desinteresado tenía toda la pureza del de la prostituta jovencita y con pecas de Viena.

Fue sin embargo a buscar a Lucienne, se acostó con ella y al día siguiente le pidió que anduvieran juntos por los bulevares. Eran casi las doce cuando bajaron a la calle. Cascos de barcas naranja se secaban al sol como fruta cortada en cuartos. Una bandada doble de palomas y de sombras de palomas bajó por los muelles para volver a remontarse en el acto formando una curva despaciosa. El sol resplandeciente tenía un calor suave. Mersault miraba cómo el barco correo, rojo y negro, salía despacio por la bocana, cogía velocidad y viraba holgadamente hacia la barra de luz que ponía espuma en el encuentro del cielo y del mar. Para quien contempla una partida, hay en todas las partidas una dulzura amarga.

—¡Qué suerte tienen! —dijo Lucienne.

—Sí —dijo Patrice.

Pensaba: «no», o que, al menos, él no envidiaba esa suerte. También para él los nuevos comienzos, las partidas, las vidas nuevas conservaban el atractivo. Pero sabía que sólo la imaginación de los perezosos y de los impotentes vinculaba la felicidad a eso. La felicidad implicaba una elección y, en el seno de esa elección, una voluntad organizada y lúcida. Oía a Zagreus: «No con voluntad de renuncia, sino con voluntad de felicidad». Rodeaba con el brazo a Lucienne y un pecho cálido y flexible de la mujer le descansaba en la mano.

Esa misma noche, en el auto en que volvía al Chenua, Mersault, mirando cómo se abultaban el agua y los cerros que aparecían de repente, se notaba un gran silencio por dentro. Al simular unos cuantos comienzos nuevos, al tomar conciencia de su vida pasada, había concretado en su fuero interno qué quería y qué no quería ser. Esos días de dispersión de los que se había avergonzado le parecían peligrosos, pero necesarios. Habría podido naufragar en ellos y fracasar así en su única justificación. Pero la verdad era que había que adaptarse a todo.

Mersault, entre frenazo y frenazo, se iba empapando de esa verdad humillante y valiosísima al tiempo: que la felicidad que buscaba hallaba sus condiciones en levantarse temprano, tomar baños con regularidad y observar una higiene consciente. Iba a mucha velocidad, decidido a aprovechar aquel impulso para afincarse en una vida que, a continuación, no le volviera a exigir esfuerzos, para concertar su respiración con el ritmo profundo del tiempo y de la vida.

A la mañana siguiente se levantó temprano y bajó al mar. La luz del día estaba ya en plenitud y la mañana, cargada de roces de alas y de piar de pájaros. Pero el sol

apenas si rozaba la curva del horizonte, y cuando Mersault se metió en el agua, aún opaca, le pareció que nadaba en una oscuridad indecisa hasta que, al asomar el sol, hundió los brazos en chorros de oro rojo y helado. Salió entonces y volvió a casa. Se notó el cuerpo en forma y dispuesto a recibir lo que fuera. En las mañanas siguientes bajó poco antes de salir el sol. Y esa acción primera determinaba el resto del día. Por lo demás, esos baños lo cansaban. Pero, al mismo tiempo, por la debilidad y la energía que le aportaban a la vez, le daban a todo el día un sabor de entrega y de cansancio feliz. Sin embargo, los días le seguían pareciendo largos. Aún no había separado su tiempo de una carcasa de hábitos que le servían de puntos de referencia. No tenía nada que hacer y el tiempo disponía por eso de toda su extensión. Todos los minutos recobraban su valor milagroso, pero él todavía no lo reconocía como tal. De la misma forma que durante un viaje los días se hacen interminables y en una oficina, por el contrario, el paso de un lunes a otro transcurre como un relámpago, así mismo, privado de sus asideros, intentaba encontrarlos de nuevo en una vida que, sin embargo, no precisaba de ellos en absoluto. A veces cogía un reloj y miraba cómo iba la aguja de un número a otro y lo dejaba maravillado que esos cinco minutos se le hicieran ahora interminables. No cabe duda de que ese reloj le franqueó el camino trabajoso y torturador que conduce al arte supremo de no hacer nada. Aprendió a pasear. A veces, por las tardes, iba andando por la playa hasta las ruinas del otro cabo. Se tumbaba entonces entre los ajenjos y con la mano puesta en el calor de una piedra abría los ojos y el corazón al tamaño insoportable de ese cielo ahíto de calor. Concordaba los latidos de la sangre con la pulsación violenta del sol a las dos de la tarde y, hundido entre los aromas silvestres y los conciertos de insectos soñolientos, miraba cómo el cielo iba pasando del blanco al azul puro para llegar luego a la ventilación del verde y escanciar su suavidad y su ternura sobre las ruinas cálidas aún. Volvía entonces temprano y se acostaba. En ese circuito de un sol a otro sol, se ordenaban sus días según un ritmo cuya lentitud y peculiaridad se le volvieron tan necesarios como anteriormente su oficina, su restaurante y su sueño. En ambos casos, casi ni se daba cuenta de ello. Ahora al menos, en las horas de lucidez, notaba que el tiempo era suyo y que en ese corto instante que va del mar rojo al mar verde cabía la representación, para él y en todos y cada uno de esos segundos, de algo eterno. No vislumbraba felicidad sobrehumana, como tampoco eternidad alguna fuera de la curva de los días. La felicidad era humana y la eternidad cotidiana. Todo consistía en saber humillarse y ordenar el corazón al ritmo de los días en vez de doblegar ese ritmo a la curva de nuestra esperanza.

Igual que, en el arte, hay que saber parar, que siempre llega un momento en que no hay que tocar más una escultura y que, a ese respecto, una ausencia voluntaria de inteligencia le es siempre más útil a un artista que los recursos más sutiles de la clarividencia, de esa misma forma hace falta un mínimo de ausencia de inteligencia para alcanzar la perfección de una vida de felicidad. Y quienes carezcan de eso tendrán que conseguirlo.

Por lo demás, los domingos Mersault jugaba al billar con Pérez. Pérez era manco. Tenía el brazo mutilado cortado por encima del codo. Así que jugaba de una forma rara y, sacando el pecho, apoyaba el muñón en el taco. Cuando iba a pescar por las mañanas, Mersault siempre admiraba la maña del pescador veterano que sujetaba el remo izquierdo debajo del sobaco y, de pie en la barca, con el cuerpo de lado, movía uno de los remos con el pecho y el otro, con la mano. Se llevaban muy bien los dos. Pérez preparaba sepias con salsa picante. Las cocía en su jugo y Mersault compartía con él la salsa negra y muy caliente en que ambos mojaban pan en una sartén llena de hollín, en la cocina del pescador. Pérez, por lo demás, nunca hablaba. Mersault le agradecía esa capacidad suya de silencio. A veces, por la mañana, después del baño, veía que estaba botando la barca. Entonces se acercaba:

—¿Voy con usted, Pérez?

—Embarque.

Colocaban entonces los remos en dos toletes diferentes y remaban a compás teniendo cuidado (por lo menos Mersault) de no enredarse los pies en los anzuelos del palangre. Luego pescaban y Mersault vigilaba las cañas, que relucían hasta la superficie del mar, ondulantes y negras bajo el agua. El sol se quebraba en el agua en miles de pedacitos y Mersault olfateaba un olor pesado y asfixiante que subía del mar como un hálito. A veces Pérez sacaba un pececito. Entonces lo soltaba y decía: «Vete a casa con tu madre». A las once volvían y Mersault, con las manos brillantes de escamas y la cara hinchada de sol, regresaba a su casa como a un sótano fresco, mientras que Pérez iba a preparar un plato de pescado que comían juntos por la noche. Día tras día, Mersault se dejaba llevar en la vida igual que se deslizaba por el agua. Y como avanzamos merced a la complicidad de los brazos y del agua, que soporta y transporta, le bastaba con unos cuantos gestos esenciales, una mano en el tronco de un árbol, una carrera por la playa, para seguir intacto y consciente. Llegaba así a una vida en estado puro, recobraba un paraíso que sólo se les concede a los animales más carentes de inteligencia o los más dotados de ella. En ese punto en que la mente niega a la mente alcanzaba su verdad y con ella su gloria y su amor más extremados.

Gracias a Bernard, participaba también en la vida del pueblo. No le había quedado más remedio que llamarlo para una leve indisposición; se habían vuelto a ver luego con frecuencia y les había agradado verse. Bernard era callado, pero tenía algo así como un ingenio amargo que le ponía destellos en las gafas de concha. Había ejercido la medicina en Indochina muchos años y se había retirado a los cuarenta a este rincón de Argelia. Llevaba allí desde hacía unos años una vida tranquila con su mujer, una indochina casi muda que se peinaba con moño y llevaba un traje sastre moderno. Bernard tenía una inteligencia tan capaz que se adaptaba a cualquier ambiente. Y por eso quería a todos los del pueblo y todos lo querían a él. Forzaba a Mersault a acompañarlo. Éste conocía ya muy bien al dueño del hotel, que había sido tenor y cantaba tras el mostrador de recepción y, entre dos bramidos de *Tosca*, le

prometía una tunda a su mujer. Le pidieron a Patrice que fuera miembro, junto con Bernard, de la comisión de festejos. Y los días de fiesta, el 14 de julio y otros días, paseaban con un brazal tricolor o deliberaban con los demás comisarios en torno a una mesa de chapa verde, pringosa de licores dulces, acerca de si alrededor de la tarima de los músicos debía haber evónimos o palmeras. Quisieron incluso meterlo en un conflicto electoral. Pero a Mersault le había dado tiempo a conocer al alcalde. «Llevaba al frente del destino de su localidad» (como decía él) desde hacía diez años y esa cuasi perennidad lo movía a creerse Napoleón Bonaparte. Era un viticultor que se había hecho rico, y se había mandado construir una casa de estilo griego. Se la había enseñado a Mersault. Se componía de una planta baja y de un piso. Pero, como no retrocedía ante ningún gasto, había instalado un ascensor. Se lo hizo probar a Mersault y a Bernard. Y Bernard dijo con tono plácido: «Resbala bien». Desde ese día Mersault notó una honda admiración por el alcalde. Bernard y él recurrían a toda la influencia que tenían para que siguiera en aquel puesto que se merecía por tantos motivos.

En primavera, el pueblecito de tejados rojos y muy juntos, entre la montaña y el mar, estaba rebosante de flores: rosas de té, jacintos y buganvillas, y de zumbidos de insectos. A la hora de la siesta, Mersault salía a la terraza y miraba cómo dormía y humeaba el pueblo bajo la luz desbordada. La historia importante del pueblo consistía en la rivalidad entre Moralès y Binguès, dos ricos colonos españoles que se habían hecho millonarios mediante una serie de especulaciones. A partir de ese momento, se había adueñado de ellos un delirio de grandezas. Cuando uno de ellos compraba un auto, elegía el más caro. Pero el otro compraba el mismo y mandaba que le pusieran tiradores de plata. El genio de su especie era Moralès. Lo llamaban «el rey de España». Y es que había derrotado en todo a Binguès, que no tenía imaginación. El día en que, durante la guerra, Binguès compró varios cientos de miles de francos de deuda pública, Moralès dijo: «Yo hago más aún; doy a mi hijo». Y obligó a alistarse a su hijo que todavía no tenía edad para que lo movilizaran. En 1925, Binguès había llegado a Argel en un espléndido Bugatti de carreras. Quince días después, Moralès se había construido un hangar y había comprado un avión Caudron. El avión seguía durmiendo en el hangar. Solamente los domingos se lo enseñaban a las visitas. Cuando Binguès mencionaba a Moralès, decía: «Ese muerto de hambre»; y Moralès decía de Binguès: «Pelagatos».

Bernard llevó a Mersault a casa de Moralès. En la extensa granja llena de avispas y de olor a uvas, éste los recibió con todas las señales de respeto, pero en alpargatas y en mangas de camisa porque no podía aguantar la chaqueta ni los zapatos. Les enseñó el avión, los coches, la medalla del hijo, enmarcada y expuesta en el salón; y Moralès, que le explicaba a Mersault la necesidad de alejar de Argelia francesa a los forasteros (él estaba nacionalizado, pero «al Binguès ese por ejemplo»), los llevó a ver un hallazgo reciente. Se metieron por un viñedo inmenso en cuyo centro habían abierto una glorieta. En esa glorieta habían colocado un salón Luis XV de madera y tapicería



valiosísimas. Moralès podía así recibir en sus tierras a sus visitas. A Mersault, que le preguntaba cortésmente qué pasaba cuando llovía, le respondió sin inmutarse, por encima del puro: «Lo cambio por otro». En esos casos Bernard y él se pasaban el camino de vuelta diferenciando al nuevo rico del poeta. Moralès, según Bernard, era un poeta. Mersault opinaba que habría sido un admirable emperador romano de la época de la decadencia.

Poco después, fue Lucienne a pasar unos días al Chenua y se volvió a marchar. Un domingo por la mañana, Claire, Rose y Catherine fueron a ver a Mersault tal y como habían prometido. Pero Patrice se hallaba ya muy distanciado de los ánimos que lo habían movido en Argel en los primeros días de su retiro. Sin embargo, se alegró de verlas. Fue a buscarlas con Bernard a la parada del autocar grande y amarillo canario que hacía ese trayecto. El día era espléndido, el pueblo estaba lleno de vistosos carros rojos de carniceros ambulantes, las flores eran densas y la gente iba vestida de colores claros. Se sentaron un ratito en el café a petición de Catherine. Admiraba ese brillo y esa vida y, detrás de la pared en que apoyaba la espalda, intuía la presencia del mar. Cuando ya se iban, una música sorprendente estalló en una calle próxima. Era, desde luego, la «Marcha de los toreros», de *Carmen*, pero con una brillantez y una exuberancia que impedían a los instrumentos respetar el orden.

—Es la asociación de gimnasia —dijo Bernard.

Pero vieron aparecer alrededor de veinte músicos desconocidos que soplaban sin parar en los instrumentos de viento más diversos. Iban hacia el café y, tras ellos, con el canotier echado hacia atrás y puesto encima de un pañuelo, dándose aire con un abanico de anuncio, apareció Moralès. Había alquilado a esos músicos en la ciudad, explicó luego, porque «con esta crisis, la vida está demasiado triste». Se acomodó y dispuso a su alrededor a los músicos, que acabaron la marcha. El café estaba a rebosar de clientes. Entonces Moralès se puso de pie y, con un ademán circular, dijo, muy digno:

—A petición mía, la orquesta va a volver a tocar *Toréador*.

Mientras se marchaban, las borriquetas se iban asfixiando de risa. Pero, al llegar a la casa, en la sombra y el frescor de las habitaciones, que hacían que se notase más la resplandeciente blancura de las paredes llenas de sol del jardín, recobraron un silencio y un concierto hondo que, en Catherine, se tradujo en el deseo de tomar un baño de sol en la terraza. Mersault acompañó entonces a Bernard, que se iba. Era la segunda vez que Bernard veía algo de la vida de Mersault. Nunca se habían contado nada, Mersault con la conciencia de que Bernard no era feliz y Bernard algo desconcertado ante la vida de Mersault. Se separaron sin decir palabra. Mersault acordó con sus amigas que al día siguiente, muy temprano, se irían los cuatro de excursión. El Chenua era muy alto y difícil de escalar. Tenían en perspectiva un día estupendo de cansancio y de sol.

Al amanecer, subieron por las primeras pendientes empinadas. Rose y Claire iban delante. Patrice cerraba la marcha con Catherine. Iban callados, elevándose despacio

sobre el nivel del mar, muy blanco aún entre las brumas matutinas. Patrice también callaba, integrado por completo en la montaña de cabellera rapada y revuelta de azafranes silvestres, en los manantiales helados, en la sombra y el sol, en su cuerpo, que accedía y luego rechazaba. Se metían ambos en el esfuerzo concentrado de la caminata, con el aire de la mañana en los pulmones, como un hierro al rojo o una navaja afilada, entregados por completo a esa dedicación, a esa superación que se esforzaban por poder más que la cuesta. Rose y Claire, cansadas, anduvieron más despacio. Catherine y Patrice las adelantaron y no tardaron en perderlas de vista.

—¿Qué tal? —decía Patrice.

—Bien, es muy bonito.

En el cielo, iba subiendo el sol y, con él, un chisporroteo de insectos que crecía con el calor. No tardó Patrice en quitarse la camisa y siguió andando con el torso al aire. Le corría el sudor por los hombros, que se le habían pelado con el sol. Tomaron un caminito que parecía ir siguiendo el flanco de la montaña. Las hierbas que pisaban estaban más húmedas. No tardó en recibirlos un ruido de manantiales y, en un entrante, un brote de frescor y de sombra. Se rociaron uno a otro, bebieron un poco y Catherine se tendió en la hierba mientras Patrice, con el pelo oscurecido por el agua y cayéndole en rizos en la frente, guiñaba los ojos ante el paisaje cubierto de ruinas, de carreteras relucientes y de destellos de sol. Luego se sentó junto a Catherine.

—Mientras estamos solos, Mersault, dime si eres feliz.

—Mira —dijo Mersault.

La carretera temblaba al sol y toda una muchedumbre de vibriones multicolores subía hacia ellos. Patrice sonreía y se acariciaba los brazos.

—Sí, pero yo quería decirte... Desde luego, no me contestes si te resulta molesto —titubeó—. ¿Quieres a tu mujer?

Mersault sonrió:

—No es algo indispensable.

Agarró a Catherine por el hombro y, sacudiendo la cabeza, le roció la cara de agua.

—El error, Catherine, niña, es creer que hay que escoger, que hay que hacer lo que uno quiere, que existen condiciones para la felicidad. Lo único que cuenta, ¿sabes?, es la voluntad de felicidad, algo así como una conciencia enorme, siempre presente. Lo demás, mujeres, obras de arte o éxitos sociales, no son sino pretextos. Un cañamazo que espera nuestros bordados.

—Sí —dijo Catherine, con los ojos llenos de sol.

—Lo que me importa es determinada calidad de felicidad. No puedo disfrutar de la felicidad sino en esa confrontación tenaz y violenta que mantiene con su oponente. ¿Si soy feliz? ¡Catherine! Ya conoces la famosa frase: «Si tuviera que volver a vivir»; pues volvería a vivir tal cual. Por supuesto, no puedes saber qué quiere decir esto.

—No —dijo Catherine.

—¿Cómo explicártelo, niña? Si soy feliz es porque tengo mala conciencia.

Necesitaba irme y llegar a esta soldad donde he podido enfrentar en mi fuero interno lo que tenía que enfrentar, lo que era sol y lo que eran lágrimas... Sí, soy humanamente feliz.

Llegaban Rose y Claire. Patrice y Catherine volvieron a coger la mochila. El camino seguía corriendo a la largo de la montaña y los mantenía en una zona de vegetación abundante. Todavía flanqueaban los caminos chumberas, olivos y azufaiños. Se cruzaban con árabes subidos en burros. Luego fueron subiendo. Ahora el sol caía a mazazos en todas las piedras del camino. A las doce, agobiados de calor, ebrios de aromas y de cansancio, tiraron al suelo las mochilas y renunciaron a llegar a la cima. Las pendientes eran rocosas y estaban cubiertas de pedernales. Una encina baja y raquílica los albergó en su sombra redonda. Sacaron las provisiones de las mochilas y comieron. La montaña entera vibraba de luz y cigarras. El calor crecía y los tenía sitiados bajo la encina. Patrice se tumbó en el suelo y, con el pecho pegado a las piedras, respiró un aroma ardiente. Le daban en el vientre los golpes sordos de la montaña, que parecía de parto. Con esa monotonía, el canto ensordecedor de los insectos y los perfumes silvestres, acabó por quedarse dormido.

Cuando se despertó, estaba cubierto de sudor y con agujetas. Debían de ser las tres. Las niñas se habían esfumado. No tardaron en anunciarlas unas risas y unos gritos. Hacía menos calor. Había que volver a bajar. En ese momento fue cuando, por primera vez y en plenos descenso, Mersault tuvo un síncope. Cuando se incorporó, divisó el mar muy azul entre tres rostros ansiosos. Bajaron más despacio. En las últimas pendientes, Mersault pidió que hicieran un alto. El mar se volvía verde al tiempo que el cielo y una gran dulzura subía desde el horizonte. En las colinas que eran la prolongación del Chenua, alrededor de la pequeña bahía, los cipreses se iban volviendo negros despacio. Todos callaban. Pero Claire dijo:

—Parece cansado.

—Desde luego, niñita.

—Mire, no me quiero meter. Pero esta zona no le sienta nada bien. Está demasiado cerca del mar, es demasiado húmeda. ¿Por qué no se va a vivir a Francia, a la montaña?

—Esta zona no me sienta nada bien, Claire, pero aquí soy feliz. Me siento en concordancia con ella.

—Es para que pueda serlo del todo y más tiempo.

—No se vive feliz más o menos tiempo. Se es feliz. Y punto. Y la muerte no impide nada; como mucho es un accidente de la felicidad.

Todos callaron.

—No me convence —dijo Rose, sin embargo, tras una pausa.

Volvieron despacio mientras caía la noche.

Bajo su responsabilidad, Catherine avisó a Bernard para que fuera. Mersault estaba en su cuarto y, más allá de la sombra brillante de los baldosines de la casa, veía la mancha blanca de la balastrada, el mar como una franja de tela oscura que

ondulaba y, por encima, la noche, más clara, pero sin estrellas. Se notaba débil y, por un misterio benéfico, esa debilidad le quitaba un peso de encima y le daba lucidez. Cuando Bernard llamó, Mersault se dio cuenta de que se lo iba a contar todo. Y no es que ese secreto le pesara. No era ningún secreto. Si lo había callado hasta ahora era en la medida en que, en determinados ambientes uno se guarda los pensamientos porque sabe que chocarían con los prejuicios y la necedad. Pero hoy, con todo aquel cansancio del cuerpo y su sinceridad profunda, de la misma forma que el artista, tras haber acariciado y construido su obra, nota un día la necesidad de sacarla a la luz y de entablar por fin comunicación con los hombres, Mersault tenía la sensación de que debía hablar. Y, sin tener la seguridad de que fuera a hacerlo, esperaba a Bernard con impaciencia.

De las habitaciones de abajo subieron dos risas juveniles que lo hicieron sonreír. En ese momento entró Bernard.

—¿Qué hay? —dijo.

—Pues esto es lo que hay —dijo Mersault.

Bernard lo auscultó. No podía decir nada. Pero le habría gustado ver una radiografía si Mersault podía hacérsela.

—Más adelante —dijo éste.

Bernard calló y se sentó en la repecho del ventanal:

—A mí no me gusta estar malo —dijo—: Sé lo que es. No hay nada más feo ni más degradante que la enfermedad.

A Mersault se lo veía indiferente. Se levantó del sillón, le ofreció cigarrillos a Bernard, encendió uno y dijo, riéndose.

—¿Puedo preguntarle una cosa, Bernard?

—Sí.

—Nunca se baña. ¿Por qué escogió este sitio para retirarse?

—Ah, pues no lo sé muy bien. Hace ya mucho.

Tras una pausa, añadió:

—Y además siempre he actuado por despecho. Ahora van mejor las cosas. Antes, quería ser feliz, hacer lo que había que hacer, afincarme, por ejemplo, en una zona que me gustara. Pero la anticipación sentimental siempre es falsa. Así es que hay que vivir como nos resulte más fácil, y no forzarnos. Queda un poco cínico. Pero ese es también el punto de vista de la chica más guapa del mundo. En Indochina, iba lanzado. Aquí rumio. Sencillamente.

—Sí —dijo Mersault, sin dejar de fumar, hundido en el sillón y mirando el techo—. Pero no estoy seguro de que toda anticipación sentimental sea falsa. Son poco sensatas, nada más. En cualquier caso, las únicas experiencias que me interesan son precisamente esas en que todo fuera como nos lo esperábamos.

Bernard sonrió:

—Sí, un destino a medida.

—El destino de un hombre —dijo Mersault sin moverse— es siempre apasionante

si se ciñe uno a él con pasión. Y para algunos un destino apasionante es siempre un destino a medida.

—Sí —dijo Bernard. Se levantó trabajosamente y se quedó un momento mirando la noche, dándole a medias la espalda a Mersault.

Sin mirarlo, siguió diciendo:

—Usted y yo somos los dos únicos hombres de esta zona que vivimos sin compañía. No estoy hablando de su mujer ni de sus amigos. Ya sé que son episodios. Y sin embargo, usted parece amar la vida con más acierto que yo. —Se volvió—. Porque para mí amar la vida no es bañarme. Es vivir de forma que aturda, de forma desenfundada. Mujeres, aventuras, países. Es actuar, es forzar algo. Una vida ardiente y maravillosa. En fin, quiero decir... entiéndame bien —parecía como si lo avergonzara haberse entusiasmado—, le tengo demasiado amor a la vida para contentarme con la naturaleza.

Bernard estaba guardando el estetoscopio y volvía a cerrar el maletín. Mersault le dijo:

—En el fondo, es usted un idealista.

Él tenía la sensación de que todo estaba encerrado en ese instante que va del nacimiento a la muerte y que todo quedaba juzgado y consagrado en él.

—Es que, ¿sabe? —dijo Bernard con una especie de tristeza—, lo contrario de un idealista es con demasiada frecuencia un hombre sin amor.

—No lo crea —dijo Mersault, alargándole la mano.

Bernard se la estrechó un buen rato.

—Pensando como usted piensa —dijo sonriente—, no existen sino hombres que viven basándose en una gran desesperación o en una gran esperanza.

—En las dos quizá.

—¡Ah, que no le estoy preguntando nada!

—Ya lo sé —dijo Mersault, muy en serio.

Pero cuando Bernard estaba ya en la puerta, movido por un impulso irreflexivo, Mersault lo llamó:

—Sí —dijo el médico, dándose la vuelta.

—¿Es usted capaz de sentir desprecio por un hombre?

—Creo que sí.

—¿En qué condiciones?

Bernard se quedó pensando.

—Me parece que es bastante sencillo. En todos los casos en que lo impulsaran el interés o el gusto por el dinero.

—Muy sencillo, efectivamente —dijo Mersault—. Buenas noches, Bernard.

—Buenas noches.

A solas ya, Mersault se quedó pensativo. En el punto al que había llegado, el desprecio de un hombre lo dejaba indiferente. Pero reconocía en Bernard ecos hondos que los volvían próximos. Le parecía insoportable que una parte de sí mismo juzgase

a la otra. ¿Había obrado por interés? Había tomado conciencia de esa verdad esencial e inmoral: el dinero es una de las formas más seguras y más rápidas para conquistar la propia dignidad. Había conseguido ahuyentar la amargura que se adueña de toda alma bien nacida cuando se para a pensar en cuán inicuas y viles son la cuna y las condiciones para que crezca un destino hermoso. Esa maldición sórdida y que subleva, a tenor de la cual los pobres concluyen en la miseria la vida que empezaron en la miseria, la había apartado combatiendo el dinero con el dinero y el odio con el odio. Y de ese combate entre bestias a veces sucedía que surgía el ángel, entero, en la dicha de sus alas y de su gloria, bajo el aliento tibio del mar. Pero no por ello era menos cierto que no le había dicho nada a Bernard y que ahora ya su obra seguiría siendo secreta para siempre.

Al día siguiente por la tarde, a eso de las cinco, se fueron las niñas. Cuando iba a subirse al autobús, Catherine se volvió hacia el mar:

—Adiós, playa —dijo.

Un momento después, tres rostros risueños miraban a Mersault por las ventanillas traseras y, como un insecto grande y dorado, el autobús amarillo desaparecía entre la luz. El cielo, aunque despejado, era un poco agobiante. Mersault, solo en la carretera, notaba en lo hondo del corazón una sensación en que se mezclaban la liberación y la tristeza. Sólo ahora se le volvía real la soledad porque sólo ahora se notaba vinculado a ella. Y haberla aceptado, saberse a partir de ahora dueño de sus días por venir, lo colmaba de esa melancolía que va unida a toda grandeza.

En vez de ir por la carretera principal, volvió por entre los algarrobos y los olivos, por un caminito desviado que pasaba al pie de la montaña e iba a dar a la parte trasera de su casa. Aplastó con el pie unas cuantas aceitunas y se dio cuenta de que el camino estaba lleno de manchas negras. A finales de verano, los algarrobos tienden un aroma a amor por toda Argelia y por la noche o tras la lluvia es como si la tierra entera descansase tras haberse entregado al sol, con el vientre húmedo de una simiente que huele a almendras amargas. Ese olor se había pasado el día bajando de los árboles altos, denso y agobiante. En aquel caminito, con la llegada de la noche y el suspiro relajado de la tierra, se tornaba liviano y el olfato de Patrice apenas lo notaba, como una amante con quien se sale a la calle tras toda una tarde bochornosa y que lo mira a uno, hombro con hombro, entre las luces y el gentío.

Ante ese aroma a amor y sus frutos pisoteados y olorosos, Mersault cayó entonces en la cuenta de que la estación iba de retirada. Iba a alzarse un poderoso invierno. Pero estaba maduro para esperarlo. Desde ese camino no se veía el mar, pero podían divisarse en la cima de la montaña unas brumas ligeras y rojizas que anunciaban la noche. En el suelo, unas manchas de luz palidecían entre las sombras de las hojas. Mersault respiró con violencia el olor amargo y perfumado que consagraba esa noche sus bodas con la tierra. Esa noche que bajaba sobre el mundo, en el camino, entre los olivos y los lentiscos, sobre los viñedos y la tierra roja, cerca del mar que silbaba suavemente, esa noche se le metía dentro como una marea. Tantas noches como ésa

habían sido en él como una promesa de felicidad que notar ésta como una felicidad le permitió calibrar el camino que había recorrido desde la esperanza hasta la conquista. En la inocencia de su corazón, aceptaba ese cielo verde y esa tierra húmeda de amor con el mismo temblor de pasión y de deseo que cuando había matado a Zagreus en la inocencia de su corazón.

## Capítulo 5

En enero florecieron los almendros. En marzo, los perales, los melocotoneros y los manzanos se cubrieron de flor. El mes siguiente, los manantiales crecieron imperceptiblemente y volvieron luego a un flujo normal. A principios de mayo, segaron el heno y, en los últimos días, cosecharon la avena y la cebada. Los albaricoques estaban ya preñados de verano. En junio, llegaron las primeras peras, junto con las siegas principales. Los manantiales se estaban secando ya y el calor iba a más. Pero la sangre de la tierra, que se secaba por ese lado, hacía florecer por otro el algodón y endulzaba las primeras uvas. Sopló un ventarrón abrasador que agostó las tierras y prendió incendios por doquier. Y luego, de golpe, el año basculó. Remataron la vendimia a toda prisa. La lluvia barrió la tierra de septiembre a noviembre con fuertes chaparrones. Con ella, recién acabadas las labores del verano, empezaron la siembra del trigo y las demás siembras primeras, mientras los manantiales crecían repentinamente y brotaban como torrentes. A finales de año, ya asomaba el trigo en algunos campos, mientras que otros apenas si los habían acabado de arar. Algo más adelante, volvieron a estar de blanco los almendros contra el cielo helado y azul. El año nuevo prosiguió en tierra y cielo. Plantaron el tabaco, labraron los viñedos y los sulfataron, injertaron los árboles. Ese mismo mes, maduraron los nísperos. Otra vez la siega, las cosechas y las labores del verano. Mediado el año, hubo provisión en las mesas de frutas grandes y jugosas que se pegaban a los dedos: higos, melocotones y peras, que la gente comía glotonamente entre trilladura y trilladura. En la siguiente vendimia, se nubló. Procedentes del norte, pasaron bandadas de estorninos y de tordos. Para ellos ya estaban maduras las aceitunas. Las cosecharon poco después de su paso. En la tierra pegajosa germinó el trigo por segunda vez. Densos grupos de nubes, que también venían del norte, pasaron por encima del mar y de la tierra, cepillaron el agua con su espuma y la dejaron limpia y helada bajo un cielo de cristal. Durante varios días, hubo al atardecer relámpagos lejanos y silenciosos. Empezaron los primeros fríos.

Por esa época fue la primera vez en que Mersault tuvo que guardar cama. Unos brotes de pleuresía lo tuvieron encerrado en casa y en su cuarto. Cuando se levantó, las últimas pendientes del Chenua estaban cubiertas de árboles en flor que bajaban hasta el mar. Nunca había notado tanta sensibilidad hacia la primavera. Y, la primera noche de la convalecencia, anduvo mucho rato por los campos hasta la colina llena de ruinas donde dormía Tipasa. Entre un silencio poblado de los ruidos sedosos del cielo, la noche era como leche sobre el mundo. Mersault caminaba por el acantilado, impregnado de la trascendental meditación de aquella noche. El mar, algo más abajo, silbaba suavemente. Se lo veía lleno de luna y de terciopelo, flexible y liso como un animal. En esa hora, en que su vida le parecía tan lejana, solo, sin que ni nada ni él le importasen, le pareció a Mersault que había alcanzado por fin lo que buscaba y que esa paz de que estaba lleno había nacido de la paciente entrega de sí mismo en pos de



la que había ido y que había alcanzado con la ayuda de ese mundo cálido que lo negaba sin ira. Andaba con paso leve y el ruido de esos pasos suyos le parecía ajeno, familiar desde luego, pero dentro de la misma categoría que los roces de los animales en los matorrales de lentiscos, los embates del mar o los latidos de la noche en lo hondo del cielo. Y también se notaba el cuerpo, pero con la misma conciencia externa que el hálito tibio de esa noche de primavera y que el olor a sal y a podrido que subía desde el mar. Sus andanzas por el mundo, su exigencia de la felicidad, la herida espantosa de Zagreus, rebosante de sesos y de trozos de hueso, las horas dulces y contenidas de la Casa frente al Mundo, su mujer, sus esperanzas y sus dioses, lo tenía todo ante sí, pero como una historia preferida a todas las demás sin un motivo válido, ajena y, al tiempo, secretamente familiar, un libro favorito, halagüeño para lo más hondo del corazón y que lo reafirma, pero que ha escrito otra persona. Por primera vez no se notaba más realidad que la de una pasión al azar, un deseo de savia, un instinto inteligente y cordial del parentesco del mundo. Sin ira y sin odio, nada sabía del remordimiento. Y sentado en una roca cuyo rostro picado de viruela notaba en los dedos, miraba cómo el mar se henchía en silencio a la luz de la luna. Pensaba en el rostro de Lucienne, que había acariciado, y en la tibieza de sus labios. En la superficie homogénea del agua, la luna, como un aceite, ponía prolongadas sonrisas errabundas. El agua debía de estar tibia como una boca y lista para hundirse bajo el peso de un hombre. Mersault, sin levantarse, notó entonces hasta qué punto está la felicidad cerca de las lágrimas, volcado en esa silenciosa exaltación en que se urden la esperanza y la desesperación entretejidas en la vida de un hombre. Consciente, y no obstante ajeno, devorado de pasión y desinteresado, Mersault se daba cuenta de que su propia vida y su destino concluían ahí y que en adelante en lo que tendría que esforzarse nada más sería en arreglárselas con esa felicidad y enfrentarse con esa terrible realidad suya.

Ahora tenía que sumergirse en el mar caliente, perderse para volverse a encontrar, nadar entre la luna y la tibieza para que callara cuanto en él quedase del pasado y naciese el canto profundo de su felicidad. Se desnudó, bajó por unas cuantas rocas y se metió en el mar. Estaba caliente como un cuerpo, escapaba a lo largo de su brazo y se le pegaba a las piernas con un abrazo inaprensible y presente sin cesar. Él nadaba con movimientos regulares y notaba cómo los músculos de la espalda les marcaban el ritmo a esos movimientos. Cada vez que alzaba un brazo, arrojaba al mar inmenso bandadas de gotas de plata que, ante el cielo mudo y vivo, eran la representación de la siembra esplendorosa de una cosecha de felicidad. Luego el brazo volvía a hundirse y, como la reja de un arado vigoroso, labraba, hendiendo las aguas para hallar en ellas un nuevo apoyo y una esperanza más joven. Tras de sí, del golpeteo de los pies nacía un hervor de espuma, al tiempo que un ruido de chapoteo, curiosamente nítido en la soledad y el silencio de la noche. Al notarse tanta cadencia y tanto vigor, se exaltaba, avanzaba más deprisa y no tardó en hallarse lejos de las costas, solo en el corazón de la noche y del mundo. Pensó de pronto en la

profundidad que se extendía bajo sus pies y dejó de moverse. Todo cuanto tenía por debajo lo atraía como el rostro de un mundo desconocido, la prolongación de aquella noche que lo devolvía a su propio ser, el corazón de agua y sal de una vida no explorada aún. Le entró una tentación que rechazó en el acto con un gran júbilo del cuerpo. Nadó con mayor fuerza y adentrándose más. Maravillosamente cansado, regresó hacia la orilla. En ese momento se metió de pronto en una corriente helada y no le quedó más remedio que pararse, dando diente con diente y con gestos descoordinados. Aquella sorpresa del mar lo dejaba maravillado; ese hielo se le metía en los miembros y lo abrasaba como el amor de un dios, con una exaltación lúcida y apasionada que lo dejaba exhausto. Le costó más volver, y en la orilla, de cara al cielo y al mar, se vistió dando diente con diente y riendo de felicidad.

Al volver, le dio un mareo. Desde el sendero que subía del mar hacia la villa, podía ver el promontorio rocoso que tenía enfrente, los fustes lisos de las columnas y las ruinas. Y de repente, el paisaje se dio la vuelta y Patrice se encontró apoyado contra una roca, medio caído encima de un matorral de lentiscos de cuyas hojas aplastadas se alzaba el aroma. Volvió trabajosamente a la villa. El cuerpo, que lo había transportado hacia un rato hasta la alegría más extremada, lo hundía ahora en un desvalimiento que le oprimía el vientre y le cerraba los ojos. Se preparó un té. Pero había usado una cazuela sucia para calentar el agua y el té estaba tan grasiento que daba náuseas. Se lo bebió sin embargo antes de ir a acostarse. Al quitarse los zapatos, le llamaron la atención, en las manos de las que se le había retirado la sangre, las uñas muy sonrosadas, dilatadas, dobladas hasta tapar la punta de los dedos. Nunca había tenido unas uñas así, y les daban a las manos cierto aspecto tortuoso y malsano. Se notaba el pecho atrapado en una prensa. Tosió y escupió varias veces, sin ver nada de particular, pero en la boca se le quedaba un sabor a sangre. Ya en la cama le entraron unos escalofríos prolongados. Los notaba subir desde la extremidad del cuerpo y juntarse en los hombros como dos hilillos de agua helada mientras le castañeteaban los dientes en el embozo de la sábana, que se le antojaba húmeda. La casa le parecía muy amplia y los ruidos familiares que oía crecían hasta el infinito como si no encontrasen pared alguna que pusiera coto a ese eco. Oía el mar como un redoble de agua y cantos rodados, el latido de la noche tras el cristal de los ventanales y el grito de los perros en las casas de labor lejanas. Tuvo calor y apartó las mantas; luego, frío, y se volvió a tapar. En ese bamboleo entre dos padecimientos, esa somnolencia y esa intranquilidad que lo sacaba del sueño cayó de pronto en la cuenta de que estaba enfermo. Le entró la angustia al pensar que a lo mejor podía morir en esa especie de inconsciencia y sin poder mirar hacia adelante. En el pueblo, el reloj de la iglesia dio la hora, pero no pudo enterarse de cuántas campanadas sonaban. No quería morir como un enfermo. Para él, al menos, no quería que la enfermedad fuera lo que suele ser con frecuencia, una atenuación y algo así como una transición hacia la muerte. Lo que quería aún de forma inconsciente era el encuentro de su vida colmada de sangre y salud con la muerte. Y no que se

encontrasen frente a frente la muerte y lo que era ya casi la muerte. Se levantó, acercó trabajosamente un sillón a la ventana y se sentó, tapado con mantas. Tras los visillos, finos en los sitios en que los pliegues no abultaban la tela, veía estrellas. Respiró hondo y apretó los brazos del sillón para calmar las manos que le temblaban. Quería recobrar la lucidez. «Era posible», pensaba. Y, al tiempo, pensaba que el gas se había quedado encendido en la cocina. «Era posible», se repetía. También la lucidez era una prolongada paciencia. Todo podía ganarse y adquirirse. Daba puñetazos en los brazos del sillón. Nadie nace fuerte, débil o voluntarioso. Uno se vuelve fuerte, se vuelve lúcido. El destino no está en el hombre, sino alrededor del hombre. Se percató entonces de que estaba llorando. Una curiosa debilidad, algo así como una cobardía nacida de la enfermedad, lo devolvía a la infancia y a las lágrimas. Tenía frío en las manos y un asco inmenso en el corazón. Se acordaba de sus uñas; bajo la clavícula les dio vueltas a unos ganglios que le parecieron enormes. Fuera, toda aquella belleza esparcida por el mundo. No quería separarse de su gusto ni de su celoso apego a vivir. Se acordaba de esos atardeceres por encima de Argel, cuando se alza en el cielo verde el ruido de los hombres que salen de las fábricas atendiendo a la llamada de las sirenas. Entre el sabor de los ajenjos, las flores silvestres entre las ruinas y la soledad de las casitas rodeadas de cipreses en el Sahel se urdía la imagen de una vida en que la belleza y la felicidad le tomaban prestado el rostro la desesperación y en que Patrice hallaba algo así como una eternidad fugitiva. Y de eso no quería separarse, ni que esa imagen pudiera seguir sin él. Rebosante de rebelión y de compasión, vio entonces la cara de Zagreus vuelta hacia la ventana. Tosió un buen rato. Le costaba respirar. Se asfixiaba con la ropa de dormir. Tenía frío. Tenía calor. Lo abrasaba una ira gigantesca, turbia; y, apretando los puños, con toda la sangre latiéndole a golpetazos en la cabeza, con la mirada vacía, esperaba el nuevo escalofrío que volvería a sumirlo en fiebre ciega. Llegó el escalofrío, lo devolvió a un mundo húmedo y clausurado en que se le cerraron los ojos y acallaron la rebelión del animal, celoso de su sed y de su hambre. Pero, antes de quedarse dormido, le dio tiempo a ver cómo la noche clareaba ya un poco detrás de los visillos y de oír, con el alba y el despertar del mundo, algo así como una inmensa llamada de ternura y de esperanza que, sin duda, prestaba fundamento a su terror de la muerte, pero que, al mismo tiempo, le daba la seguridad de que hallaría una razón para morir en lo que había sido toda su razón para vivir.

Cuando se despertó, ya estaba muy entrado el día y una muchedumbre de pájaros y de insectos cantaba entre el calor. Se acordó de que Lucienne tenía que llegar ese mismo día. Estaba quebrantado y se volvió trabajosamente a la cama. La boca le sabía a fiebre y sentía esa fragilidad que, desde el punto de vista de los enfermos, vuelve las cosas más penosas y a las personas más agobiantes. Mandó llamar a Bernard. Llegó, siempre silencioso y atareado, lo auscultó, se quitó las gafas para limpiar los cristales. «Mala cosa», dijo. Le puso dos inyecciones. Mientras le ponía la segunda, Mersault, aunque no era nada quejica, se desmayó. Cuando volvió en sí,

Bernard le tenía cogida una muñeca con una mano y en la otra tenía el reloj de pulsera y miraba avanzar a trompicones el segundero.

—Ya ve —dijo Bernard—, un síncope de un cuarto de hora. Le falla el corazón. En otro síncope puede quedarse.

Mersault cerró los ojos. Estaba rendido, con los labios blancos y secos y la respiración sibilante.

—Bernard —dijo.

—Sí.

—No quiero acabar en un síncope. Necesito ver las cosas claras, ¿entiende?

—Sí —dijo Bernard. Le dio unas cuantas ampollas—. Si se siente débil, rompa una y bébasela. Es adrenalina.

Según salía, Bernard se encontró con Lucienne, que llegaba:

—Siempre tan encantadora.

—¿Patrice está malo?

—Sí.

—¿Es grave?

—No, está estupendamente —dijo Bernard. Y añadió, antes de irse—. Por cierto, un consejo, déjelo a solas en la medida de lo posible.

—Ah —dijo Lucienne—, entonces no es nada de importancia.

Mersault pasó el día con ahogos. Dos veces notó el vacío frío y tenaz que lo aspiraba hacia otro síncope; dos veces lo sacó la adrenalina de esa inmersión líquida. Y todo el día estuvieron sus ojos oscuros mirando el campo espléndido. A eso de las cuatro, apareció en el mar una barca grande y roja y fue creciendo poco a poco, chorreando sol, agua y escamas. Pérez iba de pie y remando con ademanes regulares. La noche cayó entonces muy deprisa. Mersault cerró los ojos y, por primera vez desde la víspera, sonrió. No había abierto la boca. Lucienne llevaba un ratito en su cuarto, más o menos preocupada; se abalanzó hacia él y le dio un beso.

—Siéntate —dijo Mersault—. Puedes quedarte.

—No hables, que te cansas —dijo Lucienne.

Llegó Bernard, le puso unas inyecciones y se fue. Grandes nubes rojas pasaban despacio por el cielo.

—Cuando era pequeño —dijo Mersault trabajosamente, hundido en la almohada y con los ojos clavados en el cielo—, mi madre me decía que eran las almas de los muertos, que subían al paraíso. A mí me maravillaba tener un alma roja. Ahora sé que casi siempre son promesa de viento. Pero es igual de maravilloso.

Empezó la noche. Llegaban nubes. Animalotes fantásticos que movían la cabeza por encima de paisajes desérticos. Mersault las apartó con suavidad hasta lo hondo de su fiebre. Sólo dejaba que acudiera el rostro de Zagreus en su fraternidad ensangrentada. El que había dado la muerte iba a morir. Y como entonces le había pasado a Zagreus, la mirada lúcida que tenía de su vida era la de un hombre. Hasta aquí había vivido. Ahora podrían hablar de su vida. De aquel gran impulso

devastador que lo había arrastrado consigo, de la poesía fugitiva y creadora de la vida ya no quedaba sino la verdad sin dobleces, que es lo contrario de la poesía. De todos los hombres que había llevado en sí, como nos pasa a todos al principio de esta vida, de esos seres diversos que mezclaban las raíces sin confundirse, ahora sabía cuál había sido: y esa elección que, en el hombre, crea el destino, la había ejecutado con plena conciencia y con valentía. En eso residía toda su felicidad por vivir y morir. Esa muerte que había mirado con el terror de un animal, entendía que temerla significaba temer la vida. El temor a morir justificaba un apego ilimitado a eso que está vivo en el hombre. Y cuantos no habían hecho los gestos decisivos para elevar su vida, cuantos temían y exaltaban la impotencia, todos ellos temían la muerte porque sancionaba una vida en que no habían participado. No habían vivido lo suficiente porque no habían vivido nunca. Y la muerte era como un gesto que privaba para siempre de agua al viajero que había intentado en vano calmar la sed. Pero para los demás era el gesto fatal y tierno que borra y que niega, que sonrío tanto a la gratitud cuanto a la sublevación. Se pasó un día y una noche sentado en la cama, con los brazos encima de la mesilla de noche y la cabeza entre los brazos. Echado no podía respirar. Junto a él, estaba sentada Lucienne y lo observaba sin decir palabra. Mersault la miraba a veces. Pensaba que, después de él, el primero que la tomase por la cintura la haría flaquear. Le estaría brindaba, toda ella en sus pechos, como se le había brindado a él, y el mundo proseguiría en la tibieza de sus labios abiertos a medias. Patrice alzaba a veces la cabeza y miraba por la ventana. Estaba sin afeitar; los ojos, con el filo enrojecido y muy hundidos, habían perdido el brillo oscuro, y las mejillas, chupadas y pálidas bajo la barba azulada, lo cambiaban por completo.

La mirada de gato enfermo se posaba en los cristales. Respiraba y se volvía hacia Lucienne. Entonces sonreía. Y en ese rostro que huía por todas partes y se iba ablandando, aquella sonrisa dura y lúcida ponía una fuerza nueva, una seriedad alegre.

—¿Qué tal? —decía Lucienne con su voz mate.

—Bien.

Patrice regresaba entonces a la oscuridad de sus brazos. Llegado al límite de su fuerza y su resistencia, se encontraba por primera vez y desde dentro con Roland Zagneus, cuya sonrisa lo exasperaba tanto al principio. La respiración breve y precipitada dejaba en el mármol de la mesilla de noche un vaho húmedo que le devolvía su calor. Y con esa tibieza enfermiza que subía a su encuentro notaba aún más las extremidades heladas de los dedos y de los pies. Eso mismo era señal de vida, y en aquel viaje del frío al calor recuperaba la exaltación de Zagneus, que le agradecía «a la vida que le permitiera seguir ardiendo aún». Le entraba un amor violento y fraterno por aquel hombre del que se había sentido tan lejano y comprendía que, al matarlo, había consumado con él unas bodas que los unían para siempre. Esa pesada andadura de lágrimas que llevaba por dentro como si fuera un sabor en que se mezclasen la vida y la muerte comprendía que lo tenían en común. Y en la propia

inmovilidad de Zagreus al encararse con la muerte encontraba de nuevo la imagen secreta y dura de su propia vida. La fiebre le servía de ayuda y, con ella, esa certidumbre exaltante que tenía de conservar la conciencia hasta el final y morir con los ojos abiertos. También Zagreus tenía los ojos abiertos el día aquel y lágrimas rodándole en ellos. Pero era la postrera debilidad de un hombre que no había participado en su vida. Patrice no temía esa debilidad. También con los golpes de su sangre febril, que se le detenía siempre a pocos centímetros de los límites del cuerpo, se daba cuenta de que esa debilidad no sería la suya. Porque él había cumplido con su papel, había rematado el único deber del hombre, que no consiste sino en ser feliz. No por mucho tiempo, desde luego. Pero el tiempo no le cambia nada a ese asunto. Sólo puede ser un obstáculo, y si no lo es, ya no es nada. Él había destruido el obstáculo y ese hermano interior que había engendrado en sí poco importaba que durase dos años o veinte. La felicidad residía en que existiera.

Lucienne se levantó y le tapó a Mersault los hombros, de los que se le había escurrido la manta. A él aquel gesto le dio un escalofrío. Desde el día en que había estornudado en la placita que había cerca de la villa de Zagreus hasta ahora mismo el cuerpo lo había servido fielmente y lo había abierto al mundo. Pero, al mismo tiempo, seguía adelante con una vida propia y desvinculada del hombre a quien representaba. Había llevado adelante en todos esos años una lenta descomposición. Ahora ya estaba rematada la curva y estaba listo para abandonar a Mersault y devolverlo al mundo. En ese escalofrío repentino del que Mersault era consciente dejaba constancia una vez más de esa complicidad que ya les había proporcionado tantas alegrías. Y eso bastaba para que recibiera Mersault aquel escalofrío como una alegría. Consciente, eso era lo que tenía que ser, sin trampa, sin cobardía —los dos solos— cara a cara con su cuerpo, con los ojos abiertos para mirar a la muerte. Aquello era algo entre hombres. Nada, ni un amor, ni un decorado, sino un desierto infinito de soledad y de felicidad donde Mersault jugaba las últimas cartas. Notaba más débil la respiración. Tragó una bocanada de aire y, con ese movimiento, le roncaron los tubos de todos los órganos del pecho. Notaba las pantorrillas muy frías y las manos insensibles. Amanecía.

La mañana que apuntaba estuvo llena de pájaros y de frescor. El sol se alzó deprisa y, de un salto, subió más arriba del horizonte. La tierra se cubrió de oro y de calor. En la claridad de la mañana, el cielo y el mar se salpicaban con luces azules y amarillas, a brincos de amplias manchas. Un viento leve se había alzado y, por la ventana, un aire que sabía a sal acudía a refrescarle las manos a Mersault. A mediodía, cesó el viento, el día estalló como una fruta madura y, por toda la extensión del mundo, dejó fluir un zumo tibio y asfixiante, entre un repentino concierto de cigarras. El mar se cubrió de ese zumo dorado como si fuera un aceite y devolvió a la tierra agobiada de sol un hálito caliente que la abrió y permitió que se alzaran aromas de ajeno, de romero y de piedra recalentada. Desde la cama, Mersault notó ese encontronazo y esa ofrenda y abrió los ojos al mar inmenso y curvo, rutilante, poblado de sonrisas y de dioses. Se dio cuenta de pronto de que estaba sentado en la

cama y que tenía la cara de Lucienne pegada a la suya. Le subía despacio por dentro, como si llegase desde el vientre, una piedra que se le encaminaba a la garganta. Respiraba cada vez más deprisa, aprovechando algunos tramos del recorrido. Seguía subiendo. Miró a Lucienne. Sonrió sin crispación alguna y también esa sonrisa le venía de dentro. Se dejó caer de espaldas en la cama y notó el ascenso lento. Miró los labios abultados de Lucienne y, detrás de ella, la sonrisa de la tierra. Los miraba con la misma mirada y con el mismo deseo.

«Dentro de un minuto, de un segundo», pensó Patrice. El ascenso se detuvo. Y, piedra entre las piedras, regresó, con la alegría del corazón, a la verdad de los mundos inmóviles.